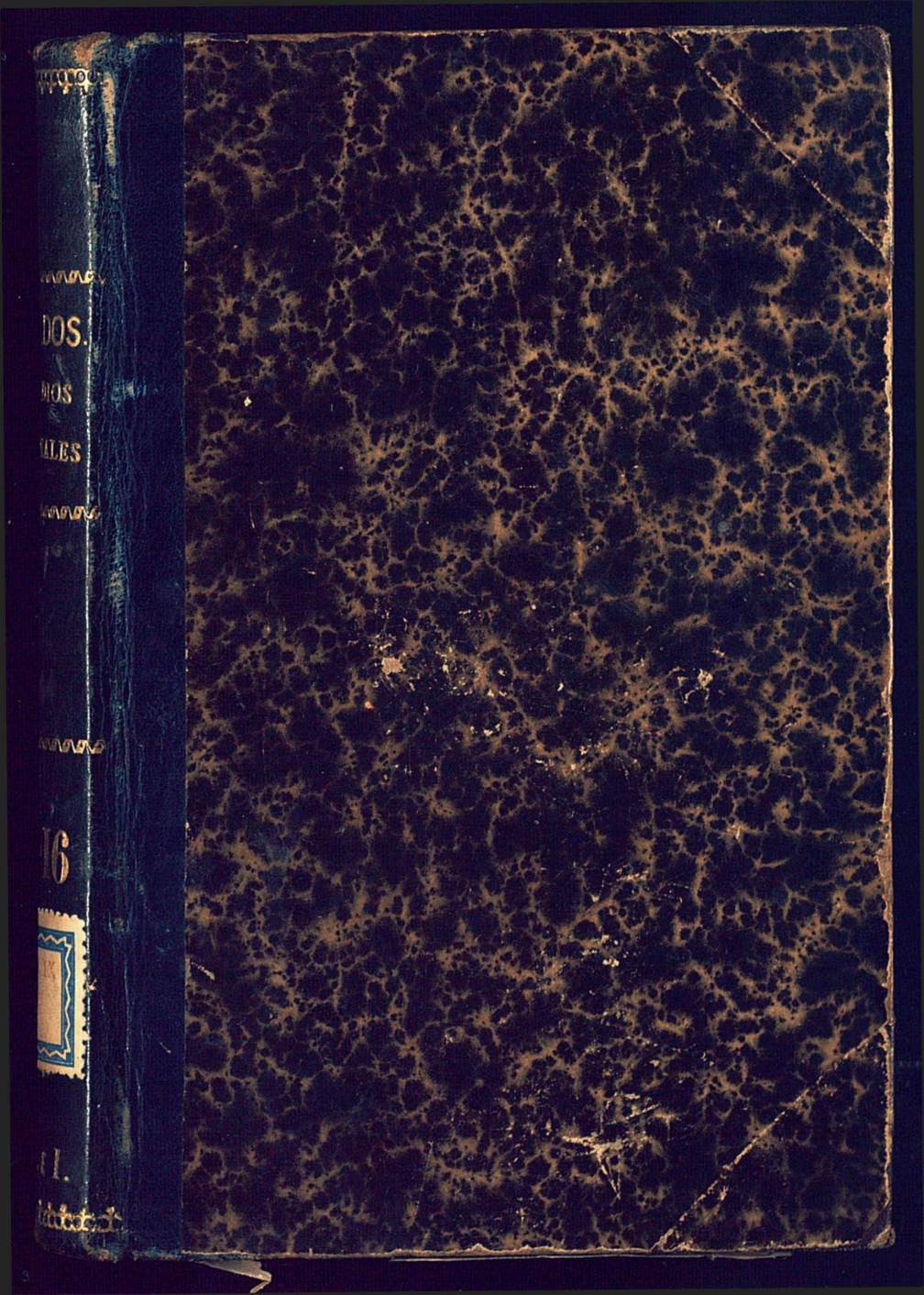

27 ENE. 1971

INDUSTRIAL
BIBLIOTECA
CADIZ

27 ENE. 19..

27 ENE. 1971

LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS

Para la composicion de este libro el autor cuenta con materiales muy preciosos. Además de las noticias verbales, que casi son el principal fundamento de la presente obra, posee un manuscrito que le ayudará admirablemente en la narracion de la parte ó tratado que lleva por título *Los cien mil hijos de San Luis*. El tal manuscrito es hechura de una señora, por cuya razon bien se comprende que será dos veces interesante, y lo seria más aún si estuviese completo. ¡Lástima grande que la negligencia de los primeros poseedores de él, despues de su hermosa dueña y autora, dejara perder una de las partes más curiosas y necesarias que lo componen! Sólo dos grandes fragmentos sin enlace entre sí llegaron á nuestras manos. Hemos hecho toda suerte de laboriosas indagaciones para

LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS

Para la composicion de este libro el autor cuenta con materiales muy preciosos. Además de las noticias verbales, que casi son el principal fundamento de la presente obra, posee un manuscrito que le ayudará admirablemente en la narracion de la parte ó tratado que lleva por título *Los cien mil hijos de San Luis*. El tal manuscrito es hechura de una señora, por cuya razon bien se comprende que será dos veces interesante, y lo seria más aún si estuviese completo. ¡Lástima grande que la negligencia de los primeros poseedores de él, despues de su hermosa dueña y autora, dejara perder una de las partes más curiosas y necesarias que lo componen! Sólo dos grandes fragmentos sin enlace entre sí llegaron á nuestras manos. Hemos hecho toda suerte de laboriosas indagaciones para

allegar lo que falta, pero inútilmente, lo que en verdad es muy lamentable, porque nos veremos obligados á llenar con relatos de nuestra propia cosecha el gran vacío que entre ambas piezas del manuscrito femenil resulta.

Este tiene la forma de Memorias. Su primer fragmento lleva por epígrafe *De Madrid á Urgel*, y empieza así:

I

En Bayona, donde busqué refugio tranquilo despues de haberme separado de mi esposo, conocí al general Eguía (1). Iba á visitarme con frecuencia, y como era tan indiscreto y vanidoso, me revelaba sus planes de conspiracion, regocijándose en mi sorpresa y riendo conmigo del gran chubasco que amenazaba á los franc-masones. Por él supe en el verano del 21 que Su Majestad, nuestro católico Rey D. Fernando (Q. D. G.), anhelando deshacerse de los revolucionarios por cualquier medio y á

(1) Puede verse el retrato de este personaje en las *Memorias de un Cortesano de* 1815

toda costa, tenia dos comisionados en Francia, los cuales eran:

1.° El mismo general D. Francisco Eguía, cuya alta mision era promover desde la frontera el levantamiento de partidas realistas.

2.° D. José Morejon, oficial de la secretaría de la Guerra, y despues secretario reservado de Su Majestad con ejercicio de decretos, el cual tenia el encargo de gestionar en París con el Gobierno francés los medios de arrancar á España el cauterio de la Constitucion gaditana, sustituyéndole con una cataplasma anodina hecha en la misma farmacia de donde salió la Carta de Luis XVIII.

Yo alababa mucho estas cosas por no reñir con el anciano general, que era muy galante y atento conmigo; pero en mi interior deploraba, como amante muy fiel del régimen absoluto, que cosas tan graves se emprendieran por la mediacion de personas de tan dudoso valer. No conocia yo en aquellos tiempos á Morejon; pero mis noticias eran que no habia sido inventor de la pólvora. En cuanto á Eguía debo decir con mi franqueza habitual que era uno de los hombres más pobres de ingénio que en mi vida he visto.

Aún gastaba la coleta que le hizo tan famoso en 1814, y con la coleta el mismo humor

atrabiliario, despótico, voluble y regañon. Pero en Bayona no infundia miedo como en Madrid, y de él se reian todos. No es exajerado cuanto se ha dicho de la astuta pastelera que llegó á dominarle. Yo la conocí, y puedo atestiguar que el agente de nuestro egregio Soberano comprometia lamentablemente su dignidad y aun la dignidad de la Corona, poniendo en manos de aquella infame mujer negocios tan delicados. Ella asistia á las conferencias, administraba gran parte de los fondos, se entendia directamente con los partidarios que un dia y otro pasaban la frontera, y parecia en todo ser ella misma la organizadora del levantamiento y el principal apoderado de nuestro querido Rey.

Despues de esto he vivido muchas veces en Bayona y he visto la vergonzosa conducta de algunos españoles que sin cesar conspiran en aquel pueblo, verdadera antesala de todas nuestras revoluciones, pero nunca he visto degradacion y torpeza semejantes á las del tiempo de Eguía. Yo escribia entonces á D. Víctor Saez, residente en Madrid, y le decia:—"Felicite usted á los franc-masones, porque mientras la salvacion de Su Majestad siga confiada á las manos que por aquí tocan el pandero, ellos están de enhorabuena."

En el invierno del mismo año se realiza-

ron las predicciones que yo, por no poder darle consejos, habia hecho al mismo Eguía, y fué que habiendo convocado de órden del Rey á otros personajes absolutistas para trabajar en comunidad, se desavinieron de tal modo, que aquello más que junta parecia la dispersion de las gentes. Cada cual pensaba de distinto modo, y ninguno cedia en su terca opinion. A esta variedad en los pareceres y terquedad para sostenerlos llamo yo enjaezar los entendimientos á la calesera, es decir, á la española. El marqués de Mataflorida, (1) proponia el establecimiento del absolutismo puro; Balmaseda, comisionado por el Gobierno francés para tratar este asunto, tambien estaba por lo despótico, aunque no en grado tan furioso; Morejon se abrazaba á la Carta francesa; Eguía sostenia el veto absoluto y las dos Cámaras á pesar de no saber lo que eran una cosa y otra, y Saldaña, nombrado como una especie de quinto en discordia, no se resolvia ni por la tiranía entera, ni por la tiranía á media miel.

Entretanto el Gobierno francés concedió á Eguía algunos millones, de los cuales podria

(1) Conocido por *D. Buenaventura* en las *Memorias de un Cortesano* y en *La segunda casaca*.

dar cuenta si viviese la hermosa pastelera. Dios me perdone el mal juicio; pero casi podria jurar que de aquel dinero, solo algunas sumas insignificantes pasaron á manos de los pobres guerrilleros tan bravos como desinteresados, que desnudos, descalzos y hambrientos levantaban el glorioso estandarte de la fé y de la monarquía en las montañas de Navarra ó de Cataluña.

Las bajezas, la ineptitud y el despilfarro de los comisionados secretos de Su Majestad, no cesaron hasta que apareció en Bayona, tambien con poderes reales, el gran pájaro de cuenta llamado D. Antonio Ugarte, á quien no vacilo en designar como el hombre más listo de su época.

Yo le habia tratado en Madrid el año 19. Él me estimaba en gran manera, y, como Eguía, me visitaba á menudo; pero sin revelarme imprudentemente sus planes. Desde que se encargó de manejar la conspiracion, seguíala yo con marcado interés segura de su éxito, aunque sin sospechar que le prestaria mi concurso activo en término muy breve. Un dia Ugarte me dijo:

—No se encuentra un solo hombre que sirva para asuntos delicados. Todos son indiscretos, soplones y venales. ¿Ve usted lo que trabajo

aquí por órden de Su Majestad? Pues es nada en comparacion de lo que me dan que hacer las intrigas y torpezas de mis propios colegas de conspiracion. No me fio de ninguno, y en el dia de hoy, teniendo que enviar á Madrid un mensaje muy importante, estoy, como Diógenes, buscando un hombre sin poderlo encontrar.

—Pues busque usted bien, Sr. D. Antonio—le respondí,—y quizás encuentre una mujer.

Ugarte no daba crédito á mi determinacion; pero tanto le encarecí mis deseos de ser útil á la causa del Rey y de la Religion, que al fin convino en fiarme sus secretos.

—Efectivamente, Genara,—me dijo,—una dama podrá desempeñar mejor que cualquier hombre tan delicado encargo, si reune á la belleza y gallarda compostura de su persona un valor á toda prueba.

En seguida me reveló que en Madrid se preparaba un esfuerzo político, es decir, un pronunciamiento, en el cual tomaria parte la Guardia real con toda la tropa de línea que se pudiese comprometer; pero añadió que desconfiaba del éxito si no se hacian con mucho pulso los trabajos, tratando de combinar el movimiento cortesano con una ruidosa algarada de las partidas del Norte. Discurriendo sobre

este negocio, me mostró su grandísima perspicacia y colosal ingénio para conspirar, y despues me instruyó prolijamente de lo que yo debia hacer en Madrid, del arte con que debia tratar á cada una de las personas para quienes llevaba delicados mensajes, con otras muchas particularidades que no son de este momento. Casi toda mi comision era enteramente confidencial y personal, quiero decir que el conspirador me entregó muy poco papel escrito; pero en cambio me repitió varias veces sus instrucciones para que reteniéndolas bien en la memoria, obrase con desembarazo y seguridad en las difíciles ocasiones que me aguardaban.

Partí para Madrid en Febrero del 22.

II

Emprendí estos manejos con entusiasmo y con placer; con entusiasmo porque adoraba en aquellos dias la causa de la Iglesia y el Trono, con placer porque la ociosidad entristecia mis dias en Bayona. La soledad de mi existencia me abrumaba tanto como el peso de las desgracias que á otros afligen y que yo no conocia

aún. Con separarme de mi esposo, cuyo salvaje carácter y feroz suspicacia me hubieran quitado la vida, adquirí libertad suma y un sosiego que despues de saboreado por algun tiempo, llegó á ser para mí algo fastidioso. Poseia bienes de fortuna suficientes para no inquietarme de las materialidades de la vida; de modo que mi ociosidad era absoluta. Me refiero á la holganza del espíritu que es la más penosa, pues la de las manos, yo, que no carezco de habilidades, jamás la he conocido.

A estos motivos de tristeza debo añadir el gran vacío de mi corazon, que estaba há tiempo como casa deshabitada, lleno tan solo de sombras y de ecos. Despues de la muerte de mi abuelo, ningun afecto de familia podia interesarme, pues los Baraonas que subsistian, ó eran muy lejanos parientes ó no me querian bien. De mi infelicísimo casamiento solo saqué amarguras y pesadumbres, y para que todo fuese maldito en aquella union, no tuve hijos. Sin duda Dios no queria que en el mundo quedase memoria de tan grande error.

Fácilmente se comprenderá que en tal situacion de espíritu me gustaria lanzarme á esas ocupaciones febriles que han sido siempre el principal gozo de mi vida. Ninguna cosa llana y natural ha cautivado jamás mi cora-

zon, ni me embelesó, como á otros, lo que llaman dulce corriente de la vida. Antes bien yo la quiero tortuosa y rápida, que me ofrezca sorpresas á cada instante y aun peligros; que se interne por pasos misteriosos, despues de los cuales deslumbre más la claridad del dia; que caiga como el Piedra en cataratas llenas de ruido y colores, ó se oculte como el Guadiana, sin que nadie sepa dónde ha ido.

Yo sentia además en mi alma la atraccion de la Córte, no pudiendo descifrar claramente cuál objeto ó persona me llamaban en ella, ni explicarme las anticipadas emociones que por el camino sentia mi corazon, como el derrochador que principia á gastar su fortuna antes de heredada. Mi fantasía enviaba delante sí, en el camino de Madrid, maravillosos sueños é infinitos goces del alma, peligros vencidos y amables ideales realizados. Caminando de este modo y con los fines que llevaba, iba yo por mi propio y verdadero camino.

Desde que llegué me puse en comunicacion con los personajes para quienes llevaba cartas ó recados verbales. Tuve noticias de la rebelion de los Guardias que se preparaba; hice lo que Ugarte me habia mandado en sus minuciosas instrucciones, y hallé ocasion de advertir el mucho atolondramiento y ningun concierto con

que eran llevados en Madrid los árduos trámites de la conspiracion.

Lo mejor y más importante de mi comision estaba en Palacio, á donde me llevó D. Víctor Saéz, confesor de Su Majestad. Muchos deseos tenia yo de ver de cerca y conocer por mí misma al Rey de España y toda su real familia, y entonces quedó satisfecho mi anhelo. Hice una especie de estudio de todos los habitantes de Palacio, particularmente de las mujeres, la Reina Amalia, D.ª Francisca, esposa de don Cárlos, y D.ª Carlota, del Infante D. Francisco. La segunda me pareció desde luego mujer á propósito para revolver toda la Córte. De los hombres, D. Cárlos me pareció muy sesudo, dotado de cierto fondo de honradez preciosísima, con lo cual compensaba su escasez de luces, y á Fernando le diputé por muy astuto y conocedor de los hombres, apto para engañarlos á todos, si bien privado del valor necesario para sacar partido de las flaquezas ajenas. La Reina pasaba su vida rezando y desmayándose; pero la varonil D.ª Francisca de Braganza tenia el alma entera puesta en las cosas políticas, y llena de ambicion, trataba de ser el brazo derecho de la Córte. D.ª Carlota, que entonces estaba embarazada del que luego fué Rey consorte, tampoco se dormia en esto.

Los palaciegos, tan aborrecidos entonces por la muchedumbre constitucional, Infantado, Montijo, Sarriá y demás aristócratas, no servian en realidad de gran cosa. Sus planes, faltos de seso y travesura, tenian por objeto algo en que se destacase con preferencia la personalidad de ellos mismos. Ninguno valia para maldita la cosa, y así nada se habria perdido con quitarles toda participacion en la conjura. Los indivíduos de la Congregacion Apostólica, que era una especie de masonería absolutista, tampoco hacian nada de provecho, como no fuera allegar plebe y disponer de la gente fanática para un momento propicio. En los jefes de la Guardia habia más presuncion que verdadera aptitud para un golpe difícil, y el clero se precipitaba gritando en los púlpitos, cuando la situacion requeria prudencia y habilidad sumas. Los liberales masones ó comuneros vendidos al absolutismo y que al pronunciar sus discursos violentos se entusiasmaban por cuenta de éste, estaban muy mal dirigidos, porque con su exajeracion ponian diariamente en guardia á los constitucionales de buena fé. He examinado uno por uno los elementos que formaban la conspiracion absolutista del año 22 para que cuando la refiera se explique en cierto modo el lamentable aborto y total ruina de ella.

NOTA DEL AUTOR. *A continuacion refiere la señora los sucesos del 7 de Julio. Aunque su narracion es superior á la nuestra, principalmente á causa de la graciosa sencillez y verdad con que toda ella está hecha, la suprimimos por no repetir, ni aun mejorándolo, lo que ya apareció en otro volúmen.*

III

Despues de los aciagos dias de Julio, mi situacion que hasta entonces habia sido franca y segura, fué comprometidísima. No se puede tener una idea de la presteza con que se ocultaron todos aquellos hombres que pocos dias antes conspiraban descaradamente. Desaparecieron como caterva de menudos ratoncillos, cuando los sorprende en sus audaces rapiñas el hombre sin poder perseguirlos, ni aun conocer los agujeros por donde se han metido. A mí me maravillaba que D. Víctor Saez, hombre de una obesidad respetable, pudiese estar escondido sin que al punto se descubriese su guarida. Los palaciegos se filtraron tambien, y los que no estaban muy evidentemente comprometi-

dos, como por ejemplo Pipaon, dieron vivas á la Constitucion vencedora, uniéndose á los liberales.

Tuve además la desgracia de perder varios papeles en casa de un pobre maestro de escuela donde nos reuníamos, y esto me causó gran zozobra; pero al fin los encontré no sin trabajo, exponiéndome á los mayores peligros. La seguridad de mi persona corrió tambien no poco riesgo, y en los dias 9 y 10 de Julio no tuve un instante de respiro, pues por milagro no me arrastraron á la cárcel los milicianos borrachos de vino y de patriotería. Gracias á Dios, vino en mi amparo un jóven paisano y antiguo amigo mio, el cual, en otras ocasiones, habia ejercido en mi vida influencia muy decisiva, semejante á la de las estrellas en la antigua cábala de los astrólogos.

Pasados los primeros dias pude introducirme en Palacio á pesar de la formidable y espesa muralla liberalesca que lo defendia. Encontré á Su Majestad muy acobardado, lleno de consternacion y amargura, principalmente por verse obligado á poner semblante lisonjero á sus enemigos y aun á darles abrazos, lo cual era muy del gusto de ellos, en su mayoría gente crédula é inocentona. No me agradaba ver en nuestro Soberano tan poco corazon; pero

si en él hubiera concordado el valor con las travesuras y agudezas del entendimiento, ningun tirano antiguo ni moderno le habria igualado. Su desaliento y desesperacion no le impidieron que se enamorase de mí, porque en todas las ocasiones de su vida, bajo las distintas máscaras que se quitaba y se ponia, aparecia siempre el sátiro.

Temerosa de ciertas brutalidades, quise huir. Brindéme entonces á desempeñar una comision difícil, para lo cual Fernando no se fiaba de ningun mensajero; y aunque él no quiso que yo me encargase de ella, porque no me alejara de la Córte, tanto insté y con tales muestras de verdad prometí volver, que se me dieron los pasaportes.

El mes anterior habia salido para Francia D. José Villar Frontin, uno de los intrigantes más sutiles del año 14, aunque como salido de la academia del cuarto del Infante D. Antonio, no era hombre de gran iniciativa, sino muy plegadizo y servicial en bajas urdimbres. Llevaba órdenes para que el marqués de Mataflorida formase una Regencia absolutista en cualquier punto de la frontera conquistado por los guerrilleros. Estas instrucciones eran conformes al plan del Gobierno francés, que deseaba la introduccion de la Carta en España y

un absolutismo templado; pero Fernando, que hacia tantos papeles á la vez, deseaba que sus comisionados, afectando ser partidarios de la Carta, trabajasen por el absolutismo limpio. Esto exigia frecuentes rectificaciones en los despachos que se enviaban y avisos contradictorios, trabajo no escaso para quien habia de ocultar de sus Ministros todos estos y aun otros inverosímiles lios.

Yo me comprometí á hacer entender á Mataflorida y á Ugarte lo que se queria, trasmitiéndole verbalmente algunas preciosas ideas del Monarca, que no podian fiarse al papel, ni á signo ni á cifra alguna. Ya por aquellos dias se supo que la Seo de Urgel habia sido ganada al Gobierno por el bravo Trapense, y se esperaba que en la agreste plaza se constituyera la salvadora Regencia. A la Seo, pues, debia yo dirigirme.

La partida y el viaje no eran problemas fáciles. Esto me preocupó durante algunos dias, y traté de sobornar, para que me acompañase, al amigo de quien antes he hablado. A él no le faltaban en verdad ganas de ir conmigo al extremo del mundo; pero le contenia el amor de su madre anciana. Mucho luché para decidirle, empleando razonamientos y seducciones diversas; mas á pesar de la propension de su carác-

ter á ciertas locuras y del considerable prestigio que yo empezaba á ejercer sobre él, se resistia tenazmente, alegando motivos poderosos, cuya fuerza no me era desconocida. Al fin tanto pudo una mujer llorando, que él abandonó todo, su madre y su casa, aunque por poco tiempo y con la sana intencion de volver cuando me dejase en parajes donde no existiese peligro alguno. El infeliz presagiaba sin duda su desdichada suerte en aquella expedicion, porque luchó mucho consigo mismo para decidirse, y hasta el último momento estuvo vacilante.

Aquel hombre habia sido enemigo mio, ó más propiamente, de mi esposo. Desde la niñez nos conocimos; fué mi novio en la edad en que se tiene novio. Sucesos lamentables que me causan pena al venir á la memoria, caprichos y vanidades mias me separaron de él, yo creí que para siempre; pero Dios lo dispuso de otro modo. Durante mucho tiempo estuve creyendo que le odiaba; pero el sentimiento que en mí habia era más que rencor una antipatía arbitraria y voluntariosa. Por causa de ella siempre le tenia en la memoria y en el pensamiento. Circunstancias funestas le pusieron en contacto conmigo diferentes veces, y siempre que ocurria algo grave en la vida de él ó en la mia

tropezábamos providencialmente el uno con el otro, como si el alma de cada cual viéndose en peligro pidiese auxilio á su compañera.

En mí se verificó una crísis singular. Por razones que no son de este sitio, yo llegué á aborrecer todo lo que mi esposo amaba y á amar todo lo que él aborrecia. Al mismo tiempo mi antiguo novio mostraba hácia mí sentimientos tan vivos de menosprecio y desden, que esto inclinó mi corazon á estimarle. Yo soy así, y me parece que no soy el único ejemplar. Desde la ocasion crítica en que le arranqué de las furibundas manos de mi marido no debí de ser tampoco para él muy aborrecible.

Cuando nos encontramos en Madrid, y desde que hablamos un poco, caimos en la cuenta de que ambos estábamos muy solos. Y no solo habia semejanza en nuestra soledad, sino en nuestros caractéres, principal orígen quizás de aquella. Hicimos propósito de echar á la espalda aquel trágico aborrecimiento que antes nos teníamos, el cual se fundaba en veleidades y caprichosas monomanías del espíritu, y no tardamos mucho tiempo en conseguirlo. Ambos reconocimos las grandes y ya irremediables equivocaciones de nuestra primera juventud, y nos maravillábamos de hallar tan extraordinaria fraternidad en nuestras almas.

¡Ser de este modo, haber nacido el uno para el otro, y sin embargo haber estado dándonos golpes en las tinieblas durante tanto tiempo! ¡Qué fatalidad! Hasta parece que no somos responsables de ciertas faltas y que estas, por lo que tienen de placentero, pueden tolerarse como compensacion de pasados dolores y de un error deplorable y fatal, dependiente de voluntades sobrehumanas.

Pero no: no quiero eximirme de la responsabilidad de mi culpa y de haber faltado claramente, impulsada por móviles irresistibles, á la ley de Dios. No: nada me disculpa; ni las atrocidades de mi marido, ni la espantosa soledad en que yo estaba, ni los mil escollos de la vida en la Córte, ni las grandes seducciones morales y físicas de mi paisano y dulce compañero de la niñez. Reconozco mi falta, y atenta solo á que este papel reciba un escrupuloso retrato de mi conciencia y de mis acciones, la escribo aquí, venciendo la vergüenza que confesion tan penosa me causa.

Salimos de Madrid en una hermosa noche de Julio. Cuando dejamos de oir el rugido de la Milicia victoriosa, me pareció que entraba en el cielo. Íbamos cómodamente en una silla de postas con buenos caballos y un hábil mayoral de Palacio. Yo habia tomado un nombre su-

puesto, diciéndome marquesa de Berceo y él era nada ménos que mi esposo, una especie de marqués de Berceo. Mucho nos reimos con esta invencion, que á cada paso daba lugar á picantes comentarios y agudezas. Yo no recuerdo dias más placenteros que los de aquel viaje.

¡Cuántas veces bajamos del coche para andar largos trechos á pié, recreándonos en la hermosura de las incomparables noches de Castilla! ¡Cómo se agrandaba todo ante nuestros ojos, principalmente las cosas inmateriales! Nos parecia que aquella dulce vagancia no acabaria nunca, y que los dias venideros serian siempre, como aquel cielo que veíamos, dilatados, serenos y sin nubes. En tales horas ó hablábamos poco ó vertíamos el alma del uno en la del otro alternativamente por medio de observaciones y preguntas acordes con el hermoso espectáculo que veíamos fuera y dentro de nosotros, pues de mi alma puedo decir que estaba tan llena de estrellas como el firmamento.

Han pasado muchos años: entonces tenia yo veintisiete, y ahora..... no lo quiero decir por no espantarme; pero creo que he traspasado el medio siglo (1). Entonces mis cabellos

(1) Segun nuestras noticias, la señora escribió estas Memorias durante la guerra civil del 48.

eran de oro, ahora son de plata, sin que ni una sola hebra de ellos conserve su primitivo color. Mis ojos tenian el brillo que es reflejo de la inteligencia despierta y de los sentimientos bullidores; ahora no son más que dos empañadas cuentas azules, de las cuales se escapa alguna vez fugitivo rayo. Mi cara entonces respiraba alegría, salud, y el alma rielaba sobre mis facciones como la luz sobre la superficie de las temblorosas aguas; ahora es una máscara que me sirve para disimular los pensamientos y que á muchos deja ver todavia huellas claras de la gran hermosura que hubo en ella. Entonces era muy hermosa; ahora soy una *vieja que debió haber sido guapa*, aunque, si he de creer á don Toribio, el canónigo de Tortosa, todavia puedo volver loco á cualquiera. En suma; todo ha pasado, mudándose considerablemente, é infinitas personas han pasado á ser recuerdos. Lo que siempre está lo mismo es mi país, que no deja de luchar un momento por la misma causa y con las mismas armas, y si no con las mismas personas, con los mismos tipos de guerreros y políticos. Mi país sigue siempre á la calesera.

Pues bien: en todo el tiempo trascurrido entre estas dos épocas, no he visto pasar dias como aquellos. Fueron de los pocos que tiene cada mortal como un regalo del cielo para toda

la existencia, y que en vano se aguardan despues, porque no vuelven. Estos aguinaldos de la vida no se reciben más que una vez. Salvador era ménos feliz que yo á causa de los deberes y las afecciones que habia dejado atrás. Yo procuraba hacerle olvidar todo lo que no fuese nosotros mismos; mas resultaba esto muy difícil, por ser él ménos dueño de sus acciones que yo, y aun, si se quiere, ménos egoista que yo. Íbamos de pueblo en pueblo, sin apresurarnos ni detenernos mucho. Aquel vivir entre todo el mundo y al mismo tiempo sin testigo, con amor y sin responsabilidad aparente, era mi mayor delicia. Los diversos pueblos por donde pasábamos no tenian sin duda noticia de la felicidad de los marqueses de Berceo, pues si la tuvieran, no creo que nos dejaran seguir sin quitarnos algo de ella.

IV

Gracias á nuestro dinero y á nuestro buen porte podíamos disfrutar de todas las comodidades posibles en las posadas. El calor nos obligaba á detenernos durante el dia, caminando por las noches, y ni en Castilla ni en

Aragon tuvimos ningun mal encuentro, como recelábamos, con milicianos, ladrones ó espías del Gobierno.

Más allá de Zaragoza empezamos á temer que nos salieran al paso las tropas de Torrijos ó de Manso. Por eso en vez de tomar directamente el camino de Cataluña subimos hácia Huesca. Salvador, cuya antipatía á los facciosos y guerrilleros era violentísima, se mostró disgustado al considerarse cerca de ellos. Entonces tuve un momento de súbita tristeza, oyéndole decir:

—Cuando lleguemos á un lugar seguro ó estés entre tus amigos, me volveré á Madrid.

Yo deseaba que no llegasen ni el lugar seguro ni tampoco mis amigos. Pero aunque mi tristeza fué grande desde aquel instante, apoderándose de mi corazon como un presagio de desventuras, estaba muy lejos de sospechar el espantoso golpe que nos amenazaba, consecuencia providencial de nuestra falta y de mi criminal ligereza. ¡Ay! piensa el malo que sus alegrías han de ser perpétuas, y la misma grata corriente de ellas le lleva ciego á lo que yo llamo la sucursal del infierno en la tierra, que es la desgracia y el anticipado castigo de los pecados.

De Huesca nos dirigimos á Barbastro, si-

guiendo por un detestable camino hasta Benabarre, donde entramos al anochecer. Detuvieron nuestro coche algunos hombres, y al verles, exclamé:

—Los guerrilleros. Ya estamos en casa.

Salvador mostró gran disgusto, y cuando fuimos interrogados, dió algunas contestaciones que debieron sonar muy mal en los oidos de los soldados de la fé. Yo tenia confianza en mi gente y la seguridad de no ser detenida; pero no me fué posible evitar ciertas molestias. Nos hicieron bajar del coche antes de llegar á la posada y presentarnos á un rústico capitan que estaba en la venta del camino bebiendo vino juntamente con otro guerrillero al modo de frailazo, armado de pistolas y con dos ó tres indivíduos de malísima catadura.

Sus maneras no eran en verdad nada corteses, á pesar de defender causa tan sagrada como es la del Altar y el Trono; pero con dos ó tres palabras dichas enérgicamente y en tono de dignidad, me hice respetar al punto. Yo mostraba al que parecia jefe mis papeles, cuando observé que uno de los hombres allí presentes miraba á mi compañero de viaje con expresion poco tranquilizadora. Llegóse á él, y poniéndole la mano en el hombro le dijo con brutal modo y expresion de venganza:

—¿Me conoces? ¿Sabes quién soy?

—Sí—le respondió Monsalud, pálido y colérico.—Ya sé que eres un hombre vil; tu nombre es Regato.

El desconocido se abalanzó en ademan hostil hácia mi amigo; pero éste supo recibirle con tanta valentía, que le hizo rodar por el suelo, bañado el rostro en sangre. Quedéme sin aliento al ver la furia de aquella gente ante el mal trato dado á uno de los suyos. Milagro de Dios fué que no pereciésemos allí; pero el capitan parecia hombre prudente, y haciendo salir de la venta al agraviado, nos notificó que estábamos presos hasta que el jefe decidiera lo que se habia de hacer con nosotros.

Afectando serenidad le dije que mirara bien lo que hacia, por ser yo persona de gran poder en la frontera y en Palacio; pero encogiéndose de hombros, tan solo me permitió despues de largas discusiones hablar al que ellos llamaban coronel. Salí desalada de la venta, dejando en ella la mitad de mi alma, pues allí quedó guardado por dos hombres mi ultrajado amigo, y me presenté al coronel, que era un capuchino de Cervera. Acababa de despachar un bodrio y dos azumbres que le habian puesto para que cenase, y su paternidad, despues del pienso, no tenia al parecer la cabeza muy serena. Sin

embargo, no me trató mal. Díjome que el Sr. Regato le habia informado ya de quién era mi acompañante, y que en vista de sus antecedentes y circunstancias, no podia ser puesto en libertad. Púseme furiosa; yo me creia capaz de destrozar sólo con mis uñas á aquel tremendo fraile coronel cuyas barbas y salvaje apostura ponian miedo en el corazon más esforzado. Sin miramiento alguno, le increpé diciéndole cuantas atrocidades me vinieron á la boca y amenazándole con pedir su cabeza al Rey; pero ni aun así logré ablandar aquella roca en figura de béstia. Oyóme el bárbaro con paciencia, sin duda por ser más fraile que guerrero, y resumió sus resoluciones diciéndome:

—Usted, señora, puede ir libremente á donde mejor le acomode; pero ese hombre no me sale de aquí.

¡Ay! si yo hubiera tenido á mis órdenes diez hombres armados habria atacado al batallon, cuadrilla ó lo que fuera, segura de destrozarlo, que tanto puede el furor de una hembra ofendida. Volví á la venta, resuelta á sacar de ella á Salvador con mis propias manos, desafiando las armas de sus guardianes; pero cuando entré, mi compañero de viaje, mi adorado amigo, mi pobre marqués de Berceo ha-

bia desaparecido. Le llamé con la voz ronca de tanto gritar; le llamé con toda mi alma, pero no me respondió. Una mujer andrajosa, que parecia tan salvaje y feroz como los hombres que en aquel pueblo ví, salió conmigo al camino y señalando á un punto en la oscuridad del espacio negro, dijo sordamente:

—Allí.

Y mirando hácia donde su dedo me indicaba ví unas grandes sombras que parecian murallones almenados y como ruinas hendidos. Pregunté qué sitio era aquel y la desconocida me contestó:

—El castillo.

La mujer llevando una cesta con provisiones, marchó en direccion del castillo. Yo la seguí. No tardamos en llegar, y por una poterna desvencijada que se abria en la muralla, despues de pasado el foso sin agua, penetramos en un patio lleno de escombros y de yerba.

—¡Aquí, aquí le han encerrado!—exclamé mirando á todos lados como quien ha perdido el juicio.

La mujer se detuvo ante mí, y señalando el suelo dijo con voz muy lúgubre.

—¡Abajo!

Yo creí volverme loca. Los ojos de la horrible persona que me daba tan tremendas noti-

cias brillaban con claridad verdosa, como los de un animal felino. Quise seguirla cuando subió la escalerilla que conducia á las habitaciones practicables entre tanta ruina; pero un centinela me echó fuera brutalmente, amenazándome con arrojarme al foso si no me retiraba *más pronto que la vista*. Estas fueron sus propias palabras.

Corrí hácia el pueblo, resuelta á ver de nuevo al coronel capuchino de Cervera. Pero tanta agitacion agotó al fin mis fuerzas y tuve que sentarme en una gran piedra del camino, fatigada y abatida, porque á mi primera furia sustituyó una afliccion profundísima que me hizo llorar. No recuerdo haber derramado nunca más lágrimas en ménos tiempo. Al fin sobreponiéndome á mi dolor, seguí adelante jurando no continuar el viaje sin llevar en mi compañía al infeliz cuanto adorado amigo de mi niñez. Desperté al capuchino que ya roncaba, el cual de muy mal talante repitió su fiera sentencia, diciendo:

—Usted, señora, puede continuar su viaje; pero el otro no saldrá de aquí sin órden superior. Yo sé lo que me digo. ¡Pisto! que ya me canso de sermonear. Vaya usted con Dios y déjenos en paz.

Despreciando su barbárie, insistí y amena-

cé, y al cabo me dió algunas esperanzas con estas palabras:

—El jefe de nuestra partida acaba de llegar. Háblele usted á él, y si consiente.....

—¿Quién es el jefe?

—D. Saturnino Albuin—me contestó.

Al oir este nombre ví el cielo abierto. Yo habia conocido en Bayona al célebre *Manco*, y recordé que aunque muy bárbaro, hacia alarde de generosidad é hidalguía en todas las ocasiones que se le presentaban. No quise detenerme ni un instante, y al punto me informé de que D. Saturnino estaba en una casa situada junto al camino á la salida del pueblo en direccion á Tremp. Desde la plaza se veian dos lucecillas en las ventanas de la vivienda. Corrí allá guiada por la simpática claridad de aquellas luces semejantes á dos ojos y que eran para mí fanales de esperanza. Llegué sin aliento, agitada por la fatiga y un dulce presagio de buen éxito que me llenaba el corazon.

El centinela me dijo que no se podia pasar; pero apelando á mis bolsillos, pasé. En la escalera, en el pasillo alto, fuí repetidas veces detenida; pero con el mismo talisman abríame paso.

—Ahí está—me dijo un hombre señalando una puerta detrás de la cual se oian alteradas

voces en disputa.—Sin reparar más que en mi afan empujé la puerta y entré.

Albuin, que estaba en pié, se volvió al sentir el ruido de la puerta y me interrogó con sus ojos, que expresaban sorpresa y cólera por mi brusca entrada. Otro guerrillero estaba junto á la mesa con los codos sobre ella, encendiendo un cigarro en la luz del velon de cobre que alumbraba la estancia.

—¿Qué se le ofrece á usted, señora?—me dijo Albuin moviendo con gesto de impaciencia su única mano.

Yo no habia dado cuatro pasos dentro de la habitacion, cuando observé que más allá de la mesa habia otro hombre, apoltronado en un sillon, con los piés estendidos sobre una banqueta, inclinada la cabeza sobre el hombro y durmiendo tranquilamente con ese sueño del guerrillero cansado que acaba de recorrer dos provincias y marear á dos ejércitos. Al verle ¡Santo Dios! me quedé yerta, muda, como estátua; no pude pronunciar una palabra, ni dar un paso, ni respirar, ni huir, ni gritar. El terror me arrancó súbitamente del pensamiento mis angustias de aquella noche.

Aquel hombre era mi marido.

—¿Qué se le ofrece á usted, señora?—volvió á preguntarme el *Manco*.

Pasado el primer instante de terror, en mí no hubo otra idea que la idea de huir, de desaparecer, de desvanecerme como el humo ó como la palabra vana que se lleva el viento.

—Pero, ¿qué se le ofrece á usted, demonio? —repitió el guerrillero.

—¡Nada!—contesté, y á toda prisa salí de la habitacion.

Yo creo que ni un relámpago corre como yo corrí fuera de la casa. No veia más que el camino, y mi veloz carrera nunca me parecia bastante apresurada para llegar al centro del pueblo donde habia dejado mi coche.

A lo lejos, detrás de mí, sentí voces burlonas que decian:

—¡La mujer loca, la mujer loca!

Eran los bravos á quienes yo habia dado tanto dinero para que me dejasen pasar. A cada instante volvia la cabeza por ver si mi marido venia corriendo detrás de mí.

Llegué medio muerta á donde estaba mi coche, y tirando del brazo al cochero para que despertase, grité:

—Francisco, Francisco, vuela, vuela fuera de este horrible pueblo.

Y me metí en el coche.

—¿A dónde vamos, señora?—me preguntó el pobre hombre sacudiendo la pereza.

—¿Estás sordo? Te he dicho que vueles..... ¿Hablo yo en griego? que vueles, hombre. Mata los caballos, pero ponme á muchas leguas de aquí.

—¿A dónde vamos, señora? ¿Hácia la Seo?

—Hácia el infierno si quieres, con tal que me saques de aquí.

Mi coche partió á escape, y siguiendo el camino en direccion á Tremp, pasé junto á la malhadada casa donde habia visto á mi esposo. Entonces los bárbaros reunidos junto á la puerta me aclamaron otra vez, arrojando algunas piedras á mi coche. Su grito era:

—¡La mujer loca, la mujer loca!

En efecto, lo estaba. ¡Ah! ¡Benabarre, Benabarre, maldito seas! En tí acabó mi felicidad; en las espinas de tu camino dejé enclavado mi corazon chorreando sangre. Fuiste mi calvario y la piedra resbaladiza de mal agüero donde caí para siempre, cuando más orgullosa marchaba. Fuistes el tajo donde el cielo puso mi cabeza para asegurar el golpe de su cuchilla; pero con ser obra del cielo mi castigo, ¡te ódio, execrable pueblo de bandidos! ¡Sepulcro de mi edad feliz, no puedo verte sin espanto, y mientras tenga lengua, te maldeciré!

V

Llegué á la Seo el 14 de Agosto. ¡Qué viaje el de Benabarre á la Seo! Si antes todo parecia adaptarse al lisonjero estado de mi alma, despues todos los caballos eran malos, todos los caminos intransitables, todas las posadas insufribles, todos los dias calorosos y las noches todas tristes como los pensamientos del desterrado. Mi alma sin consuelo, mientras más gente veia, más sola se encontraba. Mi pensamiento no podia apartarse de aquel lugar siniestro donde habian quedado mi amor y mi suplicio, mi falta y mi conciencia, representados cada una en un hombre.

Casi antes de desempeñar mi comision traté de ocuparme de salvar al infeliz que habia quedado cautivo en Benabarre; pero Mataflorida me dijo sonriendo:

—Luego, luego, mi querida señora, trataremos de ese asunto.—Infórmeme usted de lo que trae, pues no hay tiempo que perder. Hoy mismo constituiremos la Regencia.

Más de dos horas estuvimos departiendo.

Él, como hombre muy ambicioso y que gustaba de ser el primero en todo, recibió con gusto las instrucciones reservadísimas que le daban gran superioridad entre sus compañeros de Regencia. Eran estos el baron de Eroles y don Jaime Creux, arzobispo de Tarragona, ambos, lo mismo que Mataflorida, de clase humildísima, sacados de su oscuridad por los tiempos revolucionarios, lo cual no era un argumento muy fuerte en pró del absolutismo. Una Regencia destinada á restablecer el Trono y el Altar, debió constituirse con gente de raza. Pero la edad revuelta que corríamos lo exigia de otro modo, y hasta el absolutismo alistaba su gente en la plebe. Este hecho, que ya venia observándose desde el siglo pasado, lo expresaba Luis XV diciendo que la nobleza necesitaba estercolarse para ser fecunda.

De los tres regentes, el más simpático era Mataflorida y tambien el de más entendimiento; el más tolerante Eroles, y el más malo y antipático D. Jaime Creux. No se puede decir de estos hombres que habian marchado con lentitud en sus brillantes carreras. Eroles era estudiante en 1808 y en 1816 teniente general. El otro de clérigo oscuro pasó á obispo en premio de su traicion en las Córtes del año 14.

Yo no tenia mi espíritu en disposicion de

atender á las ceremonias con que quisieron celebrar los triunviros el establecimiento de la Regencia. Despues de publicar su célebre manifiesto, proclamaron solemnemente al Monarca, *restituyéndole á la plenitud de sus derechos*, segun decíamos entonces. Levantóse en la plaza de la Seo un tablado, sobre el que un sacristan vestido de rey de armas gritó: «¡España por Fernando VII!» y luego dieron al viento una bandera en la cual las monjas habian bordado una cruz y aquellas palabras latinas que quieren decir: *por este signo vencerás*. Los altos castillos que coronan los montes en cuyo centro está sepultada la Seo hicieron salvas, y aquello en verdad parecia una proclamacion en toda regla.

Despues de la ceremonia política hubo jubileo por las calles y rogativa pública, á que concurrió el obispo con todo el clero armado y el cabildo sin armas. Era un espectáculo edificante y al mismo tiempo horroroso. Daba idea de la inmensa fuerza que tenian en nuestro país las dos clases reunidas, clero y plebe; pero los frailes armados de pistolas y los guerrilleros con vela en la mano, el general con crucifijo y el arcediano con espuelas, movian á risa y á ódio juntamente. El ejército de la fé, uniformado sólo con el gorro catalan habria

parecido un ejército de pavos, si no estuviera tan frecuentemente probado su indomable valor.

Yo veia aquella procesion chavacana, horrible parodia del levantamiento nacional de 1808, y aquellas espantosas figuras de curas confundidos con guerreros, como se ven las ficciones horrendas de una pesadilla. Tal espectáculo era excesivamente desagradable á mi espíritu, y la bulla del pueblo me ponia los nérvios en el más lastimoso desórden. Semejante Carnaval en Urgel, que es sin disputa el pueblo más feo de todo el mundo, era para enfermar y aun enloquecer á cualquiera. Mi privilegiada naturaleza me salvó.

Y pasaban dias sin que me fuera posible hacer nada de provecho por mi amado prisionero de Benabarre. Obtenia, sí, promesas y aun órdenes de la Regencia; pero como no podia trasladarme yo misma al lugar del conflicto, era muy difícil que tuviesen cumplimiento. Antes me dejara morir que encaminarme á paraje alguno donde hubiese probabilidades de encontrar la persona ó siquier las huellas de mi esposo; y segun mis averiguaciones, éste no habia abandonado el bajo Aragon.

Al fin supe que mi cara mitad, uniéndose á Jeps dels Estanys, habia pasado á la alta Ca-

taluña. Llena de esperanza entonces corrí á Benabarre, cargada de órdenes de Mataflorida y del mismo Eroles que acababa de ponerse á la cabeza de la insurreccion catalana. Ningun obstáculo podian oponerme ya los guerrilleros; mas por mi desgracia, cuando llegué al funesto pueblo de Aragon ni un solo partidario del realismo quedaba en su recinto; el castillo habia sido volado, y el mísero cautivo, segun me dijeron, trasladado á otro punto.

—¿Vivo?—pregunté.

—Vivo y cargado de cadenas—me contestó la misma mujer de aquella horrenda noche de Agosto.—Se iba muriendo por el camino; pero le daban comida y bebida para que no acabase de padecer.

No tuve tiempo para entregarme á inútiles lamentaciones, porque corrió por todo el pueblo esta horrible voz: *¡los liberales! ¡que vienen los liberales!*, y tuve que huir. Con mucho trabajo y gastando bastante dinero pude escapar á Francia por Canfranc.

NOTA DEL AUTOR. *Aquí concluye el primer fragmento de las curiosas Memorias. Como el segundo se refiere á sucesos ocurridos en la primavera del* 23, *resultando una interrupcion de siete meses, nos vemos en la necesi-*

dad de llenar tan lamentable vacío con relaciones propias, que abreviaremos todo lo posible para que no se echen de ménos por mucho tiempo las aventuras de la dama viajera, contadas por ella misma.

VI

La primera determinacion del Gobierno popular que sucedió al de Martinez de la Rosa, despues de las jornadas de Julio, fué nombrar general del ejército del Norte al rayo de las guerrillas, al Napoleon navarro, D. Francisco Espoz y Mina. En medio de su atolondramiento, los siete Ministros, á quienes la Córte llamaba los *Siete niños de Ecija,* no carecian de iniciativa y de cierta arrogancia emprendedora que por algun tiempo les permitió sostenerse en el poder con prestigio. El nombramiento de Mina y aquella órden que le dieron de hacer tabla rasa de las provincias rebeldes, no pudieron ser más acertados.

El gran guerrillero no necesitaba muy vivas escitaciones para sentar su pesada mano á los pueblos. Los navarros y los catalanes le conocian. Pero antaño habia hecho la guerra con

ellos y ahora debia hacerla contra ellos, lo cual era muy distinto. Antes se batia contra tropas regulares y ahora con ellas perseguia las partidas. Bien se ve que de este modo el coloso de las guerrillas estaba fuera de su natural esfera y asiento. Iba á hacer el papel del enemigo durante la guerra de la Independencia.

A pesar de esta desventaja empezó con muy buen pié su campaña. No podia decirse propiamente que habia partidas en el Norte, sino que todo el Norte desde Gerona hasta Guipúzcoa, y desde el Pirineo hasta las inmediaciones del Ebro, ardia con horrible llamarada absolutista. Quesada, á cuyo lado despuntaba un precoz muchacho llamado Zumalacárregui, dominaba en Navarra, juntamente con Guergué y D. Santos Ladron; Albuin y Cuevillas y Merino, asolaban la tierra de Búrgos; Capapé, el Aragon; Jeps dels Estanys, el Trapense, Romagosa y Caragol, á Cataluña, donde el baron de Eroles trataba de formar un ejército regular con las desperdigadas gavillas de la fé. Muchos frailes del país, empezando por los aguerridos capuchinos de Cervera que habian escapado del furor de las tropas liberales, y concluyendo por los monges de Poblet que tanto trabajaron en la conspiracion, formaban en las filas del Manco, ó de Capapé ó de Misas.

Mina tomó el mando de las tropas de Cataluña, y al poco tiempo el aspecto de la campaña principió á mudarse favorablemente á nuestras armas. En 24 de Octubre, despues de obligar á los facciosos á levantar el sitio de Cervera, arrasó á Castellfollit, poniendo sobre sus ruinas el célebre cartel que decia: «Aquí existió Castellfollit. Pueblos, tomad ejemplo, y no deis abrigo á los enemigos de la pátria.»

En Noviembre tomó á Balaguer. En el mismo mes obligó á muchos facciosos á pasar la frontera en presencia del cordon sanitario con que nos amenazaban los franceses. En 20 de Enero, uno de los suyos, el brigadier Rotten, jefe de la cuarta division del ejército de Cataluña, hacia sufrir á San Llorens de Morunys el tremendo castigo de que habia sido víctima Castellfollit, diciendo á las tropas en la órden del dia: «La villa esencialmente rebelde llamada San Llorens de Moruns *será borrada del mapa.*»

Aquel destructor de ciudades señalaba á cada regimiento las calles que debia saquear antes de dar principio á la operacion de borrar del mapa. No de otra manera procedió Hoche en la Vendée; pero este sistema de *borrar del mapa* es algo expuesto, sobre todo en España.

El 8 de Diciembre puso Mina sitio á la Seo

de Urgel, mientras Rotten iba convenciendo á los rebeldes catalanes con las suaves razones que indicamos, y en uno de los pueblos demolidos y arrasados, precisamente en aquel mismo San Llorens de Morunys, llamado tambien Piteus, ocurrió un suceso digno de mencionarse y que causó maravilla y emocion muy viva en toda la tropa.

Fué de la manera siguiente: Para que el saqueo se hiciera con órden, Rotten dispuso que el batallon de Múrcia trabajase en las calles de Arañas y Balldelfred; el de Canarias, en las calles de Frecsures y Segories; el de Córdoba, en las de Ferronised y Ascervalds, dejando los arrabales para el destacamento de la Constitucion y la caballería. Lo mismo en la órden de saqueo que en la de incendio, que le siguió, fueron exceptuadas doce casas que pertenecian á otros tantos patriotas.

El regimiento de Córdoba funcionaba en la calle de Ferronised, entre la consternacion de los aterrados habitantes, cuando unos soldados descubrieron un hondo sótano ó mazmorra, y registrándole, por si en él habia provisiones almacenadas para los facciosos, vieron á un hombre aherrojado, ó más propiamente dicho, un cadáver viviente, cuya miserable postracion y estado les causaron espanto. No vacilaron en

prestrarle auxilio cristianamente sacándole de allí en hombros, despues de quitarle con no poco trabajo las cadenas; y cuando el cautivo vió la luz se desmayó, pronunciando incoherentes palabras, que más bien expresaban demencia que alegría.

Rodeáronle todos, siendo objeto de gran curiosidad por parte de oficiales y soldados, que no cesaban de denostar á los facciosos por la crueldad usada con aquel infeliz. Éste parecia haber permanecido bajo tierra mucho tiempo, segun estaba de lívido y exangüe, y sin duda era víctima del furor de las hordas absolutistas, y más que criminal castigado por sus delitos, un buen patriota condenado por su amor á la Constitucion.

Un capitan ayudante de Rotten, llamado D. Rafael Seudoquis, se interesó vivamente por el cautivo, y despues de mandar que se le diera toda clase de socorros, le apremió para que hablase. El hombre sacado del fondo de la tierra parecia jóven, á pesar de lo que le abrumaban sus padecimientos, y se sorprendió mucho y muy agradablemente de ver los uniformes de la tropa. Las primeras palabras que pronunció fueron estas:

—¿En dónde están?

—¿Los facciosos?—dijo Seudoquis riendo.—

Me parece que no les veremos en mucho tiempo, segun la prisa que llevan..... Ahora, buen amigo, díganos cómo se llama usted y quién es.

El cautivo parecia hacer esfuerzos para recordar.

—¿En qué año estamos?—preguntó al fin mirando á todos con extraviados ojos.

—En el de 1823, que parece será el peor año del siglo, segun como empieza.

—¿Y en qué mes?

—En Enero y á 15, dia de San Pablo ermitaño. Si usted recuerda cuándo le empaquetaron puede hacer la cuenta del tiempo que ha estado en conserva.

—He estado preso—dijo el hombre despues de una larga pausa,—seis meses y algunos dias.

—Pues no es mucho, otros han estado más. No le habrán tratado á usted muy bien: eso es lo malo; pero descuide usted, que ahora las van á pagar todas juntas. El pueblo vá á ser incendiado y arrasado.

—¡Incendiado y arrasado!—exclamó el cautivo con pena.—¡Qué lastima que no sea Benabarre!

—Sin duda el cautiverio de usted—dijo Seudoquis intimando más con el desgraciado,—empezó en ese horrible pueblo aragonés.

—Sí señor, de allí me trajeron á Tremp y de Tremp á Masbrú y de Masbrú aquí.

—¡Oh! ¡buen viaje ha sido! ¡Y seis meses de encierro, bajo el poder de esa canalla! No sé cómo no le fusilaron á usted seiscientas veces.

—Eran demasiado inhumanos para hacerlo.

Lleváronle fuera del pueblo en una camilla y á presencia del brigadier, que le interrogó. Desde el cuartel general vió las llamas que devoraban á San Llorens, y entonces dijo:

—Arde lo inocente, las guaridas, y los perversos lobos están en el monte.

El bravo y generoso Seudoquis fué encargado por el brigadier de vestirle, pues los andrajos que cubrian el cuerpo del cautivo se caian á pedazos. Al dia siguiente de su maravillosa redencion, hallóse muy repuesto por la influencia del aire sano y de los alimentos que le dieron, y aunque le era imposible dar un paso, podia hablar sin acongojarse como el primer dia por falta de aliento.

—¿Qué ha pasado en todo este tiempo?—preguntó con voz débil y temblorosa al que contínuamente le daba pruebas de generosidad é interés.—¿Sigue reinando Fernando VII?

—Hombre, sí, todavia le tenemos encima—dijo Seudoquis atizando la hoguera, alrededor de la cual vivaqueaban juntamente con el cau-

tivo cuatro ó cinco oficiales.—Gotosillo sigue nuestro hombre; pero aún nos está embromando y nos embromará por mucho tiempo.

—¿Y la Constitucion, subsiste?

—Tambien está gotosa, ó mejor dicho, acatarrada. Me parece que de esta fecha enterramos á la señora.

—¿Y hay Córtes?

—Córtes y recortes. Pero me parece que pronto no quedarán más que los de los sastres.

—Y qué, ¿hay revolucion en España?

—Nada: estamos en una balsa de aceite.

—¿Qué Ministerio tenemos?

—El de los *Siete niños de Ecija*. ¿Pues qué, vamos á estar mudando de niños todos los dias?

—¿Y ha vuelto la Milicia á sacudir el polvo á la Guardia Real?

—Ahora nos ocupamos todos en cazar frailes y guerrilleros, siempre que ellos no nos cacen á nosotros.

—¿Y Riego?

—Ha ido á Andalucía.

—¿Hay agitacion allá?

—Lo que hay es mucha sangre vertida en todas partes.

—Revolucion completa. ¿Dónde hay partidas?

—Pregunte usted que dónde hay españoles.

—Toda Cataluña parece estar en armas contra el Gobierno.

—Y casi todo Aragon y Navarra y Vizcaya y Búrgos y Leon y mucha parte de Guadalajara, Cuenca, Avila, Toledo, Cáceres. Hay facciones hasta en Andalucía, que es como decir que hasta las ranas han criado pelo.

—¡Qué horrible sueño el mio!—dijo lúgubremente el cautivo,—y qué triste despertar!

—Esto es un volcan, amigo mio.

—¿Pero qué quieren?

—Confites. Piden inquisicion y cadenas.

—¿Y quién los dirije?

—El Rey y en su real nombre la Regencia de Urgel.

—Una Regencia.....

—Que tiene su Gobierno regular, sus embajadores en las Córtes de Europa y ha contratado hace poco un gran empréstito. Si no hay país ninguno como éste. Espanta el ver cómo falta dinero para todo menos para conspirar.

—¿Y qué hace el Gobierno?

—¿Qué ha de hacer? Boberías. Trasladar los curas de una parroquia á otra, declarar vacantes las sillas de los obispos que están en la faccion, fomentar las sociedades patrióticas, su-

primir los conventos que están en despoblado y otras grandes medidas salvadoras.

—¿No ha cerrado el Gobierno las sociedades patrióticas?

—Ha abierto la *Landaburiana*, para que los liberales tengan una buena plazuela donde insultarse.

—¿Siguen los discursos?

—Sí; pero abundan más los cachetes.

—¿Y qué generales mandan los ejércitos de operaciones?

—Aquí Mina, en Castilla la Nueva O'daly, Quiroga en Galicia, en Aragon Torrijos.

—¿Y vencen?

—Cuando pueden.

—Es una delicia lo que encuentro á mi vuelta del otro mundo.

Si casi era mejor que se hubiese usted quedado por allá. Así al ménos no sufriria la vergüenza de la intervencion extranjera.

—¿Intervencion?

—¡Y se asusta! ¿Pues hay nada más natural? Segun parece, allá por el mundo civilizado corre el rumor de que esto que aquí pasa es un escándalo.

—Sí que lo es.

—Los Reyes temen que á sus Naciones respectivas les entre este maleficio de las Consti-

tuciones, de las sociedades Landaburianas, de las partidas de la Fé, de los frailes con pistolas, y nos van á quitar todos estos motivos de distraccion. Muy lejos del mundo ha estado usted, y muy dentro de tierra cuando no han llegado á sus oidos las célebres notas.

—¿Qué notas?

—El re mi fa de las Potencias. Las notas han sido tres, todas muy desafinadas, y las Potencias que las han dado, tres tambien como las del alma: Rusia, Prusia y Austria.

—¿Y qué pedian?

—No puedo decírselo á usted claramente porque los embajadores no me las han leido; pero si sé que la contestacion del Gobierno español ha sido retumbante y guerrera como un redoble de tambor.

—Es decir que desafia á Europa.

—Sí señor, la desafiamos. Ahora se recuerda mucho la guerra de la Independencia; pero yo digo, como Cervantes, que *nunca segundas partes fueron buenas.*

—De modo que tendremos otra vez extranjeros?

—Franceses. Ahí tiene usted en lo que ha venido á parar el ejército de observacion. Entre el cordon sanitario y el de San Francisco nos van á dar que hacer..... Digo..... y los

diputados el dia en que aprobaron la contestacion á las notas fueron aclamados por el pueblo. Yo estaba en Madrid esa noche, y como vivo frente al coronel San Miguel, las murgas no me dejaron dormir en toda la noche. Por todas partes no se oyen más que *mueras* á la Santa Alianza, á las Potencias del Norte, á Francia y á la Regencia de Urgel. Ahora se dice tambien como entonces: «dejarles que se internen;» pero la tropa no está muy entusiasmada que digamos. Con todo, si entran los interventores no les recibiremos con las manos en los bolsillos.

—Tremendos dias vienen—dijo el cautivo. —Si los absolutistas vencen, no podremos vivir aquí. Ó ellos ó nosotros. Hay que exterminarlos para que no nos exterminen.

—Diga usted que si hubiera muchos brigadieres Rotten, pronto se acababa esa casta maligna. Fusilamos realistas por docenas, sin distincion de sexo ni edad, ni formalidades de juicio..... ¡Ay del que cae en nuestras manos! Nuestro brigadier dice que no hay otro remedio, ni entienden más razon que el arcabuzazo. Ayer hicimos catorce prisioneros en San Llorens. Hay de toda casta de gentes: mujeres, hombres, dos clérigos, un jesuita que usa gafas, un escribano de setenta años, una mu-

jer pública, dos guerrilleros inválidos, en fin, un muestrario completo. El jefe les ha sentenciado ya; pero como esto no se puede decir así, se hace la comedia de enviarles á la cárcel de Solsona, y por el camino cuando viene la noche y se llega á un sitio conveniente..... *pim, pam,* se les despacha en un santiamen, y á otra.

—Si no me engaño—dijo el cautivo,—aquellos paisanos que allí se ven, son los prisioneros de San Llorens.

En una loma cercana, á distancia de dos tiros de fusil se veia un grupo de personas, custodiadas por la tropa. Parecia un rebaño que se habia detenido á sestear.

—Cabalmente—dijo Seudoquis,—aquellos son. Dentro de una hora se pondrán en camino para la eternidad. ¡Y están tan tranquilos!..... Como que no han probado aún las recetas del brigadier Rotten.....

—Ojo por ojo y diente por diente—dijo el cautivo contemplando el grupo de prisioneros. —¡Ah, gran canalla! no se entierran hombres impunemente durante seis meses, no se baila encima de su sepultura para atormentarle, no se le insulta por la reja, no se le arroja saliva é inmundicia, sin sentir más tarde ó más temprano la mano justiciera que baja del cielo.

Despues callaron todos. No se oia más que el rasgueo de la pluma con que uno de los oficiales escribia, teniendo el papel sobre una cartera y esta sobre sus rodillas. Cuando hubo concluido, el cautivo rogó que se le diese lo necesario para escribir una carta á su madre, anunciándole que vivia, pues, segun dijo, en todo el tiempo de la ya concluida cautividad no habia podido dar noticia de su existencia á los que le amaban.

—¿Vivirán como yo—dijo tristemente,—ó afligidos por mi desaparicion habrán muerto?

—Dispénseme usted—manifestó Seudoquis, —pero á medida que hablamos, me ha parecido reconocer en usted á una persona con quien hace algunos años tuve relaciones.

—Sí, Sr. Seudoquis—dijo el cautivo sonriendo.—El mismo soy. Conspiramos juntos el año 19 y á principios del año 20.

—Sr. Monsalud—exclamó el oficial abrazándole,—buen hallazgo hemos hecho sacándole á usted de aquella mazmorra. ¡Ya se ve! Cómo podria conocerle, si está usted hecho un esqueleto?.... Además en estos tiempos se olvida pronto. ¡He visto tanta gente desde aquellos felices dias!..... porque eran felices, sí. Aunque sea entre peligros, el conspirar es siempre muy agradable, sobre todo si se tiene fé.

—Entonces tenia yo mucha fé.

—¡Ah! Y yo tambien. Me hubiera dejado descuartizar por la libertad.

—¡Con qué afan trabajábamos!

—Sí; ¡con qué afan!

—¡Nos parecia que de nuestras manos iba á salir acabada y completa la más liberal y al mismo tiempo la más feliz Nacion de la tierra!

—Sí, ¡qué ilusiones!.... Si no estoy trascordado, tambien nos hallamos juntos en la lógia de la calle de las Tres Cruces.

—Sí; allí estuve yo algun tiempo. En aquello nunca tuve mucha fé.

—Yo sí; pero la he perdido completamente. Vea usted en qué han venido á parar aquellas detestables misas masónicas.

—Nunca tuve ilusiones respecto á la Órden de la *Viuda*.

—Pues nosotros—dijo Seudoquis riendo,—tuvimos hasta hace poco en el regimiento nuestra caverna de Adorinam. Pero apenas funcionaba ya. ¡Cuánta ruina, amigo mio!.... ¡Cómo se ha desmoronado aquel fantástico edificio que levantamos!.... Yo he sido de los que con más gana, con más conviccion y hasta con verdadera ferocidad han gritado: *¡Constitucion ó muerte!* Háble me usted con franqueza, Salvador, ¿tiene usted fé?

—Ninguna—repuso el cautivo,—pero tengo ódio, y por el ódio que siento contra mis carceleros, estoy dispuesto á todo, á morir matando facciosos, si el general Mina quiere hacerme un hueco entre sus soldados.

—Pues yo—manifestó Seudoquis con frialdad,—no tengo fé; tampoco tengo ódio muy vivo; pero el deber militar suplirá en mí la falta de estas dos poderosas fuerzas guerreras. Pienso batirme con lealtad y llevar la bandera de la Constitucion hasta donde se pueda.

—Eso no basta—dijo Monsalud moviendo la cabeza.—Para este conflicto nacional se necesita algo más..... En fin, Dios dirá.

Y empezó á escribir á su madre,

VII

Despues de dar noticia de su estupenda liberacion, exponiendo con brevedad los padecimientos del largo cautiverio que habia sufrido, escribió las frases más cariñosas y una patética declaracion de arrepentimiento por su desnaturalizada conducta y la impía fuga que tan duramente habia castigado Dios. Manifes-

tando despues su falta de recursos y que más que un viaje á Madrid le convenia su permanencia en el ejército de Cataluña, rogaba á su madre que vendiese cuanto habia en la casa, y juntamente con Solita se trasladase á la Puebla de Arganzon, donde pasaria á verlas, pidiendo una licencia. Concluia indicando la direccion que debia darse á las cartas de respuesta, y pedia que ésta fuera inmediata para calmar la incertidumbre y afan de su alma.

Aquella misma tarde habló con el brigadier Rotten, el cual era un hombre muy rudo y fiero, bastante parecido en génio y modos á don Cárlos España. Aconsejóle éste que viera al general Mina, en cuyo ejército habia varias partidas de contraguerrilleros organizadas disciplinariamente; añadió que él (el brigadier Rotten) se habia propuesto hacer la guerra de esterminio, quemando, arrasando y fusilando, en la seguridad de que la supresion de la humanidad traeria infaliblemente el fin del absolutismo, y concluyó diciendo que pasaba á la provincia de Tarragona con todas las fuerzas de su mando, excepcion hecha del batallon de Múrcia que le habia sido reclamado por el general en jefe para reforzar el sitio de la Seo. Monsalud, sin vacilar en su eleccion, optó por seguir á los de Múrcia que iban hácia la Seo.

Salió, pues, Múrcia al dia siguiente muy temprano en direccion á Castellar, llevando el triste encargo de conducir á los catorce prisioneros de San Llorens de Morunys. Seudoquis no ocultó á Salvador su disgusto por comision tan execrable; pero ni él ni sus compañeros podian desobedecer al bárbaro Rotten. Púsose en marcha el regimiento, que más bien parecia cortejo fúnebre, y en uno de sus últimos carros iba Monsalud, viendo delante de sí á los infelices cautivos atraillados, algunos medio desnudos, y todos abatidos y llorosos por su miserable destino, aunque no se creian condenados á muerte sino tan solo á denigrante esclavitud.

Camino más triste no se habia visto jamás. Lleno de fango el suelo; cargada de neblina la atmósfera, y enfriada por un remusguillo helado que del Pirineo descendia, todo era tristeza fuera y dentro del alma de los soldados. No se oian ni las canciones alegres con que ellos suelen hacer ménos pesadas las largas marchas, ni los diálogos picantes, ni más que el lúgubre compás de los pasos en el cieno y el crugir de los lentos carros y los suspiros de los acongojados prisioneros. El dia se acabó muy pronto á causa de la niebla que, al modo de envidia, lo empañaba; y al llegar á un ángulo del camino, en cierto sitio llamado *los tres*

Roures (los tres robles), el regimiento se detuvo. Tomaba aliento, porque lo que iba á hacer era grave.

Salvador sintió un súbito impulso en su alma cristiana. Eran los sentimientos de humanidad que se sobreponian al ódio pasajero y al recuerdo de tantas penas. Cuando vió que la horrible sentencia iba á cumplirse, hundió la cabeza sepultándola entre los sacos y mantas que llenaban el carro, y oró en silencio. Los ayes lastimeros y los tiros que pusieron fin á los ayes, le hicieron extremecer y sacudirse como si resonaran en la cavidad de su propio corazon. Cuando todo quedó en lúgubre silencio, alzando su angustiada cabeza, dijo así:

—¡Qué cobarde soy! El estado de mi cuerpo, que parece de vidrio, me hace débil y pusilánime como una mujer..... No debo tenerles lástima, porque me sepultaron durante seis meses, porque bailaron sobre mi calabozo y me injuriaron y escupieron, porque ni aun tuvieron la caridad de darme muerte, sino por el contrario, me dejaban vivir para mortificarme más.

El regimiento siguió adelante, y al pasar junto al lugar de la carnicería, Salvador sintió renacer su congoja.

—Es preciso ser hombre—pensó.—La guer-

ra es guerra, y exige estas crueldades. Es preciso ser verdugo para no ser víctima. O ellos ó nosotros.

Seudoquis se le acercó entonces para informarse de su estado de salud. Estaba el buen capitan tan pálido como los muertos, y su mano ardiente y nerviosa temblaba como la del asesino que acaba de arrojar el arma para no ser descubierto.

—¿Qué dice usted, amigo mio?—le preguntó Salvador.

—Digo—repuso el militar tristemente,—que la Constitucion será vencida.

VIII

Hasta el 25 de Enero no llegaron á Canyellas donde Mina tenia su cuartel general frente á la Seo de Urgel. Habian pasado más de sesenta dias desde que puso sitio á la plaza, y aunque la Regencia se habia puesto en salvo llevándose el dinero y los papeles, los testarudos catalanes y aragoneses se sostenian fieramente en la poblacion, en los castillos y en la formidable ciudadela.

Mina, hombre de mucha impaciencia, tenia en aquellos dias un humor de mil demonios. Sus soldados estaban medio desnudos, sin ningun abrigo y con ménos ardor guerrero que hambre. A los cuarenta y seis cañones que guarnecian las fortalezas de la Seo, el héroe navarro no podia oponer ni una sola pieza de artillería. El país en que operaba era tan pobre y desolado, que no habia medios de que sobre él, como es costumbre, vivieran las tropas. Por carecer estas de todo, hasta carecian de fanatismo, y el grito de *Constitucion ó muerte* hacia ya muy poco efecto. Era como los cumplimientos, que todo el mundo los dice y nadie cree en ellos. Un invierno frio y crudo completaba la situacion, derramando nieves, escarchas, hielos y lluvia sobre los sitiadores, no ménos desabrigados que aburridos.

Delante de la miserable casilla que le servia de alojamiento solia pasearse D. Francisco por las tardes con las manos en los bolsillos de su capote, y pisando fuerte para que entraran en calor las entumecidas piernas. Era hombre de cuarenta y dos años, récio y avellanado, de semblante rudo, en que se pintaba una gran energía, y todo su aspecto revelaba al guerreador castellano, más bien ágil que forzudo. En sus ojos, sombreados por cejas muy espesas, brillaba la

astuta mirada del guerrillero que sabe organizar las emboscadas y las dispersiones. Tenia cortas patillas, que empezaban á emblanquecer, y una piel bronca; las mandíbulas, así como la parte inferior de la cara, muy pronunciadas; la cabeza cabelluda y no como la de Napoleon, sino piriforme y amelonada á lo guerrillero. No carecia de cierta zandunga su especial modo de sonreir, y su hablar era como su estilo, conciso y claro, si bien no muy elegante; pero si no escribia como Julio César, solia guerrear como él.

No le educaron sus mayores sino los menores de su familia, y tuvo por maestro á su sobrino, un seminarista calaveron que empezó su carrera persiguiendo franceses y la acabó siendo fusilado en América. Se hizo general como otros muchos, y con mejores motivos que la mayor parte, educándose en la guerra de la Independencia, sirviendo bien y con lealtad, ganando cada grado con veinte batallas y defendiendo una idea política con perseverancia y buena fé. Su destreza militar era extraordinaria, y fué sin disputa el primero entre los caudillos de partidas, pues tenia la osadía de Merino, el brutal arrojo del Empecinado, la astúcia de Albuin y la ligereza del Royo. Sus crueldades, de que tanto se ha hablado, no salian, como las de Rotten, de las perversidades

de un corazon duro, sino de los cálculos de su activo cerebro, y constituian un plan como cualquier otro plan de guerra. Supo hacerse amar de los suyos hasta el delirio, y tambien sojuzgar á los que se le rebelaron como el Malcarado.

Poseia el génio navarro en toda su grandeza, siendo guerrero en cuerpo y alma, no muy amante de la disciplina, caminante audaz, cazador de hombres, enemigo de la lisonja, valiente por amor á la gloria, terco y caprichudo en los combates. Ganó batallas que equivalian á romper una muralla con la cabeza, y fueron obras maestras de la terquedad, que á veces sustituye al génio. En sus crueldades jamás cometió viles represalias, ni se ensañó, como otros, en criaturas débiles. Peleando contra Zumalacárregui, ambos caudillos cambiaron cartas muy tiernas á propósito de una niña de quince meses que el guipuzcoano tenia en poder del navarro. Fuera de la guerra, era hombre cortés y fino, desmintiendo así la humildad de su orígen, al contrario de otros muchos, como D. Juan Martin por ejemplo, que, aun siendo general, nunca dejó de ser carbonero.

Salvador Monsalud habia conocido á Mina en 1813, durante la conspiracion, y despues en Madrid. Su amistad no era íntima, pero sí

cordial y sincera. Oyó el general con mucho interés el relato de las desgracias del pobre cautivo de San Llorens, y á cada nueva crueldad que éste referia, soltaba el otro alguna enérgica inventiva contra los facciosos.

—Ya tendrá usted ocasion de vengarse, si persiste en su buen propósito de ingresar en mi ejercito—le dijo, estrechándole la mano.—Yo tengo aquí varias partidas de contraguerrilleros, compuestas de gente del país y muchos compatriotas mios que me ayudan como pueden. Desde luego le doy á usted el mando de una compañía; ¿acepta usted?

—Acepto, —repuso Salvador.—Nunca fué grande mi aficion á la carrera militar; pero ahora me seduce la idea de hacer todo el daño posible á mis infames verdugos, no asesinándolos, sino venciéndolos..... Este es el sentimiento de que han nacido todas las guerras. Además yo no tengo nada que hacer en Madrid. El duque del Parque no se acordará ya de mí y habrá puesto á otro en mi lugar. He rogado á mi madre que venda todo y se traslade á la Puebla con mi hermana. No quiero Córte por ahora. Las circunstancias, y una inclinacion irresistible que hay dentro de mí desde que me sacaron de aquel horrible sepulcro, me impulsan á ser guerrillero.

—Eso no es más que vocacion de general,—dijo Mina riendo.

Despues convidó á Monsalud á su frugal mesa, y estuvieron hablando largo rato de la campaña y del sitio emprendido, que segun las predicciones del general tocaba ya á su fin.

—Si para el dia de la Candelaria no he entrado en esa cueva de ladrones—dijo,—rompo mi baston de mando..... Daria todos mis grados por podérselo romper en las costillas á Mataflorida.

—Ó al arzobispo Creux.

—Ese se pone siempre fuera de tiro. Ya marchó á Francia por miedo á la chamusquina que les espera. ¡Ah! Sr. Monsalud, si no es usted hombre de corazon, no venga con nosotros. Cuando entremos en la Seo, no pienso perdonar ni á las moscas. El Trapense, al tomar esta plaza, pasó á cuchillo la guarnicion. Yo pienso hacer lo mismo.

—¿A qué cuerpo me destina mi general?

—A la contraguerrilla del *Cojo de Lumbier*. Es un puñado de valientes que vale todo el oro del mundo.

—¿En dónde está?

—Hácia Fornals, vigilando siempre la ciudadela. Los contraguerrilleros del *Cojo* han jurado morir todos ó entrar en la Ciudadela an-

tes de la Candelaria. Me inspiran tal confianza que les he dicho: «no teneis que poneros delante de mí sino para decirme que la Ciudadela es nuestra.»

—Entrarán, entraremos de seguro—dijo Monsalud con entusiasmo.

—Y ya les he leido muy bien la cartilla—añadió Mina.—Ya les he cantado muy claro que no tienen que hacerme prisioneros. No doy cuartel á nadie, absolutamente á nadie. Esa turba de sacristanes y salteadores no merece consideracion alguna militar.

—Es decir.....

—Que me hareis el favor de pasarme á cuchillo á toda esa gavilla de tunantes..... Amigo mio, la experiencia me ha demostrado que esta guerra no se sofoca sino con la ley del exterminio llevada á su último extremo.

Salvador, oyendo esto, se extremeció, y por largo rato no pudo apartar de su pensamiento la lúgubre fase que tomaba la guerra desde que él imaginó poner su mano en ella.

Mina encargó al novel guerrillero que se restableciese reposadamente dándose la mejor vida posible en el campamento, pues tiempo habia de sobra para entrar en lucha, si continuaba la guerra, como era creible en vista del estado del país y de los amagos de inter-

vencion. Otros amigos, además del general, encontró Salvador en Canyellas y pueblos inmediatos; relaciones hechas la mayor parte en la conspiracion y fomentadas despues en las lógias y en los cafés patrióticos.

IX

La Seo de Urgel está situada en la confluencia de dos rios que allí son torrentes: el Segre, originario de Puigcerdá, y el Balira, un bullicioso y atronador jóven enviado á España por la república de Andorra. Enormes montañas la cercan por todas partes y tres gargantas estrechas le dan entrada por caminos que entonces solo eran á propósito para la segura planta del mulo. Sobre la misma villa se eleva la Ciudadela; más al Norte el CASTILLO; entre estas dos fortalezas el escarpado arrabal de Castel-Ciudad, y en direccion á Andorra la torre de Solsona. La imponente altura de estas posiciones hace muy difícil su expugnacion, porque es preciso andar á gatas para llegar hasta ellas.

El 29 Mina dispuso que se atacara á Castel-

Ciudad. El éxito fué desgraciado; pero el 1.° de Febrero, operando simultáneamente todas las tropas contra Castel-Ciudad, Solsona y el Castillo, se logró poner avanzadas en puntos cuya conquista hacia muy peligrosa la resistencia de los sitiados. Por último, el dia 3 de Febrero, á las doce de la mañana, las contraguerrillas del *Cojo* y el regimiento de Múrcia penetraban en la Ciudadela, defendida por seiscientos hombres al mando de Romagosa.

Aunque no se hallaba aún totalmente restablecido, Salvador Monsalud volvia tan rápidamente á su estado normal, que creyó de su deber darse de alta en los críticos dias 1.° y 2 de Febrero. Además de que se sentia regularmente ágil y fuerte, le mortificaba la idea de que se le supusiera más encariñado con la convalecencia que con las balas. Tomó, pues, el mando de su compañía de contraguerrilleros, á las órdenes del valiente *Cojo de Lumbier*, y fué de los primeros que tuvieron la gloria de penetrar en la Ciudadela. Sin saber cómo, sintióse dominado por la rabiosa exaltacion guerrera que animaba á su gente. Vió los raudales de sangre y oyó los salvajes gritos, todo ello muy acorde con su excitado espíritu.

Cuando la turba vencedora cayó como una venganza celeste sobre los vencidos, sintió, sí,

pasajero temblor; pero sobreponiéndose á sus sentimientos, recordó las instrucciones de Mina y supo trasmitir las órdenes de degüello, con tanta firmeza como el médico que ordena la amputacion. Vió pasar á cuchillo á más de doscientos hombres en la Ciudadela y no pestañeó; pero no pudo vencer una tristeza más honda que todas las tristezas imaginables, cuando Seudoquis, acercándose á él sobre charcos de sangre y entre los destrozados cuerpos palpitantes, le dijo con la misma expresion lúgubre de la tarde de los tres Roures:

—Me confirmo en mi idea, amigo Monsalud. La Constitucion será vencida.

Al dia siguiente bajó á la villa de la Seo, que le pareció un sepulcro del cual se acabara de sacar el cuerpo putrefacto. Su estrechez lóbrega y húmeda, así como su suciedad hacian pensar en los gusanos insaciables, y no se podia entrar en ella con ánimo sereno. Como oyera decir que en los cláustros de la catedral, convertidos en hospital, habia no pocas personas de Madrid, se dirigió allá creyendo encontrar algun amigo de los muchos y diversos que tenia. Grande era el número de heridos y enfermos; pero no vió ningun semblante conocido. En el palacio arzobispal estaban sólo

los enfermos de más categoría. Dirigióse allá y apenas habia dado algunos pasos en la primera sala, cuando se sintió llamado enérgicamente.

Miró y dos nombres sonaron.

—¡Salvador!

—¡Pipaon!

Los dos amigos de la niñez, los dos colegas de la conspiracion del 19, los dos hermanos, aunque no bien avenidos de la lógia de las Tres Cruces, se abrazaron con cariño. El buen Bragas, que poco antes, viendo mal parada la causa constitucional, habia corrido á la Seo á ponerse á las órdenes de la Regencia, cual hombre previsor, padecia de un persistente reuma que le impidió absolutamente huir á la aproximacion de las tropas liberales. Confiaba el pobrecito en las infinitas trazas de su sutilísimo ingénio para conseguir que no se le causara daño, y como tuvo siempre por norte hacerse amigos, aunque fuera en el infierno, muy mal habian de venir las cosas para que no saliese alguno entre los soldados de Mina. A pesar de todo, estuvo con el alma en un hilo hasta que vió aparecer la figura por demás simpática de su antiguo camarada, y entonces no pudiendo contener la alegría, le llamó y despues de estrecharle en sus brazos con la frenética alegría del condenado que logra salvarse, le dijo:

—¡Qué bonita campaña habeis hecho!.... Habeis tomado la Seo como quien coje un nido de pájaros..... Si he de ser franco contigo, me alegro..... no se podia vivir aquí con esa canalla de Regencia..... Yo vine por cuenta del Gobierno constitucional á vigilar..... ya tú me entiendes; y me marchaba, cuando..... ¡Qué desgraciado soy! Pero supongo que no me harán daño alguno, eh?.... ¿Tienes influencia con Mina?.... Dile que podré ponerle en autos de algunas picardías que proyectan los Regentes. Te juro que diera no sé qué por ver colgado de la torre de la catedral al arzobispo.

Monsalud despues de tranquilizarle pidióle noticias de Madrid y de su familia.

Pipaon permaneció indeciso breve rato, y despues añadió con su habitual ligereza de lenguaje:

—¿Pero dónde te has metido? ¿Te secuestraron los facciosos? Ya me lo suponia, y así lo dije á tu pobre madre cuando estuvo en mi casa á preguntarme por tí. La buena señora no tenia consuelo. Se comprende. ¡No saber de tí en tanto tiempo!....

—¿Vive mi madre?—preguntó Salvador.—¿Está buena?

—Hace algunos dias que falto de Madrid y no te puedo responder—dijo Bragas mascullan-

do las palabras,—pero si recibieses alguna mala noticia no debes sorprenderte. Tu ausencia durante tantos meses y la horrible incertidumbre en que ha vivido tu buena madre, no son ciertamente garantías de larga vida para ella.

—Pipaon, por Dios—dijo Monsalud con amargura,—tú me ocultas algo; tú, por caridad no quieres decirme todo lo que sabes. ¿Vive mi madre?

—No puedo afirmar que sí ni que no.

—¿Cuándo la has visto?

—Hace cuatro meses.

—¿Y entonces estaba buena?

—Así, así.....

—Y Sola ¿estaba buena?

—Así, así. Las dos parecian tan apesadumbradas, que daba pena verlas.

—¿Seguian viviendo en el Prado, donde yo las dejé?

—No, volvieron á la calle de Coloreros..... Comprendo tu ansiedad. Si no hubiera huido con la Regencia una persona que se toma mucho interés por tí, que te nombra con frecuencia, y que hace poco ha llegado de Madrid.....

—¿Quién?

—Genara.

—¿Ha estado aquí?.... No me dices nada que no me abrume, Pipaon.

—Marchó con el arzobispo y Mataflorida. ¡Qué guapa está! Y conspira que es un primor. Sólo ella se atreveria á meterse en Madrid, llevando mensajes de esta gente de la frontera, como hizo en la primavera pasada, y volver locos á los Ministros y á la camarilla..... Pero te has puesto pálido al oir su nombre..... Ya, ya sé que os quereis bien. Ella misma ha dejado comprender ciertas cosas..... ¡Cuánto ha padecido por arrancar de la faccion á un hombre secuestrado en Benabarre! Ese hombre eres tú. Bien claro me lo ha dado á entender ella con sus suspiros siempre que te nombraba y tú con esa palidez teatral que tienes desde que hablamos de ella. Amiguito, bien, bravo; mozas de tal calidad bien valen seis meses de prision. A doce me condenaria yo por haber gustado esa miel-hiblea.

Y prorrumpió en alegres risas, sin que el otro participase de su jovialidad. Reclinado en la cama del enfermo, con la cabeza apoyada en la mano, Monsalud parecia la imágen de la meditacion. Despues de larga pausa, volvió á anudar el hilo del interrumpido coloquio, diciendo:

—¿Conque ha estado aquí hace poco?

—Sí; ¿ves esta cinta encarnada que tengo en el brazo?.... Ella me la puso para sujetarme la manga que me molestaba. Si quieres este recuerdo suyo te lo puedo ceder en cambio de la proteccion que me dispensas ahora.

Salvador miró la cinta, pero no hizo movimiento alguno para tomarla, ni dijo nada sobre aquel amoroso tema.

—¿Y dices que hizo esfuerzos por rescatarme?—preguntó.

—Sí..... ¡pobre mujer! Se me figura que te amó grandemente; pero acá para entre los dos, no creo que la primera virtud de Genara sea la constancia..... Si tanto empeño tenia por salvarte, ¿por qué no te salvó, siendo, como era, amiga de Mataflorida, del arzobispo y del baron? Con tomar una órden de la Regencia y dirigirse al interior del país dominado por los arcángeles de la fé..... Pero no habia quien la decidiera á dar este paso, y antes que meterse entre guerrilleros, me dijo una vez que preferia morir.

—Y ¿crees tú que ella podria darme noticias de mi familia?

—Se me figura que sí—dijo Pipaon poniendo semblante compungido.—Yo le oí ciertas cosas..... No será malo, querido amigo, que te dispongas á recibir alguna mala noticia.

—Dímela de una vez, y no me atormentes con tus medias palabras,—manifestó Salvador lleno de ansiedad.

—De este mundo miserable—añadió Bragas con una gravedad que no le sentaba bien,—¿qué puede esperarse más que penas?

—¡Ya lo sé! Jamás he esperado otra cosa.

—Pues bien..... Yo supongo que tú eres un hombre valiente..... ¿Para qué andar con rodeos y palabrillas?

—Es verdad.

—Si al fin habia de suceder; si al fin habias de apurar este cáliz de amargura..... ¡Ah, mi querido amigo, siento ser mensajero de esta tristísima nueva!

—¡Oh, Dios mio, lo comprendo todo!—exclamó Salvador ocultando su rostro entre las temblorosas manos.

—¡Tu madre ha muerto!—dijo Pipaon.

—¡Oh, bien me lo decia el corazon!—balbució el huérfano traspasado de dolor.—¡Madre querida! ¡yo te he matado!

Durante largo rato estuvo llorando amargamente.

X

Creyendo ahora conveniente el autor no trabajar más por cuenta propia, vuelve á utilizar el manuscrito de la señora en su segunda pieza, que concuerda cronológicamente con el punto en que se ha suspendido la anterior relacion.

Los lectores perdonarán esta larga incrustacion ripiosa, tan inferior á lo escrito por la hermosa mano y pensado por el agudo entendimiento de la señora. Pero como la seguridad del edificio de esta historia lo hacia necesario, el autor ha metido su tosco ladrillo entre el fino mármol de la gentil dama alavesa. El segundo fragmento lleva por título: DE PARÍS Á CÁDIZ, *y á la letra dice así:*

A fines de ¡Diciembre del 22, tuve que huir precipitadamente de la Seo, que amenazaba el cabecilla Mina. No es fácil salir con pena de la Seo. Aquel pueblo es horrible, y todo el que vive dentro de él se siente amortajado. Mataflorida salió antes que nadie,

trémulo y lleno de zozobra. No podré olvidar nunca la figura del arzobispo, montado á mujeriegas en un mulo, apoyando una mano en el arzon delantero y otra en el de atrás, y con la canaleja sujeta con un pañuelo para que no se la arrancase el fuerte viento que soplaba. Es sensible que no pueda una dejar de reirse en circunstancias tristes y luctuosas, y que á veces las personas más dignas de veneracion por su estado religioso, exciten la hilaridad. Conozco que es pecado y lo confieso; pero ello es que yo no podia tener la risa.

Nos reunimos todos en Tolosa de Francia. Yo resolví entonces no mezclarme más en asuntos de la Regencia. Jamás he visto un desconcierto semejante. Muchos españoles emigrados, viendo cercana la intervencion (precipitada por las altaneras contestaciones de San Miguel), temblaban ante la idea de que se estableciese un absolutismo fanático y vengador, y suspiraban por una transaccion, interpretando el pensamiento de Luis XVIII. Pero no habia quien apease á Mataflorida de su borrica, ó sea de su idea de restablecer las cosas *en el propio ser y estado que tuvieron* desde el 10 de Mayo de 1814 hasta el 7 de Marzo de 1820. Balmaseda le apoyaba, y D. Jaime Creux (el gran ginete de quien antes he hablado) era partidario

tambien del absolutismo puro y sin mancha alguna de Cámaras ni camarines; pero el baron de Eroles y Eguía se oponian furiosamente á esta salutífera idea de sus compañeros.

Mi amigo, el general de la coleta, (ya separado de la pastelera de Bayona) queria destituir á la Regencia y prender á Mataflorida y al arzobispo. Mataflorida, fuerte con las instrucciones reservadísimas de Su Majestad, que yo y otros emisarios le habíamos traido, seguia en sus trece. La Junta de Cataluña, los apostólicos de Galicia, la Junta de Navarra, los obispos emigrados enviaban representaciones á Luis XVIII para que reconociese á la Regencia de Urgel, mientras la Regencia misma, echándosela de soberana, enviaba una especie de plenipotenciarios de figuron á los Soberanos de Europa.

Nada de esto hizo efecto, y la Córte de Francia, conforme con Eguía y el baron de Eroles, puso á la Regencia cara de hereje. Por desgracia para la causa real Ugarte habia sido quitado de la escena política, y todo el negocio, como puede suponerse, andaba en manos muy ineptas. Allí era de ver la rábia de Mataflorida, que alegaba en su favor las órdenes terminantes del Rey; pero nada de esto valia, porque los otros tambien mostraban car-

tas y mandatos reales. Fernando jugaba con todos los dados á la vez. ¿Su voluntad quién podia saberla?

Entretanto todo se volvia recados misteriosos de Tolosa á París y á Madrid y á Verona. Eguía se carteaba con el duque de Montmorency, Ministro de Estado en Francia, y Mataflorida con Chateaubriand. Cuando este sustituyó á Montmorency en el Ministerio, nuestro marqués vió el cielo abierto, por ser el vizconde de los que con más ahinco habian sostenido en Verona la necesidad de volver del revés las instituciones españolas. Necesitando negociar con él y no queriendo apartarse de la frontera de España por temor á las intrigas de Eguía y del baron de Eroles, me rogó que le sirviese de mensajero, á lo que accedí gustosa, porque me agradaban, ¿á qué negarlo? aquellos graciosos manejos de la diplomacia menuda, y el contínuo zarandeo y el trabar relaciones con personajes eminentes, Príncipes y hasta Soberanos reinantes. Yo, dicho sea sin perjuicio de la modestia, habia mostrado regular destreza para tales tratos, así como para componer hábilmente una intriga; y el hábito de ocuparme en ello habia despertado en mí lo que puede llamarse el amor al arte. Mi belleza, y cierta mágia que, segun dicen, tuve, contribuian no poco enton-

ces al éxito de lo que yo nombraba plenipotencias de abanico.

Tomé, pues, mis credenciales y partí para París con mi doncella y dos criados excelentes que me proporcionó Mataflorida. Estaba en mis glorias. Felizmente yo hablaba el francés con bastante soltura, y tenia en tan alto grado la facultad de adaptacion, que á medida que pasaba de Tolosa á Agen, de Agen á Poitiers de Poitiers á Tours y á París, parecíame que me iba volviendo francesa en maneras, en trage, en figura y hasta en el modo de pensar.

Llegué á la gran ciudad ya muy adelantado Febrero. Tomé habitacion en la calle del Bac, y despues de destinar dos dias á recorrer las tiendas del Palais Royal y á entablar algunas relaciones con modistas y joyeros, pedí una audiencia al señor Ministro de Negocios exteriores. Él, que ya tenia noticia de mi llegada, envióme uno de sus secretarios, dignándose al mismo tiempo ofrecerme un billete para presenciar la apertura de las tareas legislativas en el Louvre.

Mucho me holgué de esto, y dispúseme á asistir á tan brillante ceremonia, en la cual debia leer su discurso el Rey Luis XVIII y presentarse de córte todos los grandes dignatarios de aquella fastuosa Monarquía. Confieso que

jamás he visto ceremonia que más me impresionase. ¡Qué solemnidad, qué grandeza y lujo! El puesto en que me colocaron los ugieres no era el más cómodo; pero ví perfectamente todo, y la admiracion y arrobamiento de mi espíritu no me permitian atender á las molestias.

La presencia del anciano Rey me causó la sensacion más viva. Aclamáronle ruidosamente cuando apareció en el gran salon, y en realidad inspiraba afecto y entusiasmo. Bien puede decirse que pocos reyes han existido más simpáticos ni más dignos de ser amados. Luis XVIII tomó asiento en un trono sombreado con rico dosel de terciopelo carmesí. Los altos dignatarios se colocaron en pié en los escaños alfombrados. No se verá en parte alguna nada más grave ni más suntuoso ni más imponente.

Su Majestad Cristianísima empezó á leer. ¡Qué voz tan dulce, qué acento tan patético! A cada párrafo era interrumpido por vivas exclamaciones. Yo lloraba y atendia con toda mi alma. Se me grabaron profundamente en la memoria aquellas célebres palabras: «He mandado retirar mi embajador. Cien mil franceses »mandados por un Príncipe de mi familia, por »aquel á quien mi corazon se complace en lla-

»mar hijo, están á punto de marchar invocan-»do al Dios de San Luis para conservar el tro-»no de España á un descendiente de Enrique IV, »para librar á aquel hermoso Reino de su ruina »y reconciliarlo con Europa.»

Ruidosos y entusiastas vítores manifestaron cuánto entusiasmaba á todos los franceses allí presentes la intervencion. Yo, aunque española, comprendia la justicia y necesidad de esta medida. Así es que dije para mí, pensando en mis paisanos:

—Ahora vereis, brutos, cómo os harán andar derechos.

Pero el bondadoso Luis XVIII siguió diciendo cosas altamente patrióticas sólo bajo el punto de vista francés, y ya aquello no me gustaba tanto; porque, en fin, empecé á comprender que nos trataban como á un hato de carneros. Yo he sido siempre de una volubilidad extraordinaria en mis ideas, las cuales varían al compás de los sentimientos que agitan hondamente mi alma. Así es que de pronto y sin saber cómo se enfrió un poco mi entusiasmo; y cuando Luis dijo con altanero acento y entre atronadores aplausos aquello de »*Somos franceses, señores,*» sentí oprimido mi corazon; sentí que corria por mis venas rápido fuego, y pensando en la intervencion, dije para mí:

—No hay que echar mucha facha todavia, amiguitos. *Somos españoles, señores.*

Pero no puedo negar que la pompa de aquella Córte, la seriedad y grandeza de aquella Asamblea, acorde con su Rey, y existente con él sin estorbarse el uno á la otra, hicieron mucha impresion en mi espíritu. Me acordaba de las discordias infecundas de mi país, y entonces sentia mucha pena.

—Allá—pensé,—tenemos demasiadas Córtes para el Rey y demasiado Rey para las Córtes.

El dia siguiente, 1.° de Marzo, era el señalado por Chateaubriand para recibirme. Yo tenia vivísimos deseos de verle, por dos motivos: por mi comision, y porque habia leido la *Atala* poco antes, hallando en su lectura el más profundo deleite. No sé por qué me figuraba al vizconde como una especie de *triste Chactas*, de tal modo que no podia pensar en él sin traer á la memoria la célebre cancion.

Pero todo cambió cuando entré en el Ministerio y en el despacho del célebre escritor que llenaba el mundo con su nombre y habia divulgado la manía de los bosques de América el sentimentalismo católico y las tristezas quejumbrosas á lo René. Vestia de gran uniforme. Su semblante pálido y hermoso no tenia más defecto que el estudiado desórden de los cabe-

llos, que asemejaban mucho su cabeza á una de esas testas de aldeano en cuya selvática espesura jamás ha entrado el peine. En sus ojos habia un mirar tan vivo y penetrante, que me obligaba á bajar los mios. Estaba bastante decaido, aunque su edad no pasara entonces de los cincuenta y dos años. Su esquisita urbanidad era algo finchada y fria. Sonreia ligeramente y pocas veces, contrayendo los casi imperceptibles pliegues de su boca de mármol; pero fruncia con frecuencia el ceño, como una maña adquirida por la costumbre de creer que cuanto veia era inferior á la majestad de su persona.

Parecióme que la presencia de la diplomática española le habia causado sorpresa. Sin duda creia ver en mí una *maja* de esas que, conforme él dice en uno de sus libros, se alimentan con una bellota, una aceituna ó un higo. Debió admirarle mi intachable vestido francés, y la falta de aquella gravedad española, que consiste, segun ellos, en hablar campanudamente y con altanería. En sus miradas creí sorprender una observacion algo impropia de hombre tan fino. Parecióme que miraba si habia yo llevado el rosario para rezar en su presencia, ó alguna guitarra para tocar y cantar mientras durase el largo plazo de la antesala. En sus primeras palabras advertí mar-

cado deseo de llevarme al terreno literario, porque empezó hablando de lo mucho que admiraba á mi país y del Romancero del Cid, asunto que no vino muy de molde en aquella ocasion.

Yo, viéndole en tan buen terreno, y considerando cuánto debia agradarle la lisonja, me afirmé en el terreno literario y le hablé de su universal fama, así como del gran eco de Chateaubriand por todo el orbe. Él me contestó con frases de modestia tan ingeniosas y bien perfiladas, que la misma modestia no las hubiera conocido por suyas. Preguntóme si habia leido el *Génio del Cristianismo* y le contesté al punto que sí y que me entusiasmaba, aunque la verdad es que hasta entonces no habia ni siquiera hojeado tal libro; mas recordando algunos pasajes de los *Mártires,* le hablé de esta obra y de la gran impresion que en mí produjera. Él pareció maravillado de que una dama española supiera leer, y me dirigió varias galanterías del más delicado gusto. Por mi belleza y mis gracias materiales, yo no debia ser de palo para el vizconde. Despues supe que con sus cincuenta y dos años á la espalda aún se creia bastante jóven para el galanteo, y amaba á cierta artista inglesa con el furor de un colegial.

XI

Entrando de lleno en nuestro asunto, el *triste Chactas* me dijo:

—Ya oiria usted ayer el discurso de Su Majestad. La guerra es inevitable. Yo la creo conveniente para las dos Naciones, y he tenido el honor de sostener esta opinion en el Congreso de Verona y en el Ministerio, contra muchos hombres eminentes que la juzgaban peligrosa. En cuanto á la cuestion principal, que es la clase de Gobierno que debe darse á España, no creo en la posibilidad de sostener el absolutismo puro. Esto es un absurdo, aun en España, y las luces del siglo lo rechazan.

Yo le hice una pintura todo lo fiel que me fué posible del estado de nuestras costumbres y de las clases sociales en nuestro país, así como de los personajes eminentes que en él habia, haciendo notar de paso, conforme á mi propósito, que un solo hombre grande existia en toda la redondez de las Españas. Este hombre era el marqués de Mataflorida.

—Reconozco las altas dotes del señor Mar-

qués—me dijo Chateaubriand con finísima sonrisa.—Pero la conducta de la Regencia de Urgel ha sido poco prudente. Su manifiesto del 15 de Agosto y sus propósitos de conservar el absolutismo puro no pueden hallar eco en la Europa civilizada.

Yo dije entonces, usando las frases más delicadas, que no era fácil juzgar de los sucesos de Urgel por lo que afirmaran hombres tan corrompidos como Eguía y el baron de Eroles, á los cuales, con buenas palabras, puse de oro y azul. Concluí mi perorata afirmando que la voluntad de Fernando era favorable á los planes de Mataflorida.

—Para nosotros—dijo,—no hay otra expresion de la voluntad del Rey de España, que la contenida en la carta que Su Majestad Católica dirigió á nuestro Soberano.

El pícaro me iba batiendo en todos mis atrincheramientos y me desconcertó completamente cuando me dijo:

—El Gobierno francés ha acordado nombrar una Junta provisional en la frontera, hasta que las tropas francesas entren en España.

—¿Y la Regencia?

—La Regencia dejará de existir, mejor dicho, ha dejado de existir ya.

—Pero Fernando no les ha retirado sus po-

deres, antes bien, se los confirma secretamente un dia y otro.

Al oir esto el insigne escritor y diplomático no contestó nada. Conocí que se veia en la alternativa de desmentir mi aserto ó de hablar mal de Fernando, y que como hombre de intachable cortesía no queria hacer lo primero, ni como Ministro de un Borbon lo segundo. Viéndole suspenso insistí, y entonces me dijo:

—Indudablemente aquí hay algo que ahora no se puede comprender; pero que andando el tiempo se ha de ver con claridad.

Despues, deseando mostrarme el más filantrópico interés por la ventura de nuestro país, afirmó que él habia trabajado mucho porque se declarara la guerra, sosteniendo para esto penosas luchas con Mr. de Villéle y sus demás colegas; que la resistencia de Inglaterra y de Wellington habian exigido de su parte grandes esfuerzos y constancia, y por último, que aún necesitaria de no poca energía para vencer la oposicion á la guerra que las Cámaras mostrarian desde el primer dia de sus sesiones.

—Muchos—añadió *Chactas*,—me consideran loco. Otros me tienen lástima. Algunos, y entre ellos los envidiosos, preguntan si podré yo conseguir lo que no fué dado á Napoleon. Pero yo fio al tiempo la consagracion de este gran

hecho, tan necesario á la seguridad del órden y la justicia en los pueblos de Occidente.

Habló tambien de las sociedades secretas y de los carbonarios, á quienes parecia tener muchísimo miedo; y yo empecé á comprender que el objeto de la intervencion no era poner paz entre nosotros, ni hacernos felices, ni aun siquiera consolidar el vacilante trono de un Borbon, sino aterrar á los revolucionarios franceses é italianos que bullian sin cesar en los tenebrosos fondos de la sociedad francesa, jamás reposada ni tranquila.

Prometió contestar á Mataflorida, mas sin mostrarse muy entusiasta por las altas prendas de mi amigo, ni indicar nada que trascendiese á propósitos de acceder á su peticion. Bajo sus frases corteses yo creia descubrir cierto menosprecio de los indivíduos de la Regencia, y aun de todos los que mangoneaban en la conspiracion. De un solo español me habló con acento que indicaba respeto y casi admiracion, de Martinez de la Rosa. Atribuí esto á mera simpatía de poeta.

Despedíme de él, deplorando el mal éxito de mi embajada, y aquí fué donde se deshizo en cumplidos, buscando y hallando en su fina habilidad cortesana ocasion para deslizar dos ó tres galanterías con discretos elogios de mi

hermosura y del país *donde florece el naranjo*. Me habia tomado por andaluza y yo le dejé en esta creencia.

A los dos dias fué á pagarme la visita á mi alojamiento de la calle del Bac, y en su breve entrevista me pareció que huia de mencionar los oscuros asuntos de la siempre oscura España. En los dias sucesivos visité á otras personas, entre ellas al Ministro de lo Interior, Mr. de Corbiere, y á algunos señores del partitido del conde de Artois, como el príncipe de Polignac y Mr. de la Bourdonnais. Tambien tuve ocasion de tratar á dos ó tres viejas aristócratas del barrio de San German, ardientes partidarias de la guerra de España y no muy bien quistas con el Rey filósofo y tolerante que gobernaba á la Francia, convaleciente aún de la revolucion y del Imperio. De mis conversaciones con toda aquella gente pude sacar en limpio el siguiente juicio, que creo seguro y verdadero.—Las personas influyentes de la Restauracion deseaban para Francia una monarquía templada y constitucional fundada en el órden, y para España el absolutismo puro. Con tal que en Francia hubiera tolerancia y filosofía, no les importaba que en España hubiera frailes é inquisicion. Todo iria bien, siempre que en ninguna de las dos Naciones

hubiese franc-masones, carbonarios y demagogos.

Tenian de nuestro país una idea muy falsa. Cuando Chateaubriand, que era el génio de la Restauracion, decia de España: *allí el matar es cosa natural, ya sea por amor, ya por ódio,* puede juzgarse lo que pensarian todas aquellas personas que no habian sabido escribir el Génio del Cristianismo. Nos consideraban como un pueblo heróico y salvaje, dominado por pasiones violentas y por un fanatismo religioso semejante al del antiguo Egipto.

La princesa de la Tremouille se asombraba de que yo supiera escribir, y me presentó en su tertulia como un objeto curioso, aunque sin dar á conocer ningun sentimiento ni idea que me mortificasen. Yo creo que ni uno sólo de sus amigos dejó de enamorarse de mí, ilusionados con la idea de mi sentimentalismo andaluz y de mi gravedad calderoniana, y de la mezcla que suponian en mí de maja y de gran señora, de Dulcinea y de gitana. El más rendido se suponia expuesto á morir asesinado por mí en un arrebato de celos, pues tal idea tenian de las españolas, que en cada una de ellas se habian de hallar comprendidas dos personas, á saber: la cantaora de Sevilla y doña Jimena, la torera que gasta navaja, y la dama

ideal de los romances moriscos. Yo me reia con esto y llevaba adelante la broma.

Volviendo al asunto de la guerra de España, diré que al salir de París no tenia duda alguna acerca del pensamiento de los franceses en esta cuestion. Ellos no hacian la guerra por nuestro bien ni por el de Fernando. Poco se les importaba que despues de vencido el constitucionalismo, estableciésemos la Carta ó el despotismo neto. Allá nos entenderíamos despues con los frailes y los guerrilleros victoriosos. Su objeto, su bello ideal era aterrar á los revolucionarios franceses, bastante entusiasmados con las demencias de nuestros bobos liberales, y además dar á la dinastía restaurada el prestigio militar que no tenia.

El principal enemigo de los Borbones en Francia era el recuerdo de Bonaparte, y el dejo de aquel dulce licor de la gloria, con cuya embriaguez se habian enviciado los franceses. Una Monarquía que no daba batallas de Austerlitz, que no satisfacia de ningun modo el ardor guerrero de la Nacion y que no tocaba el tambor en cualquier parte de Europa, no podia ser amada de aquel pueblo, en quien la vanidad iguala á la verdadera grandeza y que tiene tanta presuncion como génio. Era preciso armarla, como decimos en nuestro país; era

necesario que la Restauracion tuviera su epopeya chica ó grande, aunque esta epopeya fuese de mentirijillas; era indispensable vencer á alguien, para poder poner el grito en el cielo y regresar á París con la bambolla de las conquistas. Dios permitió que el *anima vili* de este experimento fuésemos nosotros, y que la desgraciada España, cuya fiereza libró á Europa de Bonaparte, fuese la víctima escogida para proporcionar á Francia el desahoguillo marcial que debia poner en olvido á aquel mismo Bonaparte tan execrado.

Mi viaje á París modificó mucho mis ideas absolutistas en principio, si bien pensando en España no podia admitir ciertas cosas que en Francia me parecian bien. Toda la vida me he congratulado de haber visto y hablado á monsieur de Chateaubriand, el escritor más grande de su tiempo. Aunque su fama se eclipsó bastante despues de la revolucion del 30, lo cual indica que habia en su génio mucho tomado á las circunstancias, no puede negarse que sus obras deleitan y enamoran principalmente por la galanura de su imaginacion y la mágia de su estilo; y aún deleitarian más, si en todas ellas no hablase tanto de sí mismo. Tengo muy presente su persona, por demás agradable, y su rostro simpático y lleno de aquella expresion

sentimental que se puso de moda, haciendo que todos los hombres pareciesen enamorados y enfermos. Me parece que le estoy mirando, y ahora como entonces me dan ganas de llevar un peine en el bolsillo y sacarlo y dárselo diciendo: «Caballero, hágame usted el favor de peinarse.»

XII

Ahora hablemos, ¿por qué no? de la violentísima pasion que inspiré á un francés. Era éste el conde de Montguyon, coronel del 3.° de húsares. Yo le habia conocido en Tolosa, habiendo tenido la desgracia de que mi persona hiciera profunda impresion en él, trastornando las tres potencias de su alma. Era soltero, de treinta y ocho años, bien parecido y atento y finísimo como todos los franceses. Persiguióme hasta París, donde me asediaba como esos conquistadores jóvenes é impacientes que han oido la célebre frase de César y quieren imitarla. Al principio me mortificaban mucho sus obsequios; le rechazaba hasta con menosprecio y altanería; pero al fin, sin corresponder á su amor de ninguna manera, admití la parte superficial de

sus galanterías. Esto le dió esperanza; pero siempre me trataba con el mayor respeto. Deseando, sin duda, identificarse con las ideas que suponia en mi tierra, se habia hecho una especie de D. Quijote, cuya Dulcinea era yo. A veces me parecia por demás empalagoso; pero despues de muchos meses de indiferencia absoluta, empecé á estimarle, reconociendo sus nobles cualidades. Cuando me disponia á volver á mi país, se me presentó rebosando alegría, y me dijo:

—Acabo de conseguir que me destinen á la guerra de España. De este modo consigo tres grandes objetos que interesan igualmente á mi corazon: guerrear por la Francia, visitar la hermosa tierra de España y estar cerca de usted.

Él pretendia que me detuviese para partir juntos; pero á esto no accedí, y me marché dejándole atrás, aunque deseosa ¿á qué negarlo? de que no me siguiese á mucha distancia, pues á causa del fastidio de viaje tan largo, Francia, con ser tan bella, empezaba á aburrirme de lo lindo.

¿Se creerá que yo habia olvidado á mi pobre cautivo de Benabarre? ¡Ah! no, y hasta el último momento que estuve en la Seo de Urgel me ocupé de su desgraciada suerte. Cada vez que venia á mi pensamiento la idea de sus pe-

nas, me extremecia de dolor, y toda alegría se disipaba en mi espíritu. Pero éste tiene en sí mismo una energía restauradora, no ménos poderosa que la del cuerpo, y sabe curarse de todos sus males siempre que le ayude el mejor de los Esculapios, que es el tiempo.

Voltaire, que no por ser impío y blasfemo dejó de tener mucho talento, escribió una historieta titulada *Los dos consolados*, en la cual pone de relieve las admirables curas de aquel charlatan, el único cuyos específicos son infalibles. Yo he leido esa novelita, así como otras del célebre escritor sacrílego; y esta debilidad mia, imperdonable si se quiere en una dama tan acérrima defensora de la religion, la confieso aquí contritamente, rogando á mis lectores que no revelen á ningun cura de mi país tan feo secreto, ocultándolo principalmente al señor canónigo de Tortosa, mi director espiritual, el cual se enfurecerá si le hablan de las novelas de Voltaire, aunque á mí me consta que él tambien las ha leido.

Pues bien, el tiempo fué cicatrizando mis heridas sin curarlas. Yo tambien podia erigir una estátua con la inscripcion *A celui qui console*, pues la ausencia indefinida y los dias que pasaban rápidamente habian calmado aquel insaciable afan de mi alma. En mí reinaba la

tranquilidad, pero no el taciturno y seco olvido; y una aparicion repentina del sér amado podia muy bien en brevísimo instante destruir los efectos del tiempo renovando mi mal y aun agravándolo.

Desde París á la frontera no cesaba el movimiento de tropas. Por todas partes convoyes, cuerpos de ejército y oficiales que iban á incorporarse á sus regimientos. Francia podia creerse aún en los dias del gran soldado. Hasta Burdeos no tuve noticias ciertas de mi querida Regencia y de mi ilustre mandatario el marqués de Mataflorida. ¡Ay! La suerte de éste insigne hombre de Estado no podia ser más miserable. Eguía habia triunfado, á pesar de las furiosas protestas del Regente de Urgel; y para colmo de desdicha, como aún quisiera éste llevar adelante sus locas pretensiones, el duque de Angulema le mandó prender juntamente con el arzobispo, confinándoles á Tours. Así acabaron las glorias de aquellos dos ambiciosos. Yo llegué á tiempo para verles, y cuando manifesté al marqués las poco lisonjeras disposiciones del *triste Chactas*, el atroz Regente desairado llamó á Chateaubriand intrigante, enredador, mal poeta y *franchute*. Esta fué la venganza del coloso.

Bayona era un campamento cuando yo

llegué. El número de españoles casi superaba al de franceses, y en todos reinaba grande alegría. Reanudé entonces mis buenas relaciones con el baron de Eroles, haciéndole ver que mi viaje á París habia tenido por causa asuntos particulares, y entre risas y broma me reconcilié con Eguía, el cual, por razon de la misma alegría y embobamiento del triunfo estaba muy dispuesto á perdonar. En cuanto á las negociaciones, yo no tenia humor de seguir ocupándome de ellas, y deseaba retirarme á descansar sobre mis laureles diplomáticos, no sólo porque mi entusiasmo absolutista se habia enfriado mucho, sino porque desde algun tiempo las conspiraciones y los manejos políticos me causaban hastío. Ya he dicho que siempre fuí muy inclinada á la mudanza en mis ocupaciones. Mi espíritu se aviene poco con la monotonía, y si hubo un dia en que me sedujeron las embajadas, otro llegó en que me repugnaron. ¡Mágico efecto del tiempo cuya mision es renovar, creando las estaciones con los admirables círculos del universo! Tambien el alma humana ve en sí la alternada sucesion de primaveras é inviernos en sus dilataciones y recogimientos.

Yo deseaba entrar en España, y tenia propósito de reanudar las diligencias para averi-

guar el paradero de mi cautivo de Benabarre. En Bayona, una familia francesa legitimista con quien yo tenia antigua amistad, me convidó á pasar unos dias en su casa de campo inmediata á Behovia, y unos parientes mios invitáronme á que les acompañase en Irun un par de semanas. A ambos ofrecimientos accedí, empezando por el de Behovia, aunque la frontera no me parecia el punto más á propósito para residir en los momentos en que principiaba la guerra. Pero la gente de aquel país estaba segura de que Angulema atravesaria fácilmente el Pirineo, por ser muy adicto al absolutismo todo el país vasco y navarro.

Todavia no habia pasado Su Alteza la raya, cuando se rompió el fuego junto al mismo puente internacional. Los carbonarios extranjeros que andaban por España, unidos á otros perdidos de nuestro país, habian formado una legion con objeto de hacer frente á las tropas francesas. Constaba aquella de doscientos hombres, tristes desechos de la grey demagógica de Italia, de Francia y España; y para seducir á los cien mil hijos de San Luis, se habian vestido á la usanza imperial, y ondeando la bandera tricolor, gritaban en la orilla española del Bidasoa: «Viva Napoleon II.»

Su objeto era fascinar á los artilleros fran-

ceses con este mágico grito; mas tuvieron la desdicha de que tales aclamaciones fueran contestadas á cañonazos, y con sus banderas y sus enormes morriones huyeron á San Sebastian. Pasma la inocente credulidad de los carbonarios extranjeros y de los masones españoles. Oí decir en Behovia que los liberales franceses Lafayette, Manuel, Benjamin Constant y otros fiaban mucho en los doscientos legionarios mandados por el republicano emigrado coronel Fabvier. ¡Qué desvaríos engendra el furor de partido! Corria esto parejas con la nécia confianza del Gobierno español, que aun despues de declarada la guerra no habia tomado disposiciones de ninguna clase, hallándose sus tropas sin recursos ni otros elementos que el parlerío de los milicianos y el gárrulo charlatanismo de los clubs.

En los primeros dias de Abril ví pasar á los generales de division Bourdessoulle, duque de Reggio y Molitor, que entraron en España por Behovia. Despues pasó Su Alteza el sobrino de Luis XVIII con todo su estado mayor, en el cual iba Cárlos Alberto, Príncipe de Carignan. No se puede imaginar cortejo más lucido. Yo no habia visto nada tan magnífico y deslumbrador, como no fuera la comitiva de José Bonaparte antes de darse la batalla de Vi-

toria el año 13, feliz para la causa española; pero de muy malos recuerdos para mí, porque en él perdí la batalla de mi juventud, casándome como me casé.

Tambien ví pasar á mi amigo Eguía remozado por la emocion y tan vanaglorioso del papel que iba á representar que no se le podia resistir, como no fuera tomando á broma sus bravatas. Iban con él D. Juan Bautista Erro y Gomez Calderon, aquel á quien el mordaz Gallardo llamaba *Caldo pútrido*. El baron de Eroles, que con los anteriores tipos debia formar la Junta al amparo del Gobierno francés, entró por Cataluña con el mariscal Moncey.

No recibieron á los franceses las bayonetas ni la artillería del Gobierno constitucional, sino una nube de guerrilleros, que les abrieron sus fraternales brazos, ofreciéndose á ayudarles en todo y á marchar á la vanguardia, abriéndoles el camino. Este apoyo era de grandísimo beneficio para la causa, porque los partidarios realistas ascendian á 35.000. ¡Ay de los franceses si hubieran tenido en contra á aquella gente! Pero les tenian á su favor, y esto solo ¡qué fenómeno! ponia á Angulema por encima de Napoleon. El absolutismo español no podia hacer al hijo de San Luis mejor presente que aquellos 35.000 salvajes, entre

los cuales (¡cuánto han variado mis ideas, Dios mio!) tengo el sentimiento de decir que estaba mi marido. ¡Y yo le habia admirado, yo le habia aceptado por esposo diez años antes sólo por ser guerrillero!.... Cuando se hacen ciertas cosas, ya que no es posible que el porvenir se anticipe para avisar el desengaño, debiera caer un rayo y aniquilarnos.

XIII

El conde de España mandaba las partidas de Navarra, Quesada las de las Provincias Vascongadas y Eroles las de Cataluña. ¡Cómo fraternizaron las partidas con los franceses, que habian sido orígen de su nacimiento en 1808! Era todo lo que me quedaba por ver. Se abrazaban, dando vivas á San Luis, á San Fernando, á la religion, á los Borbones, al Rey, á la Vírgen María, á San Miguel arcángel y á los Sermos. Infantes. Yo no lo ví, porque no quise pasar la frontera. Me repugnaban mucho estas cosas, y los soldados de la fé habian llegado poco á poco á serme muy antipáticos.

Largamente hablé de esto con el conde de

Montguyon, que me perseguia tenazmente, permaneciendo en Behovia todo el tiempo que le fué posible. Él elogiaba á los guerrilleros, diciendo que, á pesar de sus defectos, eran tipos de heroismo y de aquella independencia caballeresca que tanto habia enaltecido el nombre español en otros tiempos. Tambien le seducian por ser, como los frailes, gente muy pintoresca. Mi Don Quijote era una especie de artista, y gustaba de hacer monigotes en un libro, dibujando arcos viejos, mendigos, casuchas, una fila de chopos, carros, lanchas pescadoras y otras menudencias de que estaba muy envanecido.

Debia ser próximamente el 9 de Abril cuando me trasladé á Irun para vivir con la familia de Sodupe-Monasterio, gente muy hidalga, más católica que el Papa, realista hasta el martirio y de afabilísimo trato. Frecuentaban la casa (que era más bien palacio con hermosos prados y huerta) todos los españoles que el gran suceso de la intervencion traia y llevaba de una Nacion á otra, y muchos oficiales franceses, de cuyas visitas se holgaban mucho los Sodupe-Monasterio, porque oian hablar sin cesar de esterminio de liberales, del trono de San Fernando y de nuestra preciosísima fé católica.

Allí Montguyon no me dejaba á sol ni

sombra, pintándome su amor con colores tan extremados, que me daba lástima verle y oirle. Su acendrado y respetuoso galanteo merecia, en efecto, alguna misericordia. Le permití besar mi mano; pero no pudo arrancarme la promesa de seguirle al interior de España. Cada vez sentia yo más deseos de quedarme en Irun y en aquella apacible vivienda, donde, sin que faltara sosiego, habia bastantes elementos para combatir el fastidio. Con esta resolucion mi D. Quijote, que ya parecia querer dejar de serlo en la pureza de sus ensueños amorosos, estaba desesperado. Despidióse de mí muy enternecido y besándome con ardor las manos, voluptuosidad inocente de que nunca se hartaba. ¡Cuán lejos estaba el llagado amante de que no pasarian dos horas sin que cambiara diametralmente mi determinacion!

Pasó del modo siguiente. Al saber que yo estaba en Irun fué á visitarme un indivíduo, que aún no podia llamarse personaje, y al cual conocí en Madrid el año anterior, y tambien el 19. Se llamaba Francisco Tadeo Calomarde, y era de la mejor pasta de servil que podia hallarse por aquellos tiempos. Hijo del Ministro de Gracia y Justicia, se habia criado en los cartapacios y en el papel de pleitos: los legajos fueron su cuna y las reales cé-

dulas sus juguetes. Su jurisprudencia llena de pedantería me inspiraba aversion. Tenia fama de muy adulador de los poderosos, y segun se decia, compró el primer destino con su mano, casándose con una muchacha muy fea á quien dió malísimos tratos.

Los que le han juzgado tonto se equivocan, porque era listísimo, y su ingénio, más bien socarron que brillante, antes agudo que exclarecido, era maestro en el arte de tratar á las personas y de sacar partido de todo. Habíase hecho amigo de D. Víctor Saez, y aun del mismo Rey y del Infante D. Cárlos, por sus bajas lisonjas y lo bien que les servia siempre que encontraba ocasion para ello.

Entonces tenia cincuenta años, y acababa de salir del encierro voluntario á que le redujo el régimen liberal. Habia ido á la frontera para llevar no sé qué recados á los señores de la Junta. Me lo dijo, y como no me importaban ya gran cosa los dimes y diretes de los realistas, que no por estar tan cerca de la victoria dejaban de andar á la greña, fijéme poco en ello, y lo he olvidado. Calomarde no era mal parecido ni carecia de urbanidad, aunque muy hueca y afectada, como la del que la tiene más bien aprendida que ingénita. La humildad de su orígen se traslucia bastante.

Hablamos de los sucesos de Madrid que él habia presenciado y prolijamente me informó de todo.

—Siento que usted no hubiera estado por allá—me dijo;—habria visto cómo se iba desbaratando el constitucionalismo, solo con el anuncio de la intervencion. Si no podia ser de otra manera..... Ahora están que no les llega la camisa al cuerpo, y en ninguna parte se creen seguros. Despues que ultrajaron á Su Majestad, le han arrastrado á Andalucía con el dogal al cuello, como el mártir á quien se lleva al sacrificio.

—No tanto, Sr. D. Tadeo—le dije,—Su Majestad habrá ido como siempre, en carroza, y mucho será que los mozos de los pueblos no hayan tirado de ella.

—Eso se deja para la vuelta—indicó Calomarde riendo.—Ahora los franc-masones han seducido á la plebe, y Su Majestad, por donde quiera que vá, no oye más que denuestos. El 19 de Febrero, cuando se alborotaron los masones y comuneros porque éstos querian sustituir á aquellos en el Ministerio, los chisperos borrachos y los asesinos del Rastro daban *mueras* al Rey y á la Reina. Un diputado muy conocido apareció en la Plaza Mayor mostrando una cuerda con la cual proponia ahorcar á Su Ma-

jestad y arrastrarle despues. La canalla penetró hasta la Cámara real. ¡Escándalo de los escándalos! Parecia que estábamos en Francia y en los sangrientos dias de 1792. El mismo Rey me ha dicho que los Ministros entraban en la Cámara cantando el himno de Riego.

—¡Oh, no tanto, por Dios!—repetí,—ofendida de las exajeraciones de mis amigos.—Poco mal y bien quejado.

—Me parece que usted con sus viajes á Francia y sus relaciones con los Ministros del liberal y filósofo Luis XVIII, se nos está volviendo franc-masona—dijo D. Tadeo entre bromas y veras.—¿Hay en la historia desacato comparable con el de obligar al Rey á partir para Andalucía?

—¡Oh, Dios nos tenga de su mano!.... ¡qué desacato! ¡qué ignominia!....—exclamé, remedando sus aspavientos.—Es preciso considerar que un Gobierno, cualquiera que sea, está en el caso de defenderse, si es atacado.

—Segun mi modo de ver, un Gobierno de pillos no merece más que el decreto que ha de mandar á Ceuta á todos sus indivíduos. ¡Ah, señora mia, y cómo se ha entibiado el fervor de usted! Bien dicen que los aires de esa Francia loca son tan nocivos.....

—Creo lo mismo que creia; pero mi absolutismo se ha civilizado, mientras el de ustedes continúa en estado salvaje. El mio se viste como la gente y el de ustedes sigue con taparabo y plumas. Si el Gobierno de pillos ha resuelto refugiarse en Andalucía, llevándose á la Córte, ha sido para no estar bajo la amenaza de los batallones franceses.

—Ha sido—dijo Calomarde riendo brutalmente,—porque sabian que Madrid no tiene defensa posible; que los ejércitos de Ballesteros y de La Bisbal son dos fantasmas; que cuatro soldados y un cabo de los del Serenísimo Sr. Duque de Angulema, podian cualquier mañanita sorprender á la Villa y á los *Siete Niños* y al Congreso entero y al Ayuntamiento soberano y á toda la comunidad masónica y Landaburiana. Esta es la pura verdad. ¡Y qué bonito espectáculo han dado al mundo! En presencia de la intervencion armada, ¿cómo se preparan esos méntecatos para conjurar la tormenta? Llamando á las armas á treinta mil hombres, y disponiendo (esto es lo más salado) que con los milicianos que quieran seguir al Congreso se formen algunos batallones, recibiendo cada indivíduo cinco reales diarios. ¡Se salvó la pátria, señora!

—El Gobierno—repuse prontamente,—cre-

yó sin duda que los franceses eran como los Guardias del 7 de Julio, es decir, simples juguetes de miliciano.

—¡Ya se lo diremos de misas!—dijo frotándose las manos.—Ya pagarán su alevosía. Sólo por el hecho de obligar á nuestro Soberano á un viaje que no le agradaba, merecerian todos ellos la muerte.

—Hasta los Reyes están en el caso de hacer alguna vez lo que no les agrada.

—Incluso viajar con un ataque de gota, ¿eh? ¡Crueles y sanguinarios, más sanguinarios y crueles que Neron y Calígula! Ni á un perro vagabundo de las calles se le trata peor.

—Si el Rey no tenia en aquellos dias ataque de gota—repliqué complaciéndome en contradecirle.—Si estaba bueno y sano. La prueba es que despues de clamorear tanto por su enfermedad, anduvo algunas leguas á pié el primer dia de viaje.

—Bueno, concedo que Su Majestad estaba tan bueno como yo. ¿Y si no queria partir?

—Que hubiera dicho «no parto.»

—¿Y si le amenazaban?

—Haberles ametrallado.

—¿Y si no tenia metralla?

—Haberse dejado llevar por la fuerza.

—¿Y si le mataban?

—Haberse dejado matar. Todo lo admito ménos la cobardía.

—Amiguita, usted se nos ha *franc-masoneado*—me dijo el astuto intrigante dando cariñosa palmada en mi mano.—A pesar de esto, siempre la queremos mucho y la serviremos en lo que podamos. Yo estoy siempre á las órdenes de usted.

Inflado de vanidad, el amigo del Rey hizo elogios de sí mismo y despues añadió:

—He tenido el honor de ser indicado para secretario de la Junta que se vá á formar en la frontera.

—¡Oh, amigo mio, doy á usted la enhorabuena!—manifesté sumamente complacida y deplorando entonces haber estado algo dura con Calomarde.—No se podia haber pensado en una persona más idónea para puesto tan delicado.

—¿Se le ofrece á usted algo?—dijo D. Tadeo comprendiendo al punto mi cuarto de conversion.

—Sí; pero yo acostumbro dirigirme siempre á la cabeza—afirmé resueltamente.—Ya sabe usted que soy muy amiga del general Eguía, Presidente de la Junta.

—¡Ah! entonces.....

—Sin embargo. No puedo molestar á Su

Excelencia con ciertas menudencias tales como pedir noticias de personas, averiguar alguna cosilla de poca monta.....

—Para esto es más propio un secretario tan bien informado como yo de todos los pormenores de la causa.

—Exactamente. Dígame usted, si lo sabe, en dónde está ahora un pícaro de mala estofa, que se emplea en bajas cábalas del Rey y tiéne por nombre José Manuel Regato.

—¡Ah! ¡Regato!.... Debe andar por Andalucía con la Córte. No es de mi negociado ese caballero..... ¿Qué? ¿Hay ganas de sentarle la mano?

—Por sentarle la derecha daria la izquierda.

—Pocas noticias puedo dar á usted del señor Regato. Tengo con él muy pocas relaciones. Quizás Pipaon, que conoce á todo el mundo, pueda indicar dónde se halla y el modo de sentarle, no una mano, sino las dos, siempre que sea preciso.

—Y Pipaon, ¿dónde está?

—Aquí.

—¡Aquí! ¡Pipaon!....—exclamé con gozo.—Yo le dejé en la Seo muy enfermo y creí que habia caido en poder de Mina.

—En efecto cayó; pero él.... ya usted le conoce..... con su destreza y habilidad parece que

encontró por allí amigos que le favorecieron.

—Quiero verle, quiero verle al punto—dije con la mayor impaciencia.—Deseo mucho tener noticias de la Seo y de las facciones de Cataluña.

Y entonces se realizó aquel proverbio que dice: «En nombrando al ruin de Roma.....»

Por la vidriera que daba á la huerta de la casa vióse la mofletuda cara y el pequeño cuerpo de Pipaon, que habiendo tenido noticia de mi residencia en Irun iba tambien á verme. Mucho nos alegramos ambos de hallarnos juntos, y nuestras primeras palabras despues de los cordiales saludos fueron para recordar los tristes dias de la Seo, su enfermedad y mi abatimiento, y luego por el enlace propio de los recuerdos, que van de lo triste á lo placentero, hablamos del miedo del arzobispo, de las casacas que usaba Mataflorida y de otras cosas frívolas y chistosas, de esas que ocurren siempre en los dias trágicos y nunca faltan en los duelos. Despues de estos desahogos, Pipaon, tomando aquel tono burlesco que unas veces le sentaba bien y otras le hacia muy insoportable, me dijo:

—Le traigo á usted noticias muy buenas de una persona que le interesa, y con las noticias una cartita.

XIV

Yo me puse pálida. Comprendí de quién hablaba Pipaon, pero no me atreví á decir una palabra, por hallarse delante el entrometido y curioso Calomarde, gran coleccionador de debilidades ajenas. Varié de conversacion, aguardando, para saciar mi afanosa curiosidad, á que D. Tadeo se marchase; pero el pícaro habia conocido en mi semblante la turbacion y ansiedad que me dominaban, y no se queria retirar. Parecia que le habian clavado en la silla. ¡Ay qué gusto tan grande poder cojer un palo y romperle con él la cabeza!.... ¡Qué pachorra de hombre!

Quise arrojarle con mi silencio; pero él era tan poco delicado, que conociendo mi mortificacion, se arrellanaba en el blando asiento como si pensara pasar allí el dia y la noche. Pipaon con su expresivo semblante me decia mil cosas, que no podia yo comprender claramente, pero que me deleitaban como avisos ó presentimientos lisonjeros. Llegó un momento en que los tres nos callamos, y callados estuvimos más de un cuarto de hora. Calomarde to-

caba una especie de paso doble con su baston en la pata de la mesa cercana. El grosero y pegajoso cortesano habia resuelto quemarme la sangre ú obligarnos á Pipaon y á mí á que hablásemos en su presencia.

Resistí todo el tiempo que pude. Mi carácter fogoso no puede ir más allá de cierto grado de paciencia, pasado el cual, estalla y se sobrepone á todo, atropellando amistades, conveniencias y hasta las leyes de la caridad. Nunca he podido corregir este defecto, y la estrechez de los límites de mi paciencia me ha proporcionado en esta vida muchos disgustos. Forzando la voluntad puedo á veces aguantar más de lo que permite la extraordinaria fuerza de dilatacion de mi espíritu; pero entonces estallo con más violencia, rompo mis ligaduras á la manera Sanson y derribo el templo. Vino por fin el momento en que se me subió la mostaza á la nariz, como dicen las majas madrileñas, y poniéndome en pié súbitamente miré á Calomarde con enojo. Señalándole la puerta exclamé:

—Sr. D. Tadeo, tengo que hablar con Pipaon: le suplico á usted que nos deje solos.

Debian de ser muy terrible mi expresion y mi gesto, porque Calomarde se levantó temblando, y con voz turbada me dijo:

—Señora, manos blancas no ofenden.

¡Manos blancas no ofenden! Diez años despues Calomarde debia pronunciar esta frase al recibir un desaire más violento que el mio, la célebre bofetada de la Infanta Carlota, una Princesa que, como yo, tenia muy limitado el tesoro de su paciencia y estallaba con tempestuosas cóleras, cuando la bajeza y solapada intriga de los Calomardes se interponian en su camino.

Pipaon y yo nos quedamos solos. En pocas palabras me refirió que habia visto á Salvador Monsalud sano y salvo en la Seo de Urgel. Al oir esto el corazon dió un salto dentro de mí como una cosa muerta que torna á la vida, como un Lázaro que resucita por sobrehumano impulso.

—Mina le salvó en San Llorens de Morunys —me dijo,—y desde que se restableció se puso á mandar una compañía de contraguerrilleros.

Al decir esto, Pipaon me alargó una carta, que abrí con presteza febril, queriendo leerla antes de abrirla. Al mismo tiempo, y de una sola ojeada leí el fin y el principio y el medio. Era la carta pequeña y fria. Decíame en ella que estaba en libertad y que no pensaba salir en mucho tiempo del lugar donde estaba fechada, que era Urgel. Sentí mi corazon inundado

de un torrente de sangre glacial al ver que no contenia la carta expresiones de ardiente cariño.

—¿De modo que sigue en Cataluña?—pregunté á D. Juan.

—No señora. A estas horas vá camino de Madrid.

—Pues ¿cómo dice en su carta que no piensa salir de la Seo?

—Esa carta me la dió cuando nos separamos, el dia 30 de Marzo; pero dos dias despues supe, por nuestro comun amigo el capitan Seudoquis, que Mina habia encargado á Salvador que fuese á Madrid á llevar un mensaje reservadísimo á San Miguel y á otras personas.

—¿De modo que está?.....

—Sobre Madrid, como se dice en los partes militares.

—Pero eso ¿es cierto?

—Tan cierto como que estoy hablando con una dama hermosa.

—¿Y salió?.....

—Segun mis noticias, el 10 de este mes. No sabia qué camino tomar; pero, segun me dijo Seudoquis, estaba decidido á ir por Zaragoza que es el más derecho, aunque no el ménos peligroso.

—¿Sabe la muerte de su madre?

—Yo le dí la mala noticia.

—Pero ¿qué vá á hacer ese hombre en Madrid?—dije sintiendo una tempestad en mi cerebro.—Si allí no hay ya Gobierno ni nada.

—Pero está en Madrid el gran Consejo de la franc-masonería. Mina es del órden de la Acacia, señora. Ahora se trata de que la *Viuda* haga un esfuerzo supremo.

En mi espíritu notaba yo aquella poderosa fuerza de dilatacion de que antes he hablado. Unas cuantas palabras habian trastornado todo mi sér; mi pulso latia con violencia; asaltáronme ideas mil, y el ardoroso afan de movimiento que ha sido siempre una de las fórmulas más patentes de mi carácter se apoderó de mí. Sin necesidad de que yo le despidiese, dejóme Pipaon, que iba en busca de Eguía para solicitar un puesto en la Junta, y despues de pasada mi turbacion, pude sondear aquel revuelto piélago de mi espíritu y mirar con serenidad lo que en el fondo de él habia.

¡Cuán grande habia sido mi engaño al creer moribunda la aficion aquella que tantas dulzuras dió á mi alma en el verano del 22! La ausencia habíala escondido entre las cenizas que diariamente depositan los sucesos de cada instante, esa multitud de áscuas de la vida que van pasando sin interrupcion y apagándose

hora tras hora. Pero aquella áscua del verano del 22 era demasiado grande y quemadora para pasar y extinguirse como las demás.

Bastó que oyera pronunciar su nombre, que me le anunciaran vivo para que se verificase en mí un brusco retroceso á los dias de mi felicidad y de mi desgracia. El tiempo volvió atrás; las figuras veladas perdieron la sombra que las encubria; las apagadas palabras que solo eran ya ecos confusos, volvieron á sonar como cuando eran la música á cuyo compás danzaba con la embriaguez de la pasion mi alma. ¡Cuánto me habia engañado y qué juicios tan erróneos hacemos de nuestros propios sentimientos y de todo aquello que está lejos! Nos pasa lo mismo que al ver las lontananzas de la tierra, cuando confundimos con las vanas y pasajeras nubes los montes sólidos é inmutables que ninguna fuerza humana puede arrancar de sus seculares asientos.

Fué aquello como una vuelta, como un ángulo brusco en el camino de la vida. Desde entonces ví nuevos horizontes, paisaje nuevo, y otra gente y otros caminos. ¡Y yo habia creido poder olvidarle y aun poner en su altar vacío al conde de Montguyon! ¡Qué delirio!.... ¡Lo que pueden la ausencia, la distancia, la ignorancia! El tiempo que me habia consolado, hi-

rióme de nuevo, y un dia, un instante marcado en mi vida por cuatro palabras como cuatro estrellas resplandecientes, habia destruido la obra lenta de tantos meses.

Con la presteza que Dios me ha dado formé mi plan de viaje. Tengo algo del génio de Napoleon para esto de los grandes movimientos. Para mí la facultad de trasportar todo el interés de la vida de un punto á otro del mundo es otra prenda muy principal de mi carácter, y al mismo tiempo una necesidad á la que muy difícilmente puedo resistir. El destino me ha presentado siempre los sucesos á propósito para tales juegos de estratégia sublime.

Aquella misma tarde dispuse todo, y por la noche sorprendí á mi Don Quijote con la noticia de mi viaje. Aficionada á jugar con los corazones que caen en mis manos (á excepcion de uno solo) como juega el gatito con el ovillo que rueda por el suelo, dije al conde de Montguyon:

—Me he asustado de la soledad en que voy á quedar despues que usted se marche, y voy á Madrid. De esta manera podré vigilar á cierto caballero francés por si anda en malos pasos.

Él se puso tan contento, que olvidó aquella noche hablarme de la guerra y de los laureles que iban á recojer. Parecia un loco ha-

blando de los alcázares de Granada, de los romances moriscos, de las ricas hembras, de las boleras, de los frailes que protegian los amores de los grandes, de las volcánicas pasiones españolas y de las mujeres enamoradas que eran capaces del martirio ó del asesinato. Él se creia héroe de mil aventuras románticas é interesantes caballerías, tales como se las habia imaginado leyendo obras francesas sobre España. Empleo la palabra *románticas* porque si bien no estaba en moda todavia, es la más propia. El romanticismo existia ya, aunque no habia sido bautizado. Excuso decir que Montguyon me juró amor eterno y una fidelidad inquebrantable como la del Cid por D.ª Jimena.

Yo necesitaba de él para mi viaje, por lo cual me guardé muy bien de arrancar una sola hoja á la naciente flor de sus ilusiones. Era muy difícil viajar entonces porque casi todos los vehículos del país habian sido intervenidos por ambos ejércitos. Motguyon me prometió una silla de postas y cumplió su oferta, poniéndola á mi disposicion al dia siguiente.

Con el primer movimiento del ejército francés, coincidió mi marcha sobre Madrid, como una conquistadora. El estrépito guerrero que en derredor mio sonara, despertaba en mi mente ideas de Semíramis.

XV

Pasé por Vitoria y por la Puebla de Arganzon, como los dias felices por la vida del hombre, á escape. No miraba á ningun lado, por miedo á mis malos recuerdos, que salian á detenerme.

En los pueblos todos del Norte la intervencion vencia sin batallas, y antes de que asomara el morrion del primer francés de la vanguardia, la Constitucion estaba humillada. Los mozos todos comprendidos en la quinta ordenada por el Gobierno, se unian á las facciones, y eran muy pocos los milicianos que se aventuraban á seguir á los liberales. No he visto una propagacion más rápida de las ideas absolutistas. Era aquello como un incendio que de punta á punta se desarrolla rápidamente y todo lo devora. En medio de las plazas los frailes predicaban mañana y tarde, con pretexto de la Cuaresma, presentando á los franceses como enviados de Dios, y á los liberales como alumnos de Satanás que debian ser exterminados.

El general Ballesteros mandaba el ejército

que debia operar en el Norte y línea del Ebro para alejar á los franceses. No viendo yo á dicho ejército por ninguna parte, sino inmensas plagas de partidas, pregunté por él, y me dijeron en Bribiesca que Ballesteros, convencido de no poder hacer nada de provecho, se habia retirado nada ménos que á Valencia. Movimiento tan disparatado no podia explicarse en circunstancias normales; pero entonces todo lo que fuera desastres y yerros de los liberales tenia explicacion.

Al ver cómo crecia en los pueblos la aversion á las Córtes y al Gobierno, el ejército perdia el entusiasmo. A su paso, como se levanta el polvo del camino, se levantaban nubes de facciosos que al instante eran soldados aguerridos. Así se explica que el ejército de Ballesteros, compuesto de diez y seis mil hombres, se retirara sin combatir emprendiendo la inverosímil marcha á Valencia, donde podia adquirir algun prestigio derrotando á Sempere, al Locho y al carretero Chambó, tres nuevos generales ó arcángeles guerreros que le habian salido á la fé.

En Dueñas me adelanté, dejando atrás á los franceses; tenia tanta prisa como ellos y ménos estorbos en el camino, aunque los suyos no eran tampoco grandes. ¡Cuánto deseaba yo ver tropas regulares españolas por alguna par-

te! En verdad, me daba vergüenza que los hijos de San Luis, á pesar de que nos traian órden y catolicismo, se internaran en España tan fácilmente. Lo digo con entera franqueza. Con todo mi absolutismo yo habria visto con gusto una batalla en que aquellos liberales tan aborrecidos dieran una buena tunda á los que yo llamaba entonces mis aliados. Española antes que todo, distaba mucho de parecerme á los señores frailes y sacristanes que en 1808 llamaban judios á los franceses y ahora ministros de Dios.

En Somosierra encontré tropas. Eran las del ejército de La Bisbal, destinado por las Córtes á cerrar el paso del Guadarrama, amparando de este modo á Madrid. Mis dudas acerca del éxito de aquella empresa fueron grandes. Yo conocia á La Bisbal. ¿Cómo no habia de conocerle si le conocia todo el mundo? Fué el que el año 14 se presentó al Rey llevando dos discursos en el bolsillo, uno en sentido realista y otro en sentido liberal, para pronunciar el que mejor cuadrase á las circunstancias. Fué el que en 1820 hizo tambien el doble papel de ordenancista y de sedicioso. La inseguridad de sus opiniones habia llegado á ser proverbial. Era hombre altamente penetrado del axioma italiano *ma per troppo variar natura e bella.*

Yo no comprendia en qué estaba pensando el Gobierno cuando le nombró. Si los Ministros se hubieran propuesto elegir para mandar el ejército más importante al hombre más á propósito para perderlo, no habrian elegido á otro que á La Bisbal.

Pasé con tristeza por entre su ejército. Aquellos soldados, capaces del más grande heroismo, me inspiraban lástima, porque estaban destinados á desempeñar un papel irrisorio, como leones á quienes se obliga á bailar. Sentia yo impulsos de arengarles, diciéndoles: "¡Qué os engañan, pobres muchachos! No dejeis las armas sin combatir. Si os hablan de capitulacion, degollad á vuestros generales."

En Madrid hallé un abatimiento superior á lo que esperaba. Se hablaba allí de capitular como de la cosa más natural del mundo. Sólo tenian entusiasmo algunos infelices que no servian para nada, el cuerpo de coros de los clubs y de las sociedades secretas, la gente gritona y tambien muchos de los que habian tirado del coche de Fernando VII cuando volvió de Francia el año 14. Los absolutistas creian con razon ganada la partida y afectaban cierta generosidad magnánima. ¡Pobre gente! Algunos de estos pajarracos vinieron á visitarme, entre ellos D. Víctor Saez, y tuve el gusto

de mortificarles asegurándoles que Angulema traia órden de obsequiarnos con las dos Cámaras y un absolutismo templado, suavísimo emoliente para nuestra anarquía. Esto ponia á mis buenos amigotes más furiosos que las bravatas de los liberales, pues aún habia liberales con alma bastante para echar bravatas.

Pero yo me ocupaba poco de tales cosas. Mi primer cuidado fué hacer algunas averiguaciones en pró de la entrañable política de mi herido corazon. Felizmente á la casa donde yo vivia, que era honradísimo albergue de una noble familia alavesa, iba á menudo un tal Campos, hombre muy intrigante, director de Correos, si no recuerdo mal, gran maestre de la Orden masónica, ó por lo ménos principalísimo dignatario de ella, amigo íntimo de los liberales de más viso y tambien de algunos absolutistas, como hombre que sabe el modo de comer á dos carrillos.

Yo le habia tratado el año anterior, y charlando juntos, me reia mucho de los masones, lo cual á él no le enojaba. Entre bromas y veras solia enterarme de algunas cosas reservadas, porque no era hombre de extraordinaria discrecion ni tampoco de una incorruptibilidad perfecta. En los dias de mi llegada de Irun, que eran los de mediados de Mayo del 23, le

pregunté si esperaban los masones algun mensaje reservado de Mina. Nególo; mas yo, asegurándolo con el mayor descaro y nombrando al mensajero, le hice confesar que esperaban órdenes de Mina de un dia á otro. Él, lo mismo que su secretario cuyo nombre no recuerdo, me aseguraron no haber visto todavia en Madrid á Salvador Monsalud, ni tener noticia alguna de él.

—No ha llegado aún—dije.—Mucho tarda.

Sin reparar en nada fuí á su casa. Un portero, tan locuaz como pedante, liberal muy farolon, de aquellos á quienes yo llamo *sepultureros de la libertad,* porque son los que la han enterrado, me informó de que el Sr. Monsalud faltaba de Madrid desde el mes de Agosto del año anterior.

—Puede que la Sra. D.ª Solita sepa algo—me dijo.—Pero no es fácil, porque anoche lloraba..... Como no llorase de placer, que tambien esto sucede á menudo.....

—¿De modo que la casa subsiste?—le pregunté.

—Subsiste, sí señora; pero no subsistirá mucho tiempo si el Sr. D. Salvador no vuelve del otro mundo.

—Pues qué, ¿ha muerto?

—Así lo creo yo. Pero esa jóven sentimental

siempre tiene esperanzas, y cada vez que el sol sale por el horizonte esparciendo sus rayos de oro..... ¿me entiende usted?

—Sí; acabe de una vez el Sr. Sarmiento.

—Quiero decir, que siempre que amanece, lo cual pasa todos los dias, la Sra. D.ª Solita dice: "¡Hoy vendrá!" Tal es la naturaleza humana, señora, que de todo se cansa ménos de esperar. Y yo digo, ¿qué seria del hombre sin esperanza?..... Dispénseme la señora; pero si piensa subir, tengo el sentimiento de no poderla acompañar, porque como mi hijo es miliciano.....

—¿Y qué?

—Como es miliciano y el honor le ordena derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la dulce pátria y de la libertad preciosísima del género humano.....

—¿Y qué más?—dije complaciéndome en oir las graciosas pedanterías de aquel hombre.

—Que impulsado por su ardoroso corazon, capaz del heroismo, y por mi paternal mandato, ha ido á Cádiz con las Córtes; y como ha ido á Cádiz con las Córtes y no volverá hasta dejar confundida á la faccion y á los cien mil y quinientos hijos, nietos ó tataranietos del calzonazos de Luis XVIII..... ¡Por vida de la chilindraina y con cien mil pares de docenas de

chilindrones, que si yo tuviera veinte años ménos!..... Pues digo que como Lúcas ha ido á Cádiz..... y es un leon mi hijo, un verdadero leon!.... resulta que me es forzoso estar al cuidado de la puerta, ¿me entiende la señora?

—Está bien—le dije riendo.—Puedo subir sola.

Quise darle una limosna, porque su aspecto me pareció muy miserable; pero la rechazó con dignidad y cierto rubor decoroso, propio de las grandezas caidas.

Subí á la casa. Mi corazon subia antes que yo.

XVI

En seguida que llamé salieron á abrir. Se conocia que en la casa reinaba la impaciencia. Una mujer descorrió con presteza el cerrojo y me rogó que entrase. Era ella. Yo recordaba haberla visto en alguna parte.

Carecia de verdadera hermosura, pero al reconocerlo así con gozo, no pude dejar de concederle una atraccion singular en toda su persona, un encanto que habria establecido al ins-

tante entre ella y yo profunda simpatía, si en medio de las dos no existiese, como infranqueable abismo, la persona de un hombre. Vestia de luto, y la delgadez de su rostro anunciaba el paso de grandes penas. Cuando me vió alteróse tanto y su turbacion fué tan grande, que no podia dirigirme la palabra. Por mi parte la miré con serenidad y altanería, como de superior á inferior, haciendo todo lo posible para que ella se creyese muy honrada con mi visita.

Yo habia oido hablar á Salvador con cariño y admiracion que me ofendian, de aquella singular hermana suya que no era tal hermana, ni aun pariente y que muy bien podia ser otra cosa. Nunca creí en la fraternidad honrada y cariñosa de que él me habia hablado, porque conozco un poco el corazon del hombre, y admito solo los sentimientos cardinales y fundamentales, y no esas misturas y composiciones sutiles que no sirven más que para disfrazar alguna pasion ilícita. Deseaba conocer por mí misma á la dichosa hermana tan ponderada por él y ver si tenia fundamento el secreto ódio que mi alma hácia ella sentia. Desde que la ví, á pesar de que me fué muy patente su inferioridad personal con respecto á la nieta de mi abuela, me pareció tener delante á una

rival temible, más peligrosa cuanto más humilde en apariencia. Al instante traté de buscar en ella un defecto grande, de esos que afean espantosamente á la mujer. Mi ingenioso rencor encontró al punto aquel defecto, y dije para mí:

—Esta muchacha debe de ser una hipocritona. No hay más remedio sino que lo es.

Mi juicio fué rápido, como la inspiracion, como la improvisacion. Desde la puerta á la sala, á donde me condujo, hice mil observaciones, entre ellas una que no debo pasar en silencio. La casa estaba tan perfectamente arreglada que no parecia vivienda sin dueño. Todo se hallaba en su sitio, sin el más ligero desórden, en perfecto estado de limpieza, descubriéndose en cada cosa el peregrino esmero que anuncia la mano de una mujer poseedora del génio doméstico. Creeríase que el amo era esperado de un momento á otro y que todo se acababa de disponer para agradarle cuando entrara.

Al sentarme reconcentré mis ideas acerca del plan que habia formado y le dije:

—Sé que usted padece mucho por saber el paradero del amo de esta casa, y como yo tengo noticias de él, vengo á tranquilizarla.

—¡Oh! ¡señora! ¡cuánta bondad!—exclamó con repentina alegría.—De modo que usted

sabe dónde está y por qué no viene..... ¿Le han vuelto á cojer los facciosos?

—No señora. Está libre y bueno.

—Entonces no tiene perdon de Dios—dijo abatiendo el vuelo de su alma que tanto se habia elevado con las alas de la alegría.—No, no tiene perdon de Dios.

—¿Usted le ha escrito?

—Muchas veces. Dirijo las cartas al ejército de Mina, con la esperanza de que alguna llegue á sus manos..... pero no recibo contestacion. Es una iniquidad de mi hermano. Por poco que se acuerde de mí, por muy grande que sea su olvido, ¿será tal que no me haya escrito una sola vez?

—Los que están en armas—dije sonriendo, —no se acuerdan de las pobres mujeres que lloran.

—Yo creo que me ha escrito. Él es muy bueno y me considera mucho. Nó es capaz de tenerme en esta incertidumbre por su voluntad.

—¿Pero usted no ha recibido ninguna carta?

—En Febrero vinieron dos; pero despues ninguna. Quizás se hayan perdido.

—Podria ser.

—A veces me figuro que no me escribe porque viene. Todos los dias creo que vá á llegar, y desde que siento pasos en la escalera, corro á

ver si es él. Todo lo tengo preparado, y si viene, nada encontrará fuera de su sitio.

—Sí, ya lo veo. Es usted una alhaja. El pobre Salvador debe estar muy satisfecho de su hermana. Él la aprecia á usted mucho. Me lo ha dicho.

—¡Se lo ha dicho á usted!—exclamó tan vivamente conmovida que casi estuvo á punto de llorar.

—Me lo ha dicho, sí. Él me cuenta todo. Para mí nunca ha tenido secretos.

Sola me miró de hito en hito durante un momento que me pareció demasiado largo. ¿Qué habia en la expresion de su semblante al contemplar el mio? ¿Envidia? No podia ser otra cosa; pero la apariencia indicaba más bien una resignacion dolorosa. Le habria tenido mucha lástima, si no hubiera estado convencida de que era una hipócrita.

—Muchas veces me ha hablado de usted—proseguí,—elogiándome sus bellas cualidades para el gobierno de una casa. Vea usted de qué manera ha venido á encontrarse sola al frente de este hogar vacío, conservándole tan bien para cuando él vuelva.

—La pobre D.ª Fermina—dijo,—que murió de pesadumbre por la pérdida de su hijo, me encargó todo al morir, poniendo en mi

mano cuanto tenia y ordenándome que lo guardase y conservase hasta que pareciera Salvador.

—¿Entonces ella no le creia muerto?

—Dudaba. Siempre tenia esperanza—manifestó Solita dando un suspiro.—Yo le hablaba á todas horas de la vuelta de su hijo, y, la verdad, siempre tuve esperanza de verle entrar en la casa, porque una voz secreta de mi corazon me decia que volveria. El dia antes de fallecer D.ª Fermina, escribió una larga carta á su hijo..... ¡Cuántas lágrimas derramó la pobre! Yo habria dado con gusto mi vida, porque la infeliz madre viera á su hijo antes de morir. Pero Dios no lo quiso así.

—¿Y esa carta....?—pregunté deseosa de conocer mejor aquel detalle.

—Esa carta la depositó en mí D.ª Fermina, mandándome que la entregase á Salvador en su propia mano, si parecia.

—¿Y si no parecia?

—D.ª Fermina me mandó que le buscase por todos los medios posibles, y que si tenia noticias de él y no venia á Madrid, fuese á buscarle, aunque tuviera que ir muy lejos.

—Pero ¿cómo podrá usted emprender esos viajes? ¡pobrecilla!—exclamé mostrando una compasion que estaba muy lejos de sentir.

—Eso seria lo de ménos. No me faltan ánimos para ponerme en camino, ni tampoco recursos con que emprender un largo viaje, porque D.ª Fermina me entregó todos sus ahorros para que los destinase á buscar á su hijo.

—¡Ah! entonces..... Y para el caso de no encontrarlo ¿qué dispuso esa señora?

—Que esperase, y le volviera á buscar despues.

—¿Y para el caso de que fuera evidente su muerte?

—Que echase al fuego la carta sin leerla. ¡Ha sido desgraciada suerte la nuestra!—prosiguió la huérfana con abatimiento.—Un mes despues de haber subido al cielo aquella buena señora, vino la carta de Salvador anunciando que estaba libre. ¡Ay! en mi vida he tenido mayor alegría ni mayor tristeza, juntas tristeza y alegría sin que pudiesen ser separadas. Yo le contesté diciéndole lo que pasaba y rogándole que viniese. Desde aquel dia le estoy esperando. Han pasado tres meses y no ha venido ni me ha escrito.

—Pues ha llegado la ocasion de que usted cumpla la última voluntad de la pobre señora difunta, partiendo en busca de ese hijo desnaturalizado.

—Si no sé dónde está..... Un amigo que lee

todos los papeles públicos y sabe por dónde andan los ejércitos, las guerrillas y las contraguerrillas, me ha dicho que las tropas de Mina se han disuelto. Otro que vino del Norte, me aseguró que Salvador habia emigrado á Francia. Yo, á pesar de estas noticias, le espero, tengo confianza en que ha de venir, y he resuelto aguardar lo que resta de mes. Sigo mis averiguaciones, y si en todo Mayo no ha venido ni me ha escrito, pienso ponerme en camino y buscarle con la ayuda de Dios..

—Siento quitarle á usted una ilusion—dije adoptando definitivamente mi diabólico plan, y resolviéndome á ponerlo en ejecucion.—Salvador no vendrá por ahora, no puede venir.

—¿Lo sabe usted de cierto?—me preguntó vivamente turbada y con algo de incredulidad en sus hermosos ojos.

—¿Duda usted de mí?—dije poniendo en mi semblante esa naturalidad inefable que es uno de mis más preciosos resortes para expresar lo que quiero.—Precisamente no he venido á otra cosa que á decirle á usted su paradero, despues de tranquilizarla, por si le creia enfermo ó muerto.

—¿Y dónde está?

—Habiendo reñido con Mina por una cues-

tion de amor propio, pasó á las contraguerrillas que siguen al general Ballesteros.

—¿Entonces sigue en el Norte?

—No señora. Ya sabe usted que el ejército de Ballesteros se ha retirado á Valencia.

—A Valencia, sí. Efectivamente, lo oí decir. ¿De modo que Salvador está en Valencia?

—Sí: y estos informes no son vagos ni fundados en conjeturas, porque yo misma.....

Al llegar aquí dí un suspiro afectando cierta emocion. Despues acabé la frase, diciendo:

—Yo misma me separé de él en Onteniente el 20 de Abril.

—¿Es cierto, señora, lo que usted me dice? —me preguntó con gran agitacion.

—Sí; pero no creo que haga usted el disparate de ponerse en camino para Levante—indiqué con objeto de que no conociera mi verdadera idea.

—¿Pues qué, vendrá?

—Venir no. No vendrá en mucho tiempo, mayormente si de hoy á mañana capitula la Córte, y se establece el absolutismo. Yo creo que se verá obligado á emigrar, embarcándose en cualquier puerto de la costa.

—¡Embarcarse!—exclamó con desaliento.—No señora, no; eso no puede ser. Corro allá al momento.

Se levantó como si de un vuelo pudiera trasladarse á Valencia.

—¿Y será usted capaz de emprender un viaje tan largo?.... ¿Tendrá usted valor?....—manifesté con fingida admiracion.

—Yo tengo valor para todo, señora,—me respondió.

Despues del primer movimiento de credulidad, la ví como abatida y vacilante. Dudaba.

—Puede usted escribirle—le dije,—con la direccion que yo le dé, y cuando reciba la contestacion de él, ponerse en camino..... Lo malo será que en ese tiempo tome la guerra otro aspecto y llegue usted tarde.

—Eso seria terrible. Yo creo que si voy debo ir hoy mismo..... ¿Y usted se separó de él el 20 de Abril?

Dudaba todavia. Al llegar á este punto, la voz de la conciencia, que aún me detenia, fué acallada por mis celos, y no pensé más que en el éxito completo del plan que me habia propuesto. No vacilé más y pensé en la carta que me habia traido Pipaon.

—Me separé de él el 20 de Abril—afirmé;—pero despues de eso, hallándome en Aranjuez, recibí una carta suya.

Con avidez fijó Solita sus ojos en mí. Por grande que fuera mi serenidad, mi corazon pal-

pitaba, porque ni aun los criminales más criminales hacen ciertas cosas sin algo de procesion por dentro. Confesaré ahora la fealdad toda de mi accion para que se comprenda bien la importancia de aquella escena y mi perverso papel.

—Si me quisiera mostrar usted la carta de Salvador—me dijo en tono suplicante,—al ménos para saber con fijeza el punto en que se halla.....

—No la he traido—repuse con el mayor aplomo,—pero volveré á mi casa que está á dos pasos y la traeré, para que tenga usted ese consuelo y una seguridad que no pueden darle mis palabras.

—¡Oh! no señora: yo creo.....

—No..... estas cosas son delicadas. Al instante traeré á usted la carta que me escribió y que no está fechada en Onteniente, sino en otro pueblo del reino de Valencia, pues como usted puede suponer, el ejército se mueve casi todos los dias.

Diciendo esto me levanté. Ella me daba las gracias por mi bondad en cariñosas y vehementes palabras. Brindóse á ir conmigo porque yo no me molestase en volver; pero esto no me convenia y salí rápidamente. ¡Miserable de mí, y cuánto me cegaba la pasion y aquel detesta-

ble afan de hacer daño á la que aborrecia!.... Contaré esto con la mayor brevedad posible, porque me mortifica mucho tan desagradable recuerdo, y en verdad que si pudiera escribir estas vergonzosas líneas cerrando los ojos, lo haria para no ver lo que traza mi propia pluma.

XVII

Corrí á mi casa, tomé la carta de Salvador, y con ese golpe de vista del génio criminal comprendí que lo previsto por mí momentos antes podia realizarse fácilmente. La data *Urgel* estaba escrita en letra ancha y mala. La palabra podia ser variada por una mano hábil, y la mia, fuerza es decirlo, lo era, aunque nunca hasta entonces se habia empleado en tan infames proezas.

Yo tenia muy presente á un primo mio que habia comerciado años antes en un pueblo de Alicante llamado *Vergel*, en las inmediaciones de Denia, á orillas del rio Bolana. Esta palabra era el puñal del asesinato proyectado por mí. La tomé con la fiebre del rencor. ¡Qué admirablemente servia para mi objeto! ¡Qué

bien dispuestas estaban sus letras para una obra satánica! No podia pedirse más, no. Tenia delante de mí una de esas infernales coincidencias que deciden á los criminales vacilantes, y á veces hasta á los justos les impulsan á escandalosos y horribles pecados.

Tomé la pluma, y con mano segura, regocijándome interiormente en la perfeccion de mi obra, convertí la palabra Urgel en Vergel. La fecha era fácil de mudar tambien. Salvador habia puesto Marzo en abreviatura. Yo convertí el Marzo en Mayo, dejando el dia que era el 3, lo mismo que estaba..... ¡Oh, cuando no se me cayó la mano entonces, creo que tendré manos para toda la vida!

Del texto de la carta podia mostrarse la primer plana donde decia entre otras cosas insignificantes: «no pienso en muchos dias salir de este pueblo.»

Corrí allá con mi puñal. Las trágicas figuras antiguas á quienes pintan alborotadas y arrogantes con un hierro en la mano, no fruncirian el ceño más fieramente que yo, al blandir mi carta homicida. Subí á la casa. Sola me esperaba en la puerta. Entramos: me senté al punto porque estaba muy cansada.

—Vea usted—le dije;—el pueblo donde ahora está es Vergel. He pasado por él.

Solita devoraba con los ojos la carta.

—Vergel—añadí mostrándole la carta,—está entre Pego y Denia, sobre un riachuelo que llaman Bolana. Si vá usted á Onteniente le será muy fácil llegar á Vergel.

Ella seguia leyendo.

—Asegura que por ahora no piensa moverse de ese pueblo—dijo meditabunda.—Mejor; con eso tendré la certeza de encontrarle.

—¿Pero de veras insiste usted en ir?.... El resto de la carta no se lo enseño á usted porque no puede interesarle;—indiqué afectando la mayor naturalidad y guardando mi arma.—No puedo creer que haga usted la locura.....

—Iré, iré;—dijo con una resolucion briosa que inundó mi alma de los frenéticos goces del éxito criminal.

Despues de manifestar así su propósito, frunció el ceño y me dijo:

—Cuando usted se separó de Salvador, ¿él sabia que venia usted á Madrid?

—Lo sabia.

—¿Y cómo no le rogó que me viese y me tranquilizara?

—Porque sabe—repuse con dignidad,—que yo no sirvo para hacer las veces de correo. Si he venido á esta casa, ha sido por..... se lo diré á usted con entera franqueza; no quiero fingir

móviles que no tuve al venir aquí, aunque despues que nos hemos tratado hayan sido distintas mis ideas.

Solita atendia á mis palabras como al Evangelio. Yo le tomé una mano y poniéndome á punto de llorar, me expresé asi:

—Señora D.ª Solita; dije á usted al entrar que venia con el simple objeto de tranquilizarla dándole informes de Salvador.

—Así fué, señora, lo que usted me dijo.

—Pues bien; falté á la verdad: quise encubrir mi verdadero objeto con una fórmula comun. Pero yo no puedo fingir; no puedo ocultar la verdad. Mi carácter peca de excesivamente franco, natural y espansivo. Mis pasiones y mis defectos, la verdad toda de mi alma, buena ó mala, se me sale por los ojos y por la palabra cuando más quiero disimular. Usted me ha inspirado simpatías; usted me ha revelado una pureza de sentimientos que merece el mayor respeto. Quiero ser como usted, y hablarle con la noble veracidad que se debe á los verdaderos amigos. ¿No es usted hermana para él? pues quiero que lo sea tambien para mí.

Solita al oir esto se apartó lentamente de mi lado. Noté en ella cierta aversion contenida por el respeto.

—Querida amiga—proseguí forzando mi

arte.—No he venido aquí sino por un egoismo que usted no comprenderá tal vez. He venido aquí por ver su casa, por conocer lo único que guarda Madrid de esa amada persona, este asilo donde él ha vivido, donde murió su madre, y por el cual parecen vagar aún sus miradas. Queria yo dar á mis ojos el gusto de ver estos objetos, estos muebles donde tantas veces se han fijado los suyos..... Nada más, ningun otro objeto me trajo aquí. He tenido además el placer de conocerla á usted, y ahora deseándole que halle pronto á su hermano, me retiro.

Levantéme resueltamente. Solita habia prorrumpido en amargo llanto.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, señora!—exclamó secando sus lágrimas.—Le diré que debo á usted este inmenso favor.

—No, no, por Dios—repliqué vivamente.—Ruego á usted que no me nombre para nada. Veria en mí una debilidad que no quiero confesarle, mediando, como median en uno y otro, los propósitos de una separacion eterna.

—Pues callaré, señora, callaré. ¿De modo que usted no le verá más?

Al decir esto habia tanto afan en su mirada, que me causó indignacion. La habria abofeteado, si mi papel no hubiera exigido gran prudencia y circunspeccion.

—No señora, no le veré más—le dije fijando más sobre mi semblante la máscara que se caia. —Despues de lo que ha pasado..... Pero no puedo revelarle á usted ciertas cosas. Si usted le conoce bien, conocerá su inconstancia. Yo le he amado con fidelidad y nobleza. Él..... no quiero rebajarle delante de una persona que le estima. Adios, señora, adios. ¿Se vá usted al fin hoy?

Esto lo dije en pié, estrechando aquella mano que habria deseado ver cortada.

—Sí señora, iré á buscarle, puesto que él no quiere venir.

—¿Pero se atreve usted, sola, sin compañía, por esos caminos....?—indiqué deseando que me confirmase más su resolucion.

—Dios irá conmigo—repuso la hipocritona con el acento de los que tienen verdadera fé.—El ordinario de Valencia que sale esta noche, era amigo de D.ª Fermina. Con él iré. Tengo confianza en Dios y estoy segura de que no me pasará nada..... Ahora, despues que he tomado esta determinacion, estoy más tranquila.

—La felicidad le retoza á usted en el rostro —afirmé con cruel sarcasmo.—Bien se conoce que es usted feliz. Yo me congratulo de haber proporcionado á usted un cambio tan dichoso en su espíritu.

Cuando pronuncié estas palabras, debió secárseme la lengua, lo confieso.

Poco más hablamos. Hícele ofrecimientos corteses y salí de la casa. Cuando bajaba la escalera sentí impulsos de volver á subir y llamarla y decirle: «no crea usted nada de lo que he dicho; soy una embustera;» pero el egoismo pudo más que aquel pasajero y débil sentimiento de rectitud, y seguí bajando. Del mismo modo iba bajando mi alma, escalon tras escalon, á los abismos de la iniquidad. Razoné como los perversos, diciéndome que la víctima de mi intriga era una mujer hipócrita y que las maquinaciones de mal género, tan dignas de censura cuando recaen en personas inocentes, son más tolerables si recaen en quien las merece y es capaz de urdirlas peores. Pero estos sofismas no acallaban mi remordimiento que empezó á crecer desde que salí de la casa y ha llegado despues, por su mucha grandeza y pesadumbre, á mortificarme en gran manera.

XVIII

Verdaderamente mi accion no pudo ser más indigna. ¡Precipitar á una desamparada é

infeliz mujer á resolucion tan loca, obligarla por medio de vil engaño á emprender un viaje largo, dispendioso, arriesgado y sobre todo inútil!.... Al mirar esto desde la distancia que han establecido los años me espanto de mi accion, de mi lengua, y más que nada de la horrible travesura y astúcia de mi entendimiento.

En aquellos dias la pasion que me dominaba y más que la pasion, el envidioso afan que me producia la simple sospecha de que alguien me robase lo que yo juzgaba exclusivamente mio, no me permitieron ver claramente mi conciencia ni la infamia de la denigrante accion que habia cometido; pero cuando todo se fué enfriando y oscureciendo, me he podido mirar tal cual era en aquel dia, y declaro aquí que, segun me veo, no hay fealdad de demonio del infierno que á la mia se parezca.

¡Y sigue uno viviendo despues de hacer tales cosas! ¡Y parece que no ha pasado nada, y vuelve la felicidad, y aún se dá el caso de olvidar completamente la perversa y villana accion!.... Yo no vacilo en escribirla aquí, porque me he propuesto que este papel sea mi confesonario, y una vez puesta la mano sobre él, no he de ocultar ni lo bueno ni lo malo. La seguridad de que esto no lo ha de ver nadie hasta

que yo no me encuentre tan lejos de las censuras de este mundo como lo están los astros de las agitaciones de la tierra, dá valor á mi espíritu para escribir tales cosas. Yo digo: «que todo el mundo escriba con absoluta verdad su vida entera, y entonces ¡cuánto disminuirá el número de los que pasan por buenos! Las cuatro quintas partes de las grandes reputaciones morales no significan otra cosa que *falta de datos* para conocer la historia de los individuos que se pavonean con ellas fátuamente, como los cómicos cuando se visten de reyes.»

Aquella tarde torné á pasar por allí, y entablé conversacion con Sarmiento; pero me fué imposible averiguar por él si Solita insistia en partir.

Yo tenia gran desasosiego hasta no saberlo de cierto, y para salir de mi incertidumbre quise averiguarlo por mí misma. Soy así: lo que puedo hacer no lo confio á los demás. Me fatigan las dilaciones y la torpeza de los que sirven por dinero, y carezco de paciencia para aguardar á que me vengan á decir lo que yo puedo ver por mis propios ojos. Al llegar la noche y la hora en que solian partir los coches, sillas de postas y galeras, mi criada y yo nos vestimos manolescamente, con pañolon y bas-

quiña, y nos encaminamos al parador del Fúcar, de donde, segun mis noticias, salia el ordinario de Valencia.

No tuve que esperar mucho para satisfacer mi curiosidad. Allí estaba. Solita partia irremisiblemente. Ya no me quedaba duda. La ví dentro del coche que salia, y no pude sofocar en mí un sentimiento de profundísima lástima, forma indirecta que tomaba entonces mi conciencia para presentarme ante los ojos la imágen de mi crímen. Pero el coche partió; ella se fué con su engaño y yo me quedé con mi lástima.

No se habia extinguido el rumor de las ruedas del carro de Valencia, cuando sonó más vivo estrépito de ruedas y caballerías. Un gran coche de colleras entró en el parador. Mi criada y yo nos detuvimos por curiosidad.

—Es el coche de Alcalá—dijeron á nuestro lado.—Esta noche viene lleno de gente.

Por una de las portezuelas ví la cara de un hombre. El corazon parecia hacérseme pedazos. Me volví loca de alegría. No pude contenerme. Era él. Mis exclamaciones cariñosas le obligaron á bajar del coche, y entonces me arrojé llorando en sus brazos.

XIX

Al dia siguiente le aguardaba en mi casa y no fué hasta muy tarde, cuando ya anochecia. Estaba muy fatigado, triste y abatido. Lo primero de que me habló fué del vacío que habia dejado en su casa la muerte de su madre, de la partida de su hermana, á quien creia encontrar en Madrid, y del brevísimo espacio que un perverso destino habia puesto entre la marcha de ella y la llegada de él.

—Castigo de Dios es esto—dijo,—por mi descuido en escribirle y mi desnaturalizado proceder.

Despues pasó de la tristeza á la furia. Yo procuraba arrancarle tan lúgubres ideas, recordándole nuestro placentero viaje del verano anterior y la catástrofe de su cautiverio; hacíale mil preguntas sobre sus padecimientos, emancipacion, campaña de Cataluña y toma de la Seo; pero sólo me contestaba con monosílabos y secamente. Escaso interés mostraba por las cosas pasadas, y aun yo misma, que era un presente digno á mi parecer de alguna estima, apenas podia obtener de él atencion insegura

y casi forzada. Su pensamiento estaba fijo en la fugitiva hermana, y mis sutiles zalamerías no podian apartarle de allí. No cesaba de discurrir sobre los móviles de aquel viaje, y yo, sintiendo revivir y agitarse en mí lo que siempre tuve de serpiente, estuve á punto de indicarle que Soledad habria partido arrastrada por algun hombre; pero en el momento en que desplegaba los lábios para sugerir esta idea, me contuve. Aquella vez habia vencido mi conciencia, y hallándome con fuerzas para las mayores crueldades, no las tuve para la calumnia.

Al fin creí prudente no decirle una palabra sobre aquella cuestion.

—Bastaba que yo viniese con deseo de verla —dijo hiriendo violentamente el suelo con el pié,—para que ella huyese de mí. Así son todas mis cosas. Lo bueno existe mientras yo lo deseo. Pero lo toco, y adios.

Estas amargas palabras eran un desaire para mí, y por lo visto yo no estaba comprendida en el número de las cosas buenas; pero sofoqué mi resentimiento y seguí escuchándole.

—Desde que el deseo de venganza y mi ódio al absolutismo—añadió,—me inclinaron á tomar las armas, tuve el presentimiento de que la campaña se echaria á perder, y así ha sido. Ya tienes á la plaza de Figueras en poder de

los franceses; á Mina vagabundo sin saber qué partido tomar, y todo el ejército desconcertado y sin esperanza de vencer. ¡Gran milagro habria sido que donde yo estoy hubiese victorias! Desastres y nada más que desastres. La sombra que yo echo sobre la tierra, destruye.

—¡Qué nécio eres! ¿Crees acaso en las estrellas fatales y en el sino?

—No debiera creer; pero todo me manda que crea..... Ya ves. Me envia Mina á Madrid con una comision en que funda grandes esperanzas, y desde que llego aquí pierdo las pocas esperanzas que traia, porque no hallo sino desanimacion y flojedad. Al mismo tiempo, la ilusion más querida de este viaje se ha desvanecido como el humo. Yo tenia una hermana, más que hermana amiga, con una amistad pura y entrañable que nadie puede comprender sino ella y yo; una amistad que tiene todo lo santo de la fraternidad y todo lo bueno del amor, sin las tenebrosas ánsias de éste. En mi hermana veia yo todo lo que me queda de familia, lo único que me resta de hogar; en ella veia á mi madre y una representacion de todos los goces de mi casa, la paz del alma, dichas muy grandes sin mezcla de martirio alguno. Pues bien: llego y mi casa está desierta. Jamás pensé en perderla. Ella, el único sér de

quien estaba seguro, vuela tambien lejos de mí, y se vá. ¡Ay, Genara! ¡No puedo decirte cuán sola estaba mi casa! Figúrate todo el universo vacío y sin vida. Ni mi madre, ni Soledad..... ¡Qué sepulcro, Dios mio! Así se vá quedando mi corazon lo mismo que una gran fosa, todo lleno de muertos..... Tú no puedes entender esto, Genara. En tí todo vive. Tu carácter hace resucitar todas las cosas y eres un sér privilegiado para quien el mundo se dispone siempre del modo más favorable; pero yo.....

—Cúlpate á tí mismo—le dije,—y no hables de destino. Te quejas de que tu hermana te haya abandonado, y no recuerdas que has estado mucho tiempo sin escribirle, sin darle noticias de tí, sin decirle ni siquiera: «estoy vivo.»

—Es verdad; pero se amparó de mí el estúpido delirio de la guerra. Me sedujo la grandeza de la idea que representaba nuestro ejército al perseguir á los realistas. Sólo veia lo que estaba delante de mis ojos y dentro de mí: el enemigo y los torbellinos de mi cerebro, un ideal de gloriosas victorias que dieran á mi país lo que no tiene. Ya sabes que yo me equivoco siempre. Lo extraño es que conociendo mi torpeza me empeñe en andar hácia adelante como los demás hombres, en vez de estarme quieto

como las estátuas..... Ahora todo lo veo destrozado, caido y hecho pedazos por mis propias manos, como el que entra en un cuarto oscuro y lleno de preciosidades y á ciegas tropieza y lo rompe todo. En Cataluña desengaños, en Madrid más desengaños todavia; un gran vacío del entendimiento y otro más grande del corazon. Parece que la realidad de mis ideas es un ave que se asusta de mis pasos y levanta el vuelo cuando me acerco á ella. ¡Maldita persona la mia!

Debia enojarme de tales palabras, porque, segun ellas, yo no era nada. Pero no me mostré ofendida y solamente dije:

—Si al llegar encuentras todo solo y vacío, no es porque las cosas vuelen antes de tiempo, sino porque tú llegas siempre tarde.

—Tambien es verdad. Llego siempre tarde. Ya ves lo que me ha pasado ahora—dijo con el mayor desaliento.—Se le antoja al general Mina enviarme aquí cuando todo está perdido. Pero él no contaba con la rapidez de este desmoronamiento, no contaba con la retirada de Ballesteros sin combatir, ni con la defeccion de La Bisbal. Mina tiene la desgracia de creer que todos son valientes y leales como él.

—¿La defeccion de La Bisbal? De modo que ya..... No creí que fuera tan pronto. El conde

acostumbra preparar con cierto arte sus arrepentimientos.

—No se dice públicamente; pero es seguro que ya está en tratos con los franceses para capitular. Me lo ha dicho Campos, que olfatea los sucesos. De mañana á pasado el aborrecido estandarte negro ondeará en Madrid. ¿A qué he venido yo? No parece sino que he venido á izarlo yo mismo.

—Pues no hagas caso de los masones, ni de la guerra, ni de la Constitucion—le dije.—¿Para qué te empeñas en cosas imposibles? ¿Por qué desprecias lo que tienes y buscas fantasmas vanos?

Él me miró comprendiendo mi intencion. Su mirada no indicaba desafecto; pero me era imposible vencer su tristeza. Acompañóme á cenar, y mis alardes de humor festivo, mi cháchara y las delicadas atenciones que con él tuve no lograron disipar las nubes sombrías que ennegrecian su alma. Tambien la mia se encapotaba lentamente, cayendo en hondas tristezas, porque acostumbrada á verse señora de los sentimientos de aquel hombre, padecia mucho al considerar perdido su amoroso dominio y esa tiranía dulcísima que al mismo tiempo embelesa al amo y al esclavo.

Pero aún conservaba yo gran parte de mi

prestigio. Vencí, aunque sin poder conseguir la tranquilidad que acompaña á los triunfos completos; porque descubrí en su complacencia algo de forzado y violento. Parecia que al corresponder á mi leal cariño, lo hacia más bien por delicadeza y por deber que por verdadera inclinacion. Esto me atormentó toda la noche, quitándome el sueño. Cuando pude dormir, la imágen de la pobre huérfana que recorria media España buscando á su hermano, á su amante ó lo que fuera, se me presentó para atormentarme más. ¡Ay! ¡qué terrible es haber cometido una gran falta sin éxito!

La vision de la mujer errante no se quitaba de mi imaginacion. Pero yo entonces, creyéndome ménos amada de lo que mi frenética ambicion de amor exigia; pensando que me habian vencido ajenos recuerdos y vaguedades sentimentales referentes á otra persona, me gozaba con fiera crueldad en la desolacion de la hermana viajera.

—¡Bien—le decia,—corre tras él, corre hoy y mañana y siempre, para no encontrarle al fin!.... Muy bien, hipocritona, ¡¡me alegro, me alegro!!

XX

Al dia siguiente muy temprano entró Campos en casa. Ya he dicho que este mason era amigo muy constante de la familia con quien yo vivia, un matrimonio alavés, de edad madura y sin hijos, extraño por lo general á las pasiones políticas, aunque la señora, como buena vascongada, se inclinaba al absolutismo. Campos entró gritando:

—¡Ya nos la ha pegado ese tunante!

Al punto comprendí lo que queria expresar.

—La Bisbal ha capitulado ¿no es eso?—le dije.—¡Qué noticia! Ya lo suponíamos.

—Pero al ménos, señora, al ménos.....—manifestó Campos con afan.—Las formas, es preciso guardar ciertas formas..... Todos estamos dispuestos á capitular, porque no es posible vivir en lucha con la general corriente, ni con la Europa entera; pero..... pero.....

—¿Y qué ha hecho La Bisbal?

—Dar un manifiesto.....

—Ya lo suponia: es el hombre de los manifiestos.

—Un manifiesto en que dice que sí y que no,

y que tira y afloja, y que blanco y que negro..... en fin, un manifiesto de La Bisbal. Despues ha entregado el mando al marqués de Castelldosrius y ha desaparecido. El ejército está desmoralizado. La mayor parte de los soldados se van á donde les dá la gana, y aquí nos tiene usted como el 3 de Diciembre de 1808, en poder de los franceses..... ¿Vamos á ver, qué hace ahora un hombre honrado como yo? ¿Qué hacen ahora los hombres que no se han metido en nada, que desde su campo defendieron siempre el órden y las conveniencias?....

Yo hacia esfuerzos para contener la risa. La zozobra del mason en momentos de tanto apuro y su afan por presentarse como hombre de órden ofrecian un cuadro tan gracioso como interesante.

—¿De modo que ya se acabó la Constitucion?—dijo la señora de Saracha, elevando majestuosamente las manos al cielo, como en accion de gracias.—Pues ahora habrá perdon general. Se reconciliarán todos los españoles, dándose fraternales abrazos y amparándose bajo el manto amoroso del Rey.

Yo me eché á reir.

—No es mal perdon el que nos aguarda—dijo Campos con detestable humor.—¡Bonito manto nos amparará! Ya se ha alborotado la

gentuza de los barrios bajos, y las caras siniestras, las manos negras y rapaces, los trabucos y las navajas van apareciendo. Nada, nada. Tendremos escenas de luto y de ignominia, otro 10 de Mayo de 1814.

—¿Será posible? Pues me parece que efectivamente hay algo de alboroto en la calle—dijo mi amiga asomándose al balcon.

Vivíamos en la calle de Toledo, que es la arteria por donde la emponzoñada sangre sube al cerebro de la villa de Madrid en los dias de fiebre. Cruzaban la calle gentes del pueblo en actitud poco tranquilizadora. Al poco rato oimos gritar: «¡viva la religion!» «¡vivan las caenas!» Fué aquella la primera vez de mi vida que oí tal grito, y confieso que me horrorizó.

Campos no quiso asomarse porque le enfurecian los desahogos de la plebe, (mayormente cuando chillaba en contra de los liberales) y seguia diciendo:

—Veremos cómo tratan ahora á los hombres honrados que han defendido el órden, que han procurado siempre contener al democratismo y á la demagogia.

No pude vencer mi natural inclinacion á las burlas y le dije:

—Sr. Campos, no doy cuatro cuartos por su pellejo de usted.

—Ni yo tampoco—me respondió riendo.

Él, en medio de su descontento, esperaba filosóficamente el fin, seguro de sobrenadar tarde ó temprano en el piélago absolutista. Era además hombre de tanto valor como osadía.

La gente de los barrios bajos siguió alborotando todo el dia. Movióse la tropa para mantener el órden, y el general Zayas, que mandaba en Madrid y habia firmado la capitulacion aquella misma mañana con los franceses, parecia dispuesto á ametrallar sin compasion á la canalla. En gran zozobra vivíamos todos los vecinos de la Villa, porque se hablaba de saqueo y de la aproximacion de las partidas de Bessieres, el infame aventurero, que defendiendo el despotismo queria lograr lo que no pudo conseguir combatiendo por la república.

Pero la principal causa de mi inquietud era no ver á mi lado á la persona que más me interesaba en aquellos dias. Le esperé toda la mañana y toda la tarde, y como á ninguna hora parecia y habia hecho promesa de visitarme, creí que le pasaba algo desagradable. Por la noche no pude refrenar mi ardorosa impaciencia y volé á su casa. Tampoco estaba en ella, y el anciano portero y maestro de escuela, armado de fusil en medio de la portería, furioso y exal-

tado, cual si acabara de escaparse de un manicomio, me inspiró tanto miedo que no quise esperar allí.

Pasé la noche en un estado de angustia horrible. Corrian rumores de que al dia siguiente habria saqueo, prisiones, muertes y escandalosas escenas. Se decia que los liberales más señalados eran perseguidos por las calles como perros rabiosos y apedreadas sus casas. Yo no podia vivir. Al amanecer del otro dia, que era el 20 de Mayo, busqué á Salvador en diversos puntos y tampoco le pude encontrar. Antes de volver á casa ví movimiento de tropas en la Puerta del Sol y me dijeron que Bessieres habia aparecido con sus cuadrillas que yo llamaba de *asesinos de la Fé*, por detrás del Retiro, amenazando entrar en Madrid. La plebe de los barrios bajos se le habia reunido, y como hambrientos perros, aullaban mirando á la Córte, con ánsias de devorarla. Todo Madrid estaba aterrado, y yo más que nadie, no por el temor del saqueo, sino por la sospecha de que la persona más cara á mi corazon hubiera sido víctima del furor de la plebe.

Esperé tambien todo aquel dia. Campos entró á darnos noticias de lo que pasaba. Oíamos cañonazos lejanos, y á cada instante

creíamos ver llegar y difundirse por las calles á la desenfrenada turba salvaje ébria de sangre y de pillaje. Pero Dios no quiso que en aquel dia triunfaran los malvados. El general Zayas destrozó á los *asesinos de la Fé*, acuchillando á los chisperos y mujerzuelas que graznaban entre ellos. La plebe aterrada volvió á sus oscuras guaridas, y mucha gente mala huyó á los campos, aguardando á poder entrar con los franceses. Desde que supimos el gran peligro á que habíamos estado expuestos los habitantes de Madrid, todos deseábamos que llegasen de una vez los cien mil hijos de San Luis, para que estableciendo un Gobierno regular, contuvieran á la canalla azuzada por los realistas furibundos.

Al fin salí de la angustia que me atormentaba. En la mañana del dia 21, el prófugo, por quien yo habia derramado tantas lágrimas, se presentó delante de mí en estado bastante lastimoso, desencajado y lleno de contusiones, con los ojos encendidos, seca la boca, cubierta de sudor la hermosa frente, rotos y llenos de polvo los vestidos.

Al punto comprendí que habia sido maltratado por las feroces béstias populares. No le dije nada, y me apresuré á cuidarle, proporcionándole alimento y reposo. Él me miraba

con extraviados ojos. Apretando los puños exclamó:

—¿Has visto á la canalla?

Necesitaba sosiego, y por todos los medios procuré tranquilizarle.

—No pienses más en eso—le dije,—y regocíjate ahora en la paz de mi compañía y en esta dulce soledad en que estamos.

—¡No puedo, no puedo!—exclamó con gran agitacion.

Y despues repetia:

—¿Has visto á la canalla? ¡Pero qué canalla es la canalla!

Más tarde me contó que se habia visto en gran peligro, porque al salir de un sitio en que estaban reunidas varias personas contrarias al despotismo, fué acometido, pudiendo salvar á duras penas la vida gracias á su energía y al coraje con que se defendió.

Su estado febril inspiróme bastante ansiedad aquella noche que pasó en mi casa; pero á la mañana siguiente su prodigiosa naturaleza habia triunfado de la ebullicion de la sangre irritada.

—No puedo ir á mi casa—me dijo,—y aun será peligroso que salga á la calle; pero yo necesito disponer mi viaje.

—¿Vuelves al Norte?

—No; tengo que ir á Sevilla, donde está lo que queda de Gobierno liberal. No tengo ya ni un resto siquiera de esperanza; pero es preciso que cumpla fielmente la comision del general Mina, y vaya hasta las últimas extremidades, para que me quede al ménos el consuelo de haberlo intentado todo y para que se pueda decir esta verdad terrible: «No hubo un solo liberal en España que supiera cumplir con su deber.»

—Pues si vas á Andalucía iré contigo—dije con mucho gozo, regocijándome ya con la idea de acompañarle y huir de Madrid, pueblo que tanto alarmaba á mi conciencia.

—El viaje no será fácil—respondió sin demostrar grande entusiasmo por mi compañía, —mayormente para una señora.

—Para mí todo es fácil—afirmé.

—No se encontrarán carruajes.

—Como ruede el dinero, rodarán los coches.

—La policía vigilará la salida de los liberales.

—No importa.

Sin pérdida de tiempo empecé á hacer diligencias para nuestro viaje. Las dificultades eran grandes. Ningun propietario de coches queria arriesgar su material y sus caballerías, porque los facciosos se apoderaban de ellas. No me acobardé, sin embargo, y seguí mis pesqui-

sas. Campos tambien deseaba proporcionar á mi amigo fácil escapatoria.

La entrada de los franceses, que se verificó el dia 23, me dió alguna esperanza; mas por desgracia entre las fuerzas de vanguardia no venia el conde de Montguyon. Ví en cambio muchos guerrilleros del Norte, de fiero aspecto, y temblé de pavor, deseando entonces más vivamente huir de la Córte.

¡Y qué desórden en los primeros momentos de aquel dia! Por mucha prisa que se dieron los franceses á establecerse, no lograron impedir mil excesos.

Hombres cuyo furor habia sido pagado corrian por las calles celebrando entre borracheras el horrible carnaval del despotismo. Rompian á pedradas los cristales, trazaban cruces en las puertas de las casas donde vivian liberales, como señal de futuras matanzas; escarnecian á todo el que no era conocido por su exaltacion absolutista; gritaban como locos, maldiciendo la libertad y la Nacion. No escapaban de sus groserías las personas indiferentes á la política, porque era preciso haber sido perro de presa del absolutismo para obtener perdon. Algunos frailes de los que más habian escandalizado en el púlpito con sus sermones sanguinarios eran llevados en triunfo.

Yo salia de misa de San Isidro, y me ví insultada y seguida por una turba de mujerzuelas feroces, sólo porque llevaba un lazo verde. El color verde era ya el color de la ignominia, como emblema del liberalismo, que tantas veces habia escrito sobre él *Constitucion ó muerte*. Ví maltratar á un jóven de buen porte, sólo porque usaba bigote, y desde aquel dia fué el tal adorno de las varoniles caras señal de franc-masonismo y de extranjería filosófica.

Quien vió una vez tales escenas no puede olvidarlas. Mis ideas habian cambiado mucho desde mi viaje á Francia. Conservando el mismo respeto al Trono y al Gobierno fuerte, habia perdido el entusiasmo realista. Pero en aquel dia tristísimo aprendí muchas cosas, se desvanecieron en mi cabeza no pocos fantasmas, y aunque seguí creyendo que uno solo gobierna mejor que doscientos, el absolutismo popular me inspiró un aborrecimiento y repugnancia indecibles.

No habia concluido de referir en mi casa el gran peligro que habia corrido por llevar un lazo verde, cuando entró Campos. Traia semblante muy alegre.

—Ya está resuelta la cuestion de tu viaje—dijo á Salvador.—Esta noche puedes marchar, si quieres.

—¿Cómo?—preguntamos él y yo.

—De un modo tan sencillo como seguro. El marqués de Falfan de los Godos (1) habia pensado marchar á Andalucía..... Como la pobre Andrea está tan delicada..... En fin, se han decidido á salir esta noche. Tienen silla de postas propia. Al punto me he acordado de tí. Falfan de los Godos tiene gusto en llevarte y se alegra mucho de tu compañía.

—Eso no puede ser—dije vivamente, saliendo al encuentro de aquella proposicion con verdadera furia que trataba de disimular.

—¿Por qué no ha de poder ser, señora mia? —dijo Campos.—En la silla de postas irán cómoda y seguramente el Marqués, mi sobrina con su hijo, la doncella y dos criados que seremos nosotros, Salvador y yo. Perfectísimamente.

El taimado mason se restregaba las manos en señal de regocijo.

—Me parece una excelente idea—dijo Monsalud mirándome.—¿No crees tú lo mismo?

Yo no contesté nada. Estaba furiosa. Él debió comprender en mis ojos la tempestad que se habia desatado en mi corazon; pero no por conocerlo se apresuró á conjurarla. Antes

(1) Véase *El Grande Oriente*.

bien, ocupóse de disponer su viaje con una calma, con una indiferencia hácia mí que me irritaron más. Mi dignidad me impedia pedir un puesto en aquel coche que se iba á llevar la mitad de mi alma. La misma dignidad me impedia recordarle nuestro dulce propósito de ir juntos. Encerréme breve rato en mi cuarto para que nadie conociese la alteracion nerviosa que me sacudia, y con los dientes hice pedazos un pañuelo inocente. Mis ojos secos é inflamados no podian dar salida á la angustia de mi corazon, derramando una sola lágrima.

Cuando me presenté de nuevo, mi apariencia no podia ser más tranquila. Afectaba naturalidad y hasta alegría; tanta era la fuerza de mi disimulo, cuando yo llamaba todas las fuerzas de la voluntad para fundir aquella máscara de hierro, bajo la cual escondia mi verdadero semblante lleno de luto y consternacion. ¡Qué padecimiento tan grande! ¿Cómo no, si Salvador mismo me habia contado toda la historia de sus relaciones con Andrea Campos, despues marquesa de Falfan de los Godos? Yo la habia tratado bastante despues de ser marquesa. La admirable hermosura de la americanilla, representándose en mi imaginacion, me la quemaba como un hierro abrasado.

Tuve valor para verles partir. Ví á la so-

brina de Campos subir al coche, haciéndose la interesante con su languidez de dama enfermita; ví al viejo Marqués engomado y lustroso, como un muñeco que acaba de salir del taller de juguetes; ví á Salvador tomando en brazos y besando con el mayor gusto al niño de la Marquesa..... no quise ver más. ¡El coche partió!... ¡Se fueron!....

XXI

Se fueron y yo me quedé. Las lágrimas que antes no habian querido salir de mis ojos brotaron á raudales, abrasándome las mejillas. No podia dejar de pensar en la hipocritona, que corria por los campos desiertos, lanzada por mí al interminable viaje de la desesperacion; pero lejos de tenerle lástima, aquel recuerdo avivaba mi hondo furor, haciéndome exclamar:—¡Me alegro, mil veces me alegro!

¡Cuán grande habia sido mi castigo! Para que éste fuera más evidente, fuí condenada por Dios al mismo tormento de correr buscando á una persona amada, al martirio indescriptible de correr un dia y otro dia como el que huye de su sombra, siempre impa-

ciente, siempre anhelante, precipitada siempre de la esperanza al desengaño y del desengaño á una nueva esperanza. Porque sí, yo emprendí tambien el viaje á Andalucía tres dias despues. Estaba en la alternativa de morir de despecho ó correr tambien. Hubo en mí desde aquel dia algo de la maldicion espantosa que pesaba sobre el judio errante, y me sentí como arrastrada por la fuerza de un huracan.

¡Ay! el huracan estaba dentro de mí misma, en mi despecho, en mis celos, en un loco deseo de no hallarme lejos de dos personas, cuya imágen ni un solo instante se apartaba de mi pensamiento. Si mis lectores me han conocido ya por lo que vá contado de mi borrascosa vida, comprenderán que yo no podia quedarme en Madrid. Mi carácter me lanzaba fuera como la pólvora lanza la bala.

Partí..... Pero antes debo decir cómo pude conseguir los medios para ello. Mi primer paso fué recurrir á Eguía; mas desde la entrada de los franceses le habian arrinconado como trasto viejo, y una Regencia fresca y lozana funcionaba en su lugar. Nombróla Angulema de acuerdo con el Consejo de Estado, y la componian los duques del Infantado y de Montemart, el baron de Eroles, el obispo de Osma y don Antonio Gomez Calderon. Secretario de ella

era el venenoso Calomarde, (1) al cual me dirigí solicitando un pase y licencia para el uso de coche-posta. Recibióme tan friamente y con tanta soberbia é hinchazon, que no pude ménos de recordar al Don Soplado del poeta sainetero D. Ramon de la Cruz.

Le desprecié como merecia y recurrí á don Víctor Saez, nombrado Ministro de Estado; pero éste me recordó á la rana, cuando quiso parecerse al buey. Tuvo el mal gusto de echarme en cara mi supuesta conversion al constitucionalismo y á la Carta francesa, diciendo mil necedades presuntuosas y aun amenazándome. Su fatuidad, semejante á la del pavo cuando se sopla y arrastra las alas para meter ruido, me hizo reir en sus propias barbas. El único que se me mostró algo propicio fué Erro, hombre honrado y modesto. Pero nada positivo saqué de la flamante situacion, que daba pruebas de su agudeza política volviendo las cosas *al propio ser y estado que tenian en* 7 *de Marzo de* 1810, restableciendo los antiguos Consejos y la Sala de Alcaldes de Casa y Córte. Era esto volver á los tontillos, al guarda-infante y al pelo empolvado.

Por mi ventura llegó á Madrid el conde de

(1) En la página 105 se ha dicho, por error material, que Calomarde era hijo del Ministro de Gracia y Justicia. La autora quiso decir *del Ministerio*.

Montguyon. Le ví; hízome la centésima declaracion de amor y luego con semblante dolorido me dijo:

—Soy muy desgraciado, señora, en no poder estar cerca de vos. Tengo que partir con el general Bourdesoulle para esa poética region que llaman la Mancha, idealizada por las aventuras del gran caballero.

Entonces le manifesté que si me proporcionaba los medios de hacer el viaje, poniendo yo por mi cuenta todos los gastos, le seguiria á aquel encantado país que hizo célebre el gran caballero. Al oir esto se volvió todo obsequios, y tres dias despues tenia yo á mi disposicion una silla de postas con caballos del cuartel general de Bourdesoulle y un pase que me aseguraba el respeto de las turbas por todo el tránsito que iba á recorrer.

Salí al fin de Madrid acompañada de mi doncella. Salí como el agua de una esclusa cuando se le abren las compuertas que la sujetan. Yo no veia bastante llanura por donde correr; en ningun momento me parecia que andaba bastante mi coche; enfadábame el cansancio de las mulas, la pesadez de los mesonerós y la flema del mayoral, que se ponia siempre de parte de las caballerías en mi febril contienda con el tiempo y la distancia.

En los pueblos por donde rápidamente pasaba, ví escenas que me causaron tanta indignacion como vergüenza. En Ocaña habian quitado las imágenes que adornaban el ángulo de algunas calles, poniendo en su lugar el retrato de Fernando, entre cirios y ramos de flores, y debajo la piadosa inscripcion: «¡Vivan las caenas!» En Tembleque presencié el acto solemne de arrojar al pilon donde bebian las mulas, á dos ó tres liberales y otros tantos milicianos. En Madridejos tuve miedo, porque una turba que invadia el camino cantando coplas tan disparatadas como obscenas quiso detenerme, fundada en que el mayoral habia tocado con su látigo el estandarte realista que llevaba un fraile. Necesité mostrar mucha serenidad, y aun derramar algun dinero para que no me causasen daño; pero no pude seguir hasta que llegaron á aquel ilustrado pueblo las avanzadas de la caballería francesa.

En Puerto Lápice se rompió una ballesta de mi coche, ocasionándome una detencion de dos dias. Las horas eran siglos para mí. Me quemaba la tierra bajo los piés. Yo hubiera deseado poseer la autoridad de una reina asiática para vencer tantas dificultades, atando á los hombres al pescante de mi coche. La despro-

porcion enorme entre mi impetuoso anhelo y los medios materiales de que disponia, me llevaron á un lamentable estado nervioso que de ningun modo podia calmar. Únicamente logré un poco de alivio á aquel penoso hervor de mi carácter empleando un medio bastante pueril, pero que no parecerá muy absurdo á las mujeres que se me asemejen. Consistia en tomar el látigo del mayoral y ponerme á descargar furiosos latigazos sobre los robles del camino en Sierra Morena y sobre los olivos de Andalucía.

En Sierra Morena hallé nuevos obstáculos. Allí habia una especie de ejército español, mandado por una especie de general, que tenia el encargo de hacer una especie de resistencia á las tropas de Bourdesoulle. Dios habia decidido que no hubiese otro Bailén en la historia, y los inocentes que creian en un nuevo 19 de Julio de 1808 se llevaron gran chasco. ¡Parece mentira! Quince años despues los papeles de aquel drama habian cambiado. Los personajes eran los mismos. Creeríase que habian resucitado los muertos de la gloriosa época, pero que al vestirse se habian equivocado de uniforme.

En pocas horas fué desbaratado Plasencia (pues así se llamaba el general que defendia

la puerta de Andalucía) y los franceses pisaron el glorioso campo de las Navas de Tolosa, de Menjibar y de Bailén. Ménos afortunada yo, fuí otra vez detenida; y ahora el conde de Montguyon, á quien Bourdesoulle mandó situarse en Guarroman, mostró muy poco interés porque yo siguiera adelante. Con todo, tales artes usé y de tal modo supe sacar partido de su caballería andante, que me libré de él engañándole lindamente. Por fin, el 6 de Junio entré en Córdoba, donde no me detuve más que lo preciso.

El 9 por la tarde ví á lo lejos una inmensa mole rojiza que iluminaban los rayos del moribundo sol. Ante mí se extendian hermosas llanadas de trigo, como un campo de oro, cuya reverberacion amarilla ofendia los ojos. Yo no habia visto un cielo más alegre, ni un ambiente más respirable y que más embelesase los sentidos, ni un crepúsculo más delicioso. La enorme torre que se destacaba á lo lejos sobre apretado caserío, y entre otras mil torres más pequeñas, iba creciendo á medida que yo me acercaba y parecia venir á mi encuentro con gigantesco paso. La torre era la Giralda y la ciudad Sevilla.

XXII

¡Sevilla! ¡De qué manera tan grata hería mi imaginacion este nombre! ¡Qué idealismo tan placentero despertaba en mí! No creo que nadie haya entrado en aquel pueblo con indiferencia, y desde luego aseguro que el que entre en Sevilla como si entrara en Pinto es un bruto. ¡El Burlador, D. Pedro el Cruel, Murillo! Bastan estas tres figuras para poblar el inmenso recinto que es en todas sus partes teatro de la novela y el drama, lienzo y marco de la pintura. ¡Y hasta las pinturas sagradas son allí voluptuosas! Para que nada le falte, hasta tiene á Manolito Gazquez, cuyas hipérboles graciosas han dado la vuelta á España, y parece que forman la base de la riqueza anecdótica nacional.

En Sevilla la noche y el dia se disputan á cuál es más bello; pero cuando llega el rigor del verano, vence irremisiblemente la noche asumiendo todos los encantos de la naturaleza y de la poesía. Para ella son los delicados aromas de jazmines y rosas; para ella el picante

rumor de las conversaciones amorosas; para ella la dulce tibieza de un ambiente que recrea y enamora, las quejumbrosas guitarras que expresan todo aquello á que no pueden alcanzar las lenguas. Cuando yo llegué se dejaba sentir bastante el calor, sin ser insoportable; pero las noches eran deliciosas, un paraiso en el cual no se echaba de ménos el sol.

Me alojé en una hermosa posada de la calle de Génova, y desde la noche de mi llegada ví á muchos diputados que moraban allí y á otros que iban á visitarles. Aquello era un hervidero de gente habladora, una olla puesta al fuego. Sus agitadas disputas, sus gestos, sus furores indicaban la gravedad de la situacion.

Vivian conmigo Argüelles, Canga Argüelles, Salvato, Florez Calderon, el canónigo Villanueva y D. Cayetano Valdés el almirante. Iban á visitar á estos Galiano, Isturiz, Beltran de Lis, D. Angel de Saavedra, despues duque de Rivas, y otros. Con algunos de ellos tenia yo amistad. Oyéndoles supe que se habia descubierto una conspiracion tramada por cierto general inglés llamado Downie, el mismo que habia organizado una partida de combatientes en la guerra de la Independencia. La conspiracion debió de ser muy inocente como todas las de aquel tiempo, y todo en ella fué de

sainete, hasta el descubrimiento, hecho por un cirujano.

Tan sólo descansé en la noche de mi llegada, y el dia siguiente, que era el 10 de Junio, dí principio á mis investigaciones, saliendo á hacer algunas visitas. Al pasar por las calles más principales experimentaba profunda emocion creyendo ver semblantes conocidos. Yo no sé qué habia en aquella fisonomía de la multitud para turbarme tanto; pero esto pasa cuando lo que amamos se pierde en las oleadas del gentío, al cual presta su rostro y su persona toda.

Aprovechando bien el dia pude ver á muchas personas y encontrar á alguna que me indicó el domicilio de los marqueses de Falfan. Este era el principal objeto de mis impacientes ánsias. Pero en aquel dia 10 de Junio, precursor de una de las fechas más célebres de nuestra historia, nadie hablaba de otra cosa que de política, de la resistencia del Rey á trasladarse á Cádiz y del empeño de los Ministros en llevárselo de grado ó por fuerza. Advertí entonces que no era Sevilla poblacion muy liberal, y que en la contienda entablada, la maycría de los paisanos de Manolito Gazquez se ponian de parte del Rey. Por un fenómeno extraño, la aristocracia aparecia más ene-

miga del absolutismo que el pueblo; pero esto no me causaba sorpresa por haber observado el mismo contrasentido en Madrid.

No pudiendo refrenar mi impaciencia, aquella misma noche fuí á casa del marqués de Falfan. Las visitas de noche son sumamente agradables en verano y en aquel país, contribuyendo á ello los frescos patios trocados en salones de tertulia. Nadie puede, sin haber visto estos agradables recintos, formar idea de ellos y del hermoso conjunto que presentan las plantas, la fuente de mármol con su murmurante surtidor, los espejos, los cuadros al mismo tiempo iluminados por las bujías y por el rayo de luna que penetra burlando el toldo, la dulce cháchara de las conversaciones, más dulce á causa del gracioso ceceo bético, y por último, las lindas andaluzas que alegrarian un cementerio, cuanto más un patio de Sevilla.

Habia pocas personas en casa de Falfan. Encontré á la Marquesa muy desmejorada y triste en gran manera, lo cual no sé si me causó pena ó alegría. Creo que ambas cosas á la vez. Yo justifiqué mi viaje á Sevilla, suponiendo asuntos de intereses, y no me atreví á preguntar por él ni siquiera á nombrarle para que mi afectada indiferencia alejara todo recelo. Tenia esperanza de verle entrar en el pa-

tio cuando ménos lo pensase, y me preparaba para no turbarme en el momento de su aparicion. Cualquier ruido de la puerta me hacia temblar, dándome los escalofrios propios de la pasion en acecho.

Sin que me esté mal el decirlo, y poniendo la verdad por delante de todo, aun de la modestia, yo estaba guapísima aquella noche, vestida al estilo de París con una elegancia superior á cuanto veian mis ojos. Harto me lo probaban los de los caballeros allí presentes, que no se apartaban de mí, causando envidia á todas. Como los andaluces no son cortos de génio, aquella noche recibí galanterías y donaires para el año entero.

Mi afan consistia en sacar alguna luz, algun dato, alguna noticia, de mi conversacion con la marquesa de Falfan; pero fuese discrecion suma ó ignorancia de la hermosa dama, ello es que nada dejó comprender. Hablaba lo ménos posible, y con sus miradas lo mismo que con el sentido de sus palabras sólo una cosa me decia claramente, es á saber: que me aborrecia de todo corazon. Yo como más maestra, disimulaba mejor que ella.

El marqués de Falfan de los Godos, hablándome de política, me distrajo de esta batalla que yo daba á la taciturna reserva de

Andrea. Las aficiones que yo habia mostrado en Madrid á las cosas públicas me perdieron entonces, porque el buen Marqués me atacó con verdadera ferocidad de charlatanismo, deseando saber mi opinion sobre sucesos y personas. Mi fastidioso interlocutor era liberal templado, partidario de un justo medio muy justamente mediano, y de las dos Cámaras y del veto absoluto. Habia tenido sus repulgos de mason, repetia los dichos de Martinez de la Rosa y era bastante volteriano en asuntos religiosos. Defendia al clero como fuerza política; pero se burlaba de los curas, del Papa y aun del dogma mismo, sin que esto fuera obstáculo para creer en la conveniencia de que hubiese muchos clérigos, muchos obispos, muchísimas misas y hasta Inquisicion. En suma: las ideas del Marqués eran el capullo de donde, corriendo dias, salió la mariposa del partido moderado.

Decir cuánto me mareó aquella noche fuera imposible. Tuve que saber cosas que á la verdad me interesaban poco, por ejemplo: que Calatrava, á la sazon presidente del Ministerio, no era hombre á propósito para las circunstancias; que los masones primitivos ó *descalzos* estaban en gran pugna con los secundarios ó *calzados* y ambos con los comuneros y car-

bonarios; que los partidarios de San Miguel trabajaban por echarlo todo á perder más de lo que estaba, y que cuando ocurrió el cambio de Ministerio que habia llevado al poder á los amigos de Calatrava, se habian visto cosas muy feas. Exaltándose á medida que entraba en materia, me dijo que él (el marqués de Falfan de los Godos) habria sido Ministro si hubiera querido, cuando se negó á serlo Flores Estrada; pero que no quiso meterse en danzas; que él (el propio Marqués) habia previsto los terribles sucesos que ya estaban cerca, y que la ruina del pobre Sistema era ya inminente y segura. Apoyábanle en esto todos los presentes, mientras yo me aburria á mis anchas oyéndole. Era para morir.

Habiendo dicho uno de los tertulios que Su Majestad se negaria resueltamente á salir de Sevilla, el Marqués habló así:

—Pues el Gobierno insiste en llevárselo á Cádiz, ¡qué tonteria!.... y como el Rey insiste en no ir, el Gobierno piensa declararle loco..... ¡Loco Su Majestad, señores, el hombre más cuerdo de toda España, el único español que sabe á dónde vá y por dónde ha de ir!

Luego, dirigiéndose á mí y como quien habla en secreto, me dijo que Calatrava era un hombre atolondrado; Yandiola, Ministro de

Hacienda, una nulidad, y el de la Guerra, Sanchez Salvador, un insensato.

Yo estaba nerviosa á más no poder. Las palabras se me venian á la boca para contestarle de este modo:

—¿Y á mí qué me cuenta usted de todo eso señor Marqués? ¿Qué me importa á mí que Calatrava sea un majadero, Yandiola y Sanchez Salvador dos majaderos y usted más majadero que todos ellos?

Pero con no poco trabajo me contenia. Obligada á decir algo á causa de mi pícara reputacion, me complacia en contradecirle, de modo que todo lo que para él era blanco, yo lo veia negro. A cuantos el Marqués denigró yo les supuse talentos desmedidos. En lo relativo á declarar loco á Su Majestad, dije que me parecia el acto más cuerdo y acertado del mundo.

—Pero, señora,—me dijo el Marqués,—esto equivale á destronar á Su Majestad, porque si le declaran incapacitado para reinar.....

—Justamente, señor Marqués,—repuse.—Le destronan y luego le vuelven á entronizar; le quitan y le ponen, segun conviene á las circunstancias. ¿Hay cosa más natural? ¿El Rey no abre y cierra las Córtes? Pues las Córtes abren ó cierran al Rey cuando les acomoda.

Tomaron á risa, como lo merecian, mis ob-

servaciones; pero no por verme tan inclinada á las burlas, cejó Falfan en su fastidioso disertar.

Entonces entró el príncipe de Anglona, personaje distinguido de la fraccion de Martinez de la Rosa y el duque del Parque, cuya vista me causó grande alegría. El Príncipe dijo que al dia siguiente habria sesion muy interesante para discutir lo que debiera hacerse en virtud de la negativa del Rey á salir de Sevilla. Yo le pedí una papeleta de tribuna al duque del Parque y ofreció mandármela. Anglona se brindó á llevarme á Palacio. Formando mi plan para el dia siguiente, determiné ver á Su Majestad y asistir á la sesion de las Córtes, encendiendo de este modo una vela á San Miguel y otra al diablo.

El duque del Parque, cuando no podian oirlo los demás, me dijo con malignidad:

—Mi secretario, á quien usted conoce, le llevará mañana la papeleta para la galería reservada de las Córtes.

Al oir esto parece que se abrieron delante de mí los cielos. Mi alma se llenó de alegría, que á no ser por el gran disimulo que eché sobre ella, como se echa hipocresía sobre un pecado, hubiera sido advertida por la concurrencia. Desde aquel momento todo se transformó á

mis ojos. Cuanto dijo el marqués de Falfan de los Godos lo encontré discreto y agudo y sus majaderías me parecieron prodigios de ingénio y perspicacia política. A todo le contesté, desplegando verbosidad abundante como en mis mejores tiempos de Madrid, emitiendo juicios picarescos y sentenciosos, juzgando á los personajes con graciosa malevolencia y retratándoles con breves rasgos de caricatura. Desde aquel momento tuve lo que me habia faltado en toda la noche, ingénio. Respondí á las galanterías, supe marear á más de cuatro, mortifiqué á la Marquesa, alegré la reunion. Al retirarme no dejaba más que tristezas y presentimientos detrás de mí. Yo me llevaba todas las alegrías.

XXIII

Desde muy temprano me levanté, pues poco dormí aquella noche. Las noches de Sevilla no parece que son, como las de otras partes, para dormir. Son para soñar en vela..... Le aguardaba con tanta impaciencia que á cada instante salia al balcon, esperando verle entre

la multitud que pasaba por la calle de Génova. De repente me anunciaron una visita. Creí verle entrar; salí corriendo; pero mi corazon dió un vuelco quedándose frio y quieto, cual si hubiera tropezado en una pared. Tenia delante al príncipe de Anglona, un señor muy bueno, un caballero muy simpático, muy atento, pero cuya presencia me contrariaba extraordinariamente en aquel momento.

Venia para llevarme al Alcázar.

—Su Majestad—me dijo,—recibe ahora muy temprano. Anoche le manifesté que estaba usted aquí y me rogó que la llevase á su presencia hoy mismo.

Yo quise hacer objeciones, pretestando la inusitada hora, pues no habian dado las once; pero nada me valió. Érame imposible resistir á aquella majadería insoportable que revestia las formas de la más delicada atencion. Tampoco podia defenderme con dolor de cabeza, vapores ú otros recursos que tenemos para tales trances. Humillé la frente como víctima expiatoria de las conveniencias sociales, y despues de arreglarme me dispuse á aceptar un puesto en la carroza del Príncipe, no sin dar antes á mi criada instrucciones muy prolijas para que detuviera hasta mi vuelta al que forzosamente habia de venir. Partí resuelta á hacer á Su Ma-

jestad visita de médico. En aquella ocasion deploré por primera vez que existieran Reyes en el mundo.

Poca es la distancia que hay de la calle de Génova al Alcázar. Antes de las doce estaba yo en la Cámara de Su Majestad y salia gozoso á saludarme el descendiente de cien Reyes, pegado á su régia nariz. No parecia nada contento; pero mostró mucho placer en verme, dándome á besar su mano y rogándome que me sentase á su lado. Tanta bondad que á cualquiera habria ensoberbecido, á mí me hizo muy poca gracia, y ménos cuando con sus preguntas daba á entender que la visita seria larga.

Fernando quiso saber por mí muchas particularidades de la entrada de los franceses en Madrid, de la defeccion de La Bisbal en Somosierra y de la derrota de Plasencia en Despeñaperros. Yo contesté á todo, cuidando de la brevedad más que de otra cosa, y fingiéndome ignorante de varios hechos que sabia perfectamente; pero ninguna de estas estratajemas me valia, porque Fernando VII, que en el preguntar habia sido siempre absoluto, no se hartaba nunca de oir contar cada paso del ejército francés; y como además de mis palabras, le recreaba bastante, como he dicho en otra ocasion, la boca que las decia, de aquí que no lle-

vara camino de saciar en muchas horas la curiosidad de su entendimiento y la concupiscencia de sus voraces ojos.

—¡Ay! ¡qué felices son las repúblicas!—pensé.—Al ménos, en ellas no hay Reyes pesados y preguntones que quieran saber noticias de la guerra á costa de la felicidad de sus súbditos.

Yo le miraba haciendo esfuerzos heróicos para disimular mi descontento. Al responderle, decia en mi interior:

—Me alegraria de que te encerraran en una jaula como loco rematado.

Él entonces, sin indicios de conocer mi cansancio, hablóme así con cierto tono de confianza:

—Se empeñan en que me han de llevar á Cádiz, y yo me empeño en no salir de Sevilla. Veremos si se atreven á llevarme á la fuerza ó si yo cedo al fin.

—No se atreverán, señor.

—Ellos saben—continuó,—que en Cádiz hay una terrible epidemia; pero eso no les importa. ¡A Cádiz de cabeza! ¿Nada importa, señores diputados, que yo y toda la real familia nos expongamos á perecer?.... Veremos lo que decide el Consejo.....

—Decidirá lo más conveniente.

—Yo les digo á esos señores: ¿Creen ustedes posible resistir á los franceses? No. Pues si al fin se ha de capitular, ¿no es mejor hacerlo en Sevilla?

—Admirable raciocinio, señor.

—Nada, á Cádiz, á Cádiz, y entretanto ni coches para el viaje, ni recursos.....

Parecia mortificado por dos ó tres ideas fijas que agitadamente se sucedian en su mente y se enlazaban formando esa dolorosa série de vibrantes círculos cerebrales, que si no producen la locura la imitan. Me fué preciso en vista de tanta pesadez, fingirme enferma y pedirle permiso para retirarme. Él entonces, ¡oh fiero y descomunal tirano! se empeñó en que me quedase en el Alcázar, donde se me prepararia habitacion conveniente.

—Te comprendo, déspota,—dije para mí sofocando mi cólera.

No habia más remedio que ser huraña y descortés, rehusando los obsequios y tapando mis oidos á preguntillas que empezaban á dejar de ser políticas. Al retirarme, Su Majestad me dijo:

—No saldré de Sevilla, no saldré..... Veremos si se atreven.

—No se atreverán, señor,—le respondí.—Vuestra Majestad podrá, con una firme voluntad,

desbaratar las maquinaciones de los pérfidos.

Estas vulgaridades palaciegas le agradaban. Le dejé entregado á sus febriles inquietudes y corrí á calmar las mias. Por el camino iba contando el tiempo trascurrido, que me parecia largo, como todo lo que precede á la felicidad que se espera. Llegué á mi casa, subí precipitadamente, creyendo que él saldria á recibirme con los brazos abiertos; pero en mis habitaciones hallé un silencio y un vacío tristísimos..... No estaba. Mi primer impulso fué de ira contra él por la audacia inaudita, por la infame crueldad de no estar allí; pero luego tornáronse contra el Rey mis furores, cuando Mariana, mi ñel criada, me dijo que el caballero se habia cansado de esperar.

—¿Luego ha estado aquí?

—Sí señora; ha estado más de hora y media. No haria diez minutos que usted habia salido cuando entró.....

—¿Y no dijo que volveria?

—No dijo nada más sino que tenia que ir á las Córtes.

—Yo tambien tengo que ir á las Córtes—dije sintiéndome como una máquina loca que mueve á la vez con precipitada carrera todas sus ruedas.—Vamos, vístete, Mariana, que no quiero perder esa gran sesion.

Por no ir sola, yo llevaba siempre conmigo á mi leal criada, vestida de señora, imitando en esto la usanza francesa de las *señoritas de compañía*. Esto era sumamente cómodo para mí, porque me libraba de la necesidad de admitir en muchos casos la compañía de hombres importunos ó antipáticos. En poco tiempo, haciendo yo de sirviente y Mariana de señora, quedó vestida, no tan bien que se desconociese su inferioridad con respecto á mí; pero con suficiente elegancia para poder ir al lado mio. Muchos la creian hermana soltera ó parienta pobre.

XXIV

Fuimos á las Córtes, que estaban en San Hermenegildo, en la calle de La Palma, frente á San Miguel. Difícil hallamos la entrada á causa de la mucha gente que llenaba la calle agolpándose á las puertas del edificio como las apiñadas lapas en la roca. Mujeres ménos resueltas que nosotras habrian vuelto la espalda; pero Mariana y yo sabíamos romper las cortezas de vulgo y al fin nos abrimos paso, y en-

trando con desenfado y pié ligero subimos á la galería. Desde antes de entrar en ella oimos la voz de un orador que resonaba en medio del más imponente silencio.

Mucho hubimos de bregar para encontrar asiento, pero al fin pidiendo mil veces perdon y oyendo murmullos de descontento á un lado y otro logramos acomodarnos. Mi primer cuidado no fué atender á lo que aquel gran orador decia; cosas sin duda altamente dignas de aplauso; mi primer cuidado fué registrar con los ojos toda la galería reservada por ver si estaba allí quien me cautivaba más que todos los discursos. Pero ni á derecha ni á izquierda, ni delante ni detrás le ví, con lo cual la gran pieza oratoria que se estaba pronunciando empezó á serme muy fastidiosa.

—¿Quién habla?—pregunté á una señora vieja que estaba junto á mí.

—Alcalá Galiano, el gran orador—repuso en tono de extrañeza por mi ignorancia.

—¿Y de qué habla?—pregunté sin temor á que la señora vieja me creyera cerril.

—¿De qué ha de hablar? Del suceso del dia.

La señora volvió el rostro hácia el salon demostrando más interés por el discurso que por mis preguntas. Yo no quise molestar más, y traté de atender tambien. El orador hablaba

de la pátria, del inminente peligro de la pátria, y de la salvacion de la pátria y de la gloria de la pátria. Es el gran tema de todos los oradores, incluso los buenos. No he conocido á ningun político que no estropeara la palabra patriotismo hasta dejarla inservible, y en esto se me parecen á los malos poetas, que al nombrar constantemente en sus versos la inspiracion, la lira, el estro, la musa ardiente, la fantasía, hablan de lo que no conocen.

Alcalá Galiano era tan feo y tan elocuente como Mirabeau. Su figura, bien poco académica y su cara no semejante á la de Antinoo, se embellecian con la virtud de un talisman prodigioso, la palabra. Le pasaba lo contrario que á muchas personas de admirable hermosura, las cuales se vuelven feas desde que abren la boca. Aquel dia el jóven diputado andaluz habia tomado por su cuenta el llevar adelante la hazaña más revolucionaria que registran nuestros anales.

Los españoles sentian la comezon de destronar algo, y el afan de probar la embriaguez revolucionaria que sin duda embelesa á los pueblos de Occidente como á los chinos el ópio, y dijeron: «hagamos temblar á los Reyes, pues que ha llegado la hora de que los Reyes tiemblen delante del pueblo.....» Mas era aquí la

gente demasiado buena para hacer una calavera-da sangrienta. En otra parte al ver al Rey sistemáticamente contrario á la Representacion nacional, le hubieran cortado la cabeza; aquí le privaron del uso de la razon temporalmente, diciendo: «Señor, vuestro deseo de esperar aquí á los franceses nos prueba que estais loco. Con arreglo á la Constitucion declaramos que sois digno de un manicomio y de perder la autoridad real. Vámonos á Cádiz, y cuando estemos allí, os adornaremos de nuevo con vuestra cabal razon, y seguiremos partiendo un confite como hasta aquí.»

Admirable recurso habria sido este á mi parecer, desde el punto de vista liberal, teniendo un gran ejército para reforzar el argumento en los campos de batalla. Sin fuerza, aquel hecho probaba que los diputados estaban más locos que el Rey, y así se lo dije al marqués de Falfan de los Godos. Con esto se comprende que el Marqués habia entrado en la galería, colocándose detrás de mí. Él ponia mucha más atencion que yo al discurso y aun á los rumores que sonaban arriba y abajo.

—Han llenado de gentuza la tribuna pública—me dijo en voz baja,—para que aplauda las atrocidades que habla ese hombre.

No sé si era ó no gente pagada, pero es lo

cierto que á cada párrafo coruscante, terminado en la *salvacion de la pátria* ó en *el afrentoso yugo de esta Nacion heróica*, la galería pública mugía como una tempestad cercana. ¡Qué rugidos, qué gestos de bárbaro entusiasmo, qué manera de apostrofar! Algunas señoras tuvieron miedo y se retiraron, lo cual me agradó en extremo, porque la tribuna se quedó muy holgada.

—¿Piensa usted seguir hasta el fin?—me dijo el marqués de Falfan endulzando su mirada hasta un extremo empalagoso.

—Estaré algun tiempo más—le dije.—No me he cansado todavia.

Y miraba á diestra y siniestra esperando verle y no viéndole nunca. Los que me conocen comprenderán mi aburrimiento y pena. No hay tormento peor que tener ocupada la mente por una idea fija que no puede ser desechada. Es una espina clavada en el cerebro, una acerada punta que hiere, y que sin embargo no se puede ni se quiere arrancar. Yo procuraba distraerme de aquel á manera de dolor agudísimo, charlando con Falfan; pero no conseguí nada. La locura del Rey, declarada por una votacion que iba á verificarse, la exaltacion revolucionaria de los diputados, la elocuencia fascinadora de Galiano, no bastaban á dar otra direccion á las fuerzas de mi espíritu.

—¿Y usted qué cree?—me preguntó el Marqués.

—Yo no creo nada—repuse con el mayor hastío.—Si he de hablar con franqueza, nada de esto me importa gran cosa.

—¡Que declaren loco á Su Majestad!....

—Lo mismo que si lo declararan cuerdo..... Yo soy así..... Parece que se cansan—añadí —reparando que se suspendian los discursos.

—Es que ahora vá una comision de las Córtes al Alcázar á intimar al Rey. Si no se resigna á salir.....

—¿Habrá más discursos?

—Las Córtes están en sesion permanente. Despues vendrá lo más interesante, lo más dramático; yo no pienso moverme de aquí.

—Su Majestad ha de responder que no sale de Sevilla. Me lo ha dicho esta mañana, y aunque no tengo gran fé en su palabra, me parece que por esta vez vá á cumplir lo que dice.

—Lo mismo creo, señora. En ese caso, las Córtes, despues de este respiro que ahora se dan, están dispuestas á poner en ejecucion el artículo 187 de la Constitucion.....

—¿Y qué dice ese artículo?

En el momento de formular esta pregunta me extremecí toda, y me pasó por delante de

los ojos una claridad relampagueante. Le ví: habia entrado en la tribuna inmediata y volvia sus ojos en todas direcciones como buscándome. Desde aquel instante las palabras del Marqués no fueron para mí sino un zumbido de moscardon..... Por fin sus ojos se encontraron con los mios.

—¡Gracias á Dios!—le dije,—empleando tan solo el lenguaje de las pupilas.

El Marqués seguia hablando. Para que no descubriese mi turbacion, ni se enojase al verme tan distraida, le pregunté de nuevo:

—¿Y qué dice ese artículo?

—Si se lo he explicado á usted—repuso.—Sin duda no me presta atencion. Es usted muy distraida.

—¡Ah! si..... estaba pensando en ese pobre Fernando.

—El mejor procedimiento, á mi modo de ver—manifestó Falfan de los Godos gravemente,—seria.....

—¡Que le cortaran la cabeza!—indiqué mostrándome, sin cuidarme de ello, tan revolucionaria como Robespierre.

—¡Qué cosas tiene usted!—exclamó el Marqués riendo.

Y siguió hablándome, hablándome, es decir, zumbando como un abejorro. Pasados diez

minutos, creí conveniente dirigirle otra vez la palabra y repetí mi preguntilla.

—¿Y qué dice ese artículo?

—Por tercera vez se lo diré á usted.

Entonces me fué forzoso dedicarle un pedacito de atencion.

—El artículo 187 dice poco más ó ménos que cuando se considere á Su Majestad imposibilitado moralmente para ejercer las funciones del poder ejecutivo, se nombre una Regencia.....

—¿Como la de Urgel?

—Una Regencia constitucional, señora, que desempeñe aquellas funciones.....

—¡Oh! señor Marqués, en todo soy de la misma opinion de usted—exclamé con artificiosa admiracion.—En pocos hombres he visto un juicio tan claro para hacerse cargo de los sucesos.

Miré á Salvador. Parecióme que con los expresivos ojos me decia: «Salgamos.» Y al mismo tiempo salia.

—Yo me retiro, señor Marqués,—dije de improviso levantándome.

—Señora: ¡se marcha usted en el momento crítico!—exclamó con asombro y pena.—Se van á reanudar estas interesantes discusiones. ¡Qué discursos vamos á oir!

—Estoy fatigada. Hace mucho calor.

—Sin embargo.....

Mientras en el salon resonaba un rumor sordo como el anunció de furibunda tempestad parlamentaria, Mariana y yo nos dispusimos á salir; pero en el mismo instante, ¡oh contrariedad imprevista! multitud de caballeros y señoras entraron en la tribuna. Eran los que habian salido durante el período de descanso, que regresaban á su puesto para disfrutar de la parte dramática de la sesion. Además, numeroso gentío recien venido se apiñaba en la puerta. No era posible salir.

—Señora—me dijo el Marqués,—ya ve usted que no es fácil la salida. No pierda usted su asiento. Esto acabará pronto.

No tuve más remedio que quedarme. Caí en mi asiento como un reo en su banquillo de muerte. Lo que principalmente me apenaba era que entre la multitud habia desaparecido el que bastaba á alegrar ó entristecer mi situacion. En la muralla de rostros humanos, ávidos de curiosidad, no estaba su rostro ni otro ninguno que se le pareciese.

—Sin duda me aguarda fuera—pensé.—¡Qué desesperacion! ¡Cuándo acabará esta farsa!....

XXV

—La comision que fué con el mensaje á Palacio—dijo el Marqués alargando su rostro para abarcar con una mirada todo el salon,—ha vuelto y vá á manifestar la respuesta de Su Majestad.

—Que le maten de una vez—indiqué en voz baja.—¿Dice usted, señor Marqués, que esto acabará pronto?

—Quizás no. Me parece que tendremos para un rato. Cosas tan graves no se despachan en un credo.

Pensé que se me caia el cielo encima. El profundo silencio que reinó durante un rato en aquel recinto, obligóme á atender brevemente á lo que allá abajo pasaba. Un diputado en quien reconocí al almirante Valdés, tomó la palabra.

Pudimos oir claramente las palabras del marino al decir:—«Manifesté á Su Majestad «que su conciencia quedaba salva, pues aunque «como hombre podia errar, como Rey constitucional no tenia responsabilidad alguna; que «escuchase la voz de sus consejeros y de los re-

»presentantes del pueblo, á quienes incumbia »la salvacion de la pátria.—Su Majestad res»pondió: *He dicho*, y volvió la espalda.»

Cuando estas últimas palabras resonaron en el salon, un rumor de olas agitadas se oyó en las tribunas, olas de patriótico frenesí que fueron encrespándose y mugiendo poco á poco hasta llegar á un estruendo intolerable.

—Todos esos que gritan están pagados—me dijo el Marqués.

Entonces miré hácia atrás, pues no podia vencer el hábito adquirido de explorar á cada instante la muchedumbre, y le ví. Estaba en la postrera fila: apenas se distinguia su rostro.

—¡Ah!—exclamé para mí con gozo.—¡No me has abandonado! Gracias, querido amigo.

Advertí que desde el apartado sitio donde se encontraba atendia á la sesion con toda su alma. Mi pensamiento debia estar donde estaba el suyo, y atendí tambien. Segura de tenerle cerca; segura de que fiel y cariñoso me aguardaba, pude tranquilamente fijar mi espíritu en aquella turbulenta parte de la sesion, y en el orador que hablaba. Era otra vez Galiano. Su discurso que en otra ocasion me habria fastidiado, entonces me pareció elocuente y arrebatador.

¡Qué modo de hablar, qué elegancia de fra-

se, qué fuerza de pensamiento y de estilo, qué ademan tan vigoroso, qué voz tan conmovedora! Siendo mis ideas tan contrarias á las suyas entonces, no pude resistir al deseo de aplaudirle, enojando mucho al Marqués con mi llamarada de entusiasmo.

—¡Oh! señor Marqués—le dije.—¡Qué lástima que este hombre no hable mal! ¡Cuánto creceria el prestigio del realismo, si sus enemigos carecieran de talento!....

Los argumentos del orador eran incontestables dentro de la situacion y del artículo 187 que se queria aplicar. «No queriendo Su Majestad, decia, ponerse en salvo, y pareciendo á primera vista que Su Majestad quiere ser presa de los enemigos de la pátria, Su Majestad no puede estar en el pleno uso de su razon. «Es preciso, pues, considerarle en un estado de delirio momentáneo, en una especie de letargo pasajero.....»

Estas palabras compendiaban todo el plan de las Córtes. Un Rey constitucional que quiere entregarse al extranjero está forzosamente loco. La Nacion lo declara así y se pasa sin Rey durante el tiempo que necesita para obrar con libertad. ¡Singular decapitacion aquella! Hay distintas maneras de cortar la cabeza, y es forzoso confesar que la adoptada

por los liberales españoles tiene cierta grandeza moral y filosófica digna de admiracion. «Antes que arrancar de los hombros una cabeza que no se puede volver á poner en ellos, dijeron, arranquémosle el juicio, y tomándonos la autoridad real, la persona jurídica, podremos devolverlas cuando no nos hagan falta.»

Yo miraba á cada rato á mi adorado amigo, y con los ojos le decia:

—¿Qué piensas tú de estos enredos? Luego hablaremos y se ajustarán las cuentas, caballerito.

No duró mucho el discurso de Galiano, porque aquello era como lo muy bueno, corto, y habian llegado los momentos en que la economía de palabras era una gran necesidad. Cuando concluyó, las tribunas prorrumpieron en locos aplausos. Entre las palmadas, semejantes por su horrible chasquido á una lluvia de piedras, se oian estas voces: «¡A nombrar la Regencia, á nombrar la Regencia!»

—Señora,—me dijo el Marqués horrorizado, —estamos en la Convencion francesa. Oiga usted esos gritos salvajes, esa coaccion bestial de la gente de las galerías.

—Van á nombrar la Regencia.

—Antes votarán la proposicion de Galiano. ¡Atentado sacrílego, señora! Me parece que asis-

to á la votacion de la muerte de Luis XVI.

—¡Qué exajeracion!

—Señora—añadió con solemne acento.—Estamos presenciando un regicidio.

Yo me eché á reir. El marqués de Falfan, enfureciéndose por el regicidio que se perpetraba á sus ojos, é increpando en voz baja á la plebe de las galerías, era soberanamente ridículo.

—Lo que más me indigna—exclamó pálido de ira,—es que no dejen hablar á los que opinan que Su Majestad no debe ser destronado.

En efecto: con los gritos de *¡fuera! ¡que se calle! ¡á votar!* ahogaban la voz de los pocos que abrazaron la causa del Rey. La Presidencia y la mayoría, interesadas en que las tribunas gritasen, no ponian veto á las demostraciones. Veíase al alborotado público agitando sus cien cabezas y vociferando con sus cien bocas. En la primera fila los brazos gesticulaban señalando ó amenazando, ó golpeaban el antepecho con las bárbaras manos que más bien parecian patas. Muchas señoras de la tribuna reservada se acobardaron y dióse principio al solemne acto de los desmayos. Esto fué circunstancia feliz, porque la tribuna empezó á despejarse un poco, haciendo ménos difícil la salida.

—Señor Marqués—dije tomando la resolu-

cion de marcharme.—Me parece que es bastante ya.

—¿Se vá usted? Si falta lo mejor, señora.

—Para mí lo mejor está fuera. Aquí no se respira. Adios.

—Que van á votar. Que vamos á ver quiénes son los que se atreven á sancionar con su nombre este horrible atentado.

—Ahí tiene usted una cosa que á mí no me importa mucho. ¿Qué quiere usted? yo soy así. Dormiré muy bien esta noche sin saber los nombres de los que dicen sí.

—Pues yo no me voy sin saberlo. Quiero ver hasta lo último; quiero ver remachar los clavos con que la Monarquía acaba de ser crucificada.

—Pues que le aproveche á usted, señor Marqués..... Veo que ya se puede salir. Adios, tantas cosas á la Marquesa. Ya sabe que la quiero mucho.

No hice muy larga la despedida por temor á que tuviese la deplorable ocurrencia de acompañarme. Salí. ¡Ay! aquella libertad me supo á gloria. ¡Con qué placentero desahogo respiraba! Al fin iba á satisfacer mi deseo, la sed de mis ojos y de mi alma, que há tiempo no vivian sino á medias. Desde que salí á los pasillos le ví allá lejos esperándome. Hízome una

seña y ambos procuramos acercarnos el uno al otro, cortando el apretado gentío que salia. Pero cuando estaba á seis pasos de él, sentí detrás de mí la áspera voz del marqués de Falfan, la cual me hizo el efecto de un latigazo. Volvíme y ví su sonrisa y sus engomados bigotes que yo creia haber perdido de vista por muchos dias.

—Señora, no se me escape usted—me dijo, ofreciéndome su brazo.—He salido porque la votacion no es nominal. Esos pícaros han votado levantándose de su asiento..... ¡qué escándalo!.... ¡Votar así un acuerdo tan grave!.... ¡Tienen vergüenza y miedo!.... ya se ve .... Tome usted mi brazo, señora.

La importuna presencia del estafermo me dejó fria. No tuve otro remedio que apoyar mi mano en su brazo y salir con él. Frente á nosotros ví á Salvador, que me pareció no ménos contrariado que yo.

—Querido Monsalud—le dijo el Marqués, —¿ha visto usted la sesion? ¡Gran escena de teatro! Me parece que correrá sangre.

No recuerdo lo que ambos hablaron mientras bajamos á la calle. Me daban ganas de desasirme del brazo del Marqués, y empujarle con todas mis fuerzas para que fuera rodando por la escalera abajo, que era bastante pendiente.

Pero me fué forzoso tener paciencia y esperar, fiando en que el insoportable intruso nos dejaria solos al llegar á la calle. ¡Vana ilusion! Sin duda se habian conjurado contra mí todas las potencias infernales. El marqués de Falfan, empleando su relamido tono, que á mí me sonaba á esquilon rajado, me dijo:

—Ahora, dígnese usted aceptar mi coche y la llevaré á su casa.

—Si yo no voy á mi casa—repuse vivamente.—Voy á visitar á una amiga..... ó quizás como ya es tarde y no hace calor, daremos Mariana y yo un paseo.

—Bien, á donde quiera que usted vaya la acompañaré—dijo el Marqués con la inexorable resolucion de un hado funesto.—Y usted, Salvador, ¿á dónde vá?

—Tengo que ver á un amigo junto á San Telmo.

—Entonces no digo nada. Si vá usted en esa direccion no puedo llevarle. Y usted, Genara, ¿á dónde quiere que la lleve?

—Mil gracias, un millon de gracias, señor Marqués—repuse.—El movimiento del coche me marea un poco. Me duele la cabeza y necesito respirar libremente y hacer algo de ejercicio. Mariana y yo nos iremos á dar una vuelta por la orilla del rio.

Bien sabia yo que el señor Marqués no gustaba de pasear á pié y que en aquellos dias estaba medianamente gotoso. Yo no queria que de ningun modo sospechase Falfan que Salvador y yo necesitábamos estar solos. Al indicar yo que iria á pasear por la orilla del rio, claramente decia á mi amado:—Vé allá y espérame, que voy corriendo, luego que me sacuda este abejon.

Comprendiéndome al instante, por la costumbre que tenia de estudiar sus lecciones en el hermoso libro de mis ojos, se despidió. Bien claro leí yo tambien en los suyos esta respuesta:—«Allá te espero: no tardes.»

Luego que nos quedamos solos, el Marqués reiteró sus ofrecimientos. Parecia que no rodaba en el mundo más carruaje que el suyo segun la oficiosidad con que lo ponia á mi disposicion.

—La tarde está hermosa. Deseo pasear un poco á pié, repetí, como quien ahuyenta una mosca.

—Pues entonces—me contestó estrechándome la mano,—no quiero alejarme de aquí: aún debe pasar algo importante. A los piés de usted, señora.

Al fin..... al fin me dejó aquel gavilan de sus impías garras..... Mariana y yo nos dirigi-

mos apresuradamente á la márgen del Guadalquivir.

—¡Ahora sí que no te me escapas, amor!—pensaba yo.

XXVI

Cuán largo me pareció el camino. Mariana y yo íbamos con más prisa de la que á dos señoras como nosotras convenia. Pero aun conociendo que parecíamos gente de poco más ó ménos, cuando ví la Torre del Oro, los palos de los barcos y los árboles que adornan la orilla, avivé más el paso. No faltaba gente en aquellos deliciosos sitios; mas esto me importaba poco.

—Vamos hácia San Telmo—dije á Mariana.—Creo que es aquel edificio que se ve más abajo entre los árboles.

—Aquel es.

—Mira tú hácia la izquierda y yo miraré hácia adelante para que no se nos escape. Dijo que me esperaria en San Telmo.

—Ya le veo, señora. Allí está.

Mariana le distinguió á regular distancia y

yo tambien le ví. Me aguardaba puntualmente.

—¡Ah! bribon, ya eres mio—pensé, deteniendo el paso, segura al fin de que no se me escaparia.

Él miraba hácia la puerta de Jerez, como si nos aguardara por allí. Avanzamos Mariana y yo, dando un pequeño rodeo para acercarnos á él por detrás, y sorprenderle, sacudiéndole el polvo de los hombros con nuestros abanicos. Yo sonreia.

Distábamos de él unos diez pasos, cuando sentí que me llamaban.

—¡Genara, Genara!—oí detrás de mí, sin poder precisar en el primer instante á quién pertenecia aquella horrible é importuna voz.

Volvíme y el coraje me clavó los piés en el suelo. Era el marqués de Falfan de los Godos, que venia hácia mí sonriendo y cojeando. Tan confundida estaba que no le pude decir nada ni contestar á sus empalagosos cumplidos.

—Vaya que ha corrido usted, amiguita—me dijo.—Yo acabo de llegar en coche..... Es que en el momento de separarnos se me ocurrió una cosa.....

—¿Qué cosa?

—Padecí un gran olvido—dijo relamiéndose.—Dispénseme usted. Como usted dijo que venia á pasear á este sitio.....

—¿Y qué?.... ¿qué?.... ¿qué?....

Segun me dijo despues Mariana, yo echaba fuego por los ojos.

—Que olvidé ofrecerme á usted para una cosa que sin duda le será muy agradable.

—Señor Marqués, usted se burla de mí.

—¡Burlarme! No, hija mia: al punto que nos separamos, dije para mí: «¡Qué desatento he sido!» Puesto que vá al rio debí brindarme á acompañarla para ver el vapor y mostrarle ese prodigio de la industria del hombre.

—¡Usted está loco, sin duda!—afirmé ocultando todo lo posible mi despecho;—¿qué es eso del vapor? No entiendo una palabra.

—¡El vapor, señora! Es lo que más llama la atencion de toda Sevilla en estos dias.

—¿Y qué me importa?—dije bruscamente siguiendo mi camino.

—Dispénseme usted si la he ofendido—añadió el Marqués siguiéndome;—pero como venia usted á pasear al rio, y como yo tengo entrada libre siempre que quiero en esa prodigiosa máquina, creí que la complaceria á usted apresurándome á mostrársela.

—¿Qué máquina es esa?—le pregunté deteniéndome.

Al decir esto habia perdido de vista al iman de mi vida.

—Mire usted hácia allá junto á la Torre del Oro.

Miré, y en efecto ví un buque de forma extraña, con una gran chimenea que arrojaba negro y espeso humo. Sus palos eran pequeños y sobre el casco sobresalia una armazon bastante parecida á una balanza.

—¿Qué es eso?—pregunté al Marqués.

—El vapor, una invencion maravillosa, señora. Esos ingleses son el demonio. Ya sabe usted que hay unas máquinas que llaman de vapor, porque se mueven por medio de cierto humo blanquecino que vá enredando de tubo en tubo.....

—Ya sé.....

—Pues los ingleses han aplicado esta máquina á la navegacion, y ahí tiene usted un barco con ruedas que corre más que el viento y contra el viento. Esto cambiará la faz del mundo. Yo lo he predicho y no me equivocaré.

Mirando hácia la máquina prodigiosa, ví á Salvador que se dirigia hácia la Torre del Oro. Veámoslo de cerca, señor Marqués—dije marchando hácia allá.—Verdaderamente, ese barco con ruedas es una maravilla.

—Creo que ahora vá á dar un par de vueltas por el rio, para que lo vean Sus Altezas Rea-

les que están, si no me engaño, en la Torre del Oro.

—Corramos.

—¡Vá toda la gente hácia allá! Descuide usted, podremos entrar si usted quiere. El capitan es muy amigo mio y los consignatarios son mis banqueros.

—¿De quién es esa máquina?

—De una sociedad inglesa. De veras hubiera sentido mucho no mostrársela á usted esta tarde. Cuando me acordé, faltábame tiempo para acudir á reparar mi grosería.

—Gracias, señor Marqués.

Dejé de ver entonces la luz de mi vida. Mi corazon se llenó de angustia.

—Yo estaba seguro de agradar á usted,—me dijo Falfan.—Es un asombro ese buque.

—Un asombro, sí: apresuremos el paso.

—Si no se nos ha de marchar.

—¡Que se nos pierde de vista, que se nos vá!—exclamé yo sin saber lo que decia.

—Señora, si está anclado..... Podemos verlo con toda calma.

Nos acercamos á la Torre del Oro, junto á la cual estaba la nave maravillosa. Tenia dos ruedas como las de un batan, resguardadas por grandes cajones de madera pintados de blanco, con chimenea negra y alta en cuyo centro es-

taba la máquina, toda grasienta y ahumada como una cocina de hierro, y el resto no ofrecia nada de particular. De sus entrañas negras salia una especie de aliento ardoroso y retumbante, cuyo vaho causaba vértigos. De repente daba unos silbos tan fuertes que era preciso taparse los oidos. En verdad aquella máquina infundia miedo. Yo no lo tuve porque no podia fijar en ella resueltamente la atencion.

—¿Se atreve usted á entrar?—me dijo el Marqués.

Yo miré á todos lados y ví reaparecer á mi amor perdido, saliendo de entre la muchedumbre, como el sol de entre las nubes.

—No señor, yo me mareo sólo de ver un barco—respondí á Falfan.—Estoy satisfecha con admirar desde fuera esta hermosa invencion, y le doy á usted las gracias.

Yo hubiera dado no sé qué porque el vapor echase á andar hácia la eternidad llevándose dentro al marqués de Falfan de los Godos.

—¡Oh!—exclamó él,—embarquémonos. Yo le garantizo á usted que no se marea. Daremos un paseo hasta Asnalfarache. Vea usted cuántas personas entran.

—Pues yo no me decido. Pero no se prive usted por mí del gusto de embarcarse. Adentro, señor Marqués. Yo me voy á mi casa.

—¡Ah! no consiento yo que usted vaya sola á su casa—dijo con una galantería cruel que me asesinaba.—Yo la acompañaré.

—Gracias, gracias..... no necesito compañía.

—Es que yo no puedo permitir.....

De buena gana habria cogido al Marqués por el pescuezo como se coje á un pollo destinado á la cazuela, y le hubiera estrangulado con mis propias manos; tal era mi rábia!

—Al ménos—añadió,—ya que lo hemos visto por la popa, vamos á verlo tambien por la proa.

Al decir esto el Marqués dirigió sus miradas hácia la Maestranza, y sus ideas variaron de súbito.

—Vamos: por allí viene mi señora esposa—dijo señalando.—¿La ve usted? Por último se ha atrevido á salir á paseo, aunque no está bien de salud.

Miré y ví á la marquesa de Falfan que venia con otra señora. Tambien ellas, atraidas por la curiosidad, se dirigian hácia la Torre del Oro.

—Aguardemos aquí—me dijo el Marqués sonriendo.—Veremos si pasa sin notar que estamos aquí.

La Marquesa y su amiga estaban ya cerca de nosotros cuando Salvador pasó junto á ellas,

se detuvo, las saludó y continuó andando á su lado. Nos reunimos los cinco.

—¿Tambien tú vienes á ver el vapor?—exclamó Falfan riendo.—Ya te dije que era una maravilla. ¿Y usted, Sra. D.ª María Antonia, tambien viene á ver el vaporcito?.... Y usted Salvador no quiere ser ménos. El que desee entrar que lo diga, y nos embarcaremos.

—¿Yo?....—dijo la Marquesa despues de saludarme.—Tengo miedo. Dicen que revienta la caldera cuando ménos se piensa.

—¿De modo que eso tiene una caldera como las fábricas de jabon?—preguntó D.ª María Antonia llevando á sus ojos el lente que usaba.

—¿Entran ustedes, sí ó no?—dijo el Marqués empeñado siempre en reclutar gente.

—Yo no entraré,—repuso la Marquesa con desden:—me mareo solo de ver ese horrible aparato. Además, tengo que hacer.

—¿A dónde vas ahora?—preguntó Falfan de mal talante.

—A las tiendas de la calle de Francos. Ya sabes que necesito comprar varias cosas.

—Pero si no has paseado aún.....

—¿Que no? Sra. D.ª María Antonia, dice que no hemos paseado..... Si hace más de hora y media que estamos aquí dando vueltas. Ya nos

íbamos cuando te vimos, y volví atrás para rogarte que nos acompañes.

—¡Yo!—indicó el Marqués con mucho disgusto.—Ya sabes que no me agrada ir á tiendas.

—Y á mí no me gusta ir sola.

—D.ª María Antonia.....

—Es señora, y para ir á las tiendas conviene la compañía de un caballero. Mira, hijito, no te apures por eso, Salvador nos acompañará.

—Con mil amores—dijo mi amigo inclinándose.—Tengo mucho honor en ello.

Cuando allí mismo no abofeteé á mi amante, á la Marquesa, al Marqués, á D.ª María Antonia y á mí misma, de seguro queda demostrado que soy una oveja por lo humilde.

—Sí, amigo Monsalud,—manifestó Falfan.—acompáñelas usted, se lo suplico. Genara y yo nos embarcaremos.

¡Se marcharon! ¡Ay! no sé cómo lo escribo. Se marcharon sin que yo les extrangulase. Dentro de mí habia un volcan mal sofocado por mi disimulo. El Marqués me hablaba sin que yo pudiese responderle, porque estaba furiosamente absorta y embrutecida por el despecho que llenaba mi alma.

—Nos embarcaremos—me dijo Falfan rela-

miéndose como un gato á quien ponen plato de gusto.

—¡Ah! señor Marqués—dije de improviso apoderándome de una idea feliz.—Ahora me acuerdo de una cosa..... ¡qué memoria la mia!

—¿Qué, señora?

—Que yo tambien tengo que comprar algunas cosillas. ¿No es verdad, Mariana?

—¿De modo que vá usted....?

—Sí señor, ahora mismo..... Son cosas que necesito esta misma noche.

—¿Y hácia dónde piensa dirigirse usted?

—Hácia la calle de las Sierpes..... ó la de Francos. Son las únicas que conozco.

—Pues la acompañaré á usted.

Hizo señas á su cochero para que acercase el coche.

—Mi mujer—añadió,—se vá á enfadar conmigo porque no quise acompañarla y la acompaño á usted.

Yo no hice caso de sus cumplidos ni de sus escusas.

—Vamos, vamos pronto,—dije subiendo al coche.

Este nos dejó en la plaza de San Francisco. Nos dirigimos á las tiendas, recorrimos varias calles; pero ¡ay! estábamos dejados de la

mano de Dios. No les encontramos; no les vimos por ninguna parte.

En mi cerebro se fijaba con letras de fuego esta horrible pregunta: «¿á dónde irian?»

Cuando el Marqués me dejó en mi casa ya avanzada la noche, yo tenia calentura. Retiréme á pensar y á recordar y á formar proyectos para el dia siguiente; pero mi cerebro ardia como una lámpara; no pude dormir; hablaba á solas sin poder olvidar un solo momento el angustioso tema de mi vida en aquellos dias. Por último, mis nérvios se aplacaron un tanto, y me consolé pensando y hablando de este modo:

—¡Mañana, mañana no se me escapará!

XXVII

Al levantarme con la cabeza llena de brumas, pensé en la extraña ley de las casualidades que á veces gobiernan la vida. En aquella época creia yo aún en las casualidades, en la buena ó mala suerte y en el destino, fuerzas misteriosas que ciegamente, segun mi modo de ver, causaban nuestra felicidad ó nuestra desgracia. Despues han variado mucho mis

ideas y tengo poca fé en el dogma de las casualidades.

Mi cerebro estaba aquella mañana, como he dicho, cargado de neblinas. Pero el dia no podiá haber amanecido más hermoso, y para ser 12 de Junio en Andalucía, no era fuerte el calor. Sevilla sonreia convidando á las dulces pláticas amorosas, á las divagaciones de la imaginacion y á exhalar con suspiros los aromas del alma que van desprendiéndose y saliendo, ya gimiendo ya cantando entre vagas sensaciones que son á la manera de una pena deliciosa.

Pero yo continuaba con mi idea fija y la contrariedad que me atormentaba. A ratos deteníame á analizar aquel singular estado mio y me asombraba de verme tan dominada por un vano capricho. Es verdad que yo le amaba; pero ¿no habia sabido consolarme honradamente de su ausencia despues de Benabarre? ¿Por qué en Sevilla ponia tanto empeño en tenerle á mi lado? ¿Acaso no podia vivir sin él? Meditando en esto, me creia muy capaz de prescindir de él en la totalidad de la vida; pero en aquel caso mi corazon habia soltado muchas prendas, habíase fatigado mucho, habia, digámoslo así, adelantado gran parte de sus goces; de modo que padecia horriblemente al verse desairado. Aquel suplicio de Tántalo á que habia estado

sujeto, irritábale más, y ya se sabe que las ambiciones más ardientes son las del corazon, y que en él residen los caprichos y la terrible ley satánica que ordena desear más aquello que más resueltamente nos es negado. Así se explica la indecorosa persecucion de un hombre en que yo, sin poderme dominar, estaba empeñada.

Dije á Mariana que se preparase para salir conmigo. Mientras yo me peinaba y vestia, díjome que habia oido hablar de la partida de Su Majestad aquel mismo dia y que Sevilla estaba muy alborotada. Poco me interesaba este tema y la mandé callar; pero despues me contó cosas muy desagradables. En la noche anterior y por la mañana, dos diputados residentes en la misma casa y que traian entre manos la conquista de mi criada, le habian hecho con respecto á mí, indicaciones maliciosas. Segun me dijo, eran conocidas y comentadas mis relaciones con el secretario del duque del Parque. ¡Maldita sociedad! Nada en ella puede tenerse secreto. Es un sol que todo lo alumbra, y en vano intenta el amor hallar bajo él un poco de sombra. A donde quiera que se esconda vendrá á buscarle la impertinente claridad del mundo, de modo que por mucho que os acurruqueis, á lo mejor os veis inundada por los rayos de la

intrusa linterna que vá buscando faltas. El único remedio contra esto es arrojar mucha, muchísima luz sobre las debilidades ajenas, para que las propias resulten ligeramente oscurecidas. No sé por qué desde que Mariana vino á mí con aquellos chismes, me figuré que mi difamacion procedia de los lábios de la marquesa de Falfan.—¡Ah, bribona!—dije para mí,—si yo hablara.....

Las hablillas no me acobardaron. Siendo culpable, hice lo que corresponde á la inocencia, despreciar las murmuraciones.

Cuando manifesté á Mariana que pensaba ir á buscarle á su propia casa, me hizo algunas observaciones que me desagradaron, sin hacerme desistir de mi propósito.

—¿No averiguaste ayer la casa donde vive?

—Sí señora, en la calle del Oeste. Pero usted no repara que en la misma casa viven tambien otras personas de Madrid que conocen á a señora.....

Ninguna consideracion me detenia. Escribí una carta para dejarla en la casa si no le encontraba, y salimos. Mariana conocia á Sevilla, y pronto me llevó á la calle del Oeste, que está hácia la Alameda Vieja junto á la Inquisicion. Salvador no estaba. Dejé mi carta, y corrimos á casa porque al punto sospeché que

mientras yo le buscaba en su vivienda me buscaba él en la mia. Así me lo decia el corazon impaciente.

—Me aguardará de seguro—pensé.—Ahora, ahora sí que no se me escapa.

En mi casa no habia nadie; pero sí una esquela. Salvador estuvo á visitarme durante mi ausencia, y no pudiendo esperar á causa de sus muchas ocupaciones, dejóme tambien una carta en que así lo manifestaba, añadiendo entre expresiones cariñosas que por la tarde á las cuatro en punto me aguardaba en la catedral. Despues de indicar la conveniencia de no volver á mi casa, me suplicaba que no faltase á la cita en la gran basílica y en su hermoso patio de los naranjos. Tenia preparado un coche en la puerta de Jerez para irnos de paseo hácia Tablada.

—Gracias á Dios—exclamé.—Esta tarde.....

Tomando mis precauciones para que nadie me importunase y poder estar completamente libre en la hora de la cita, consagré algunas al descanso. Pero la ocasion no era la más á propósito, y á las tres ya estaba yo en la catedral. Era la hora del coro y los canónigos entraban uno tras otro por la puerta del Perdon. Algunos se detenian á echar un parrafito en el patio de los naranjos paseando junto al púlpito de San Vicente Ferrer.

Al verme dentro de la iglesia, la mayor que yo habia visto, sentí una violenta invasion de ideas religiosas en mi espíritu. ¡Maravilloso efecto del arte que consigue lo que no es dado alcanzar á veces ni aun á la misma religion! Yo miraba aquel recinto grandioso que me parecia una representacion del universo mundo. Aquel alto firmamento de piedra, así como las hacinadas palmas que lo sustentan y el eminente tabernáculo, que es cual una escala de santos que sube hasta Dios, dilataban mi alma haciéndola divagar por la esfera infinita. La suave oscuridad del templo hace que brillen más las ventanas, cuyas vidrieras parecen un fantástico muro de piedras preciosas. Las vagas manchas luminosas de azul y rosa que las ventanas arrojan sobre el suelo se me figuraban huellas de ángeles que habian huido al sentir nuestros pasos.

Mi mente se sentia abrumada de ideas. Sentéme en un banco porque sentia la necesidad de meditar. Delante de mis piés, á manera de alfombra de luces, se extendia la trasparencia de una ventana. Alzando los ojos veia las grandiosas bóvedas. Zumbaba en mis oidos el grave canto del coro, y á intérvalos una como chorretada de órgano, cuyas maravillosas armonías me hacian extremecer de emo-

cion, poniendo mis nérvios como alambres. A poca distancia de mí, á la izquierda, estaba la capilla de San Antonio toda llena de luces por ser 12 de Junio, víspera del santo, y de hermosos búcaros llenos de azucenas y rosas. Volviendo ligeramente la cabeza veia el cuadro de Murillo y su espléndido altar.

Yo pensaba en cosas religiosas; pero mi egoismo las asociaba al amoroso afan que me poseia. Pensaba en la santidad de la union sancionada por la Iglesia y de los lazos matrimoniales cuando son acertados. Consideraba lo feliz que hubiera sido yo no equivocándome como equivoqué, en la eleccion de marido. Tambien pasó por mi mente, aunque con mucha rapidez, el recuerdo de la infeliz jóven á quien con mis engaños precipité en los azares de un viaje absurdo; pero esto duró poco y además me apresuré á sofocar tan triste memoria, dirigiendo el pensamiento á otra cosa.

La imágen que tan cerca estaba atrajo mi atencion. Aquel santo tan bueno, tan humilde, tan buen compañero y amigo de los pobres es, segun dicen, el abogado de los amores y de los objetos perdidos. Ocurrióme rezarle y le recé con fervor de lábios y aun de corazon, porque en aquel instante me sentia piadosa. No solo le pedí como enamorada, sino como quien bus-

ca y no encuentra cosas de gran valor; y mientras más le rezaba, más me sentia encendida en devocion y llena de esperanza. Concluí adquiriendo la seguridad de que mi afan se calmaria aquella misma tarde; y juzgando que mi entrada en la catedral á causa de la cita era obra providencial, mi alma se alivió, y aquella tension dolorosa en que estaba fué cesando poco á poco.

¿Cómo no esperar si aquel santo era tan bueno, tan complaciente que mereció siempre el amor y la veneracion de todos los enamorados? No pude estar allí todo el tiempo que habria deseado porque me causaba vértigo el olor de las azucenas y tambien porque la hora de la cita se acercaba. Cuando salí al patio y en el momento de pasar bajo el cocodrilo que simboliza la prudencia, la alta campana de la Giralda dió las cuatro.

No habíamos llegado al púlpito de San Vicente Ferrer, cuando Mariana y yo nos miramos aterradas. Sentíamos un ruido semejante al de las olas del mar. Al mismo tiempo mucha gente entraba corriendo en el patio de los naranjos.

—¡Revolucion, señora, revolucion!—gritó Mariana temblando.—No salgamos.

La curiosidad, venciendo el miedo, me llevó

con más presteza hácia la puerta. Ví regular gentío que llenaba todo el sitio llamado Gradas de la Catedral, y parecia extenderse por delante del Palacio arzobispal y la Lonja hasta el Alcázar. Pero la actitud de la muchedumbre era pacífica y más parecia de curiosos que de alborotadores. Al punto comprendí que la salida de la Córte motivaba tal reunion de gente, y se calmaron mis súbitas inquietudes. Esperaba ver de un momento á otro á la persona por quien habia ido á la catedral, y mis ojos la buscaron entre la multitud.

—Aguardaremos un poco—pensé dando un suspiro.

La muchedumbre se agitó de repente, murmurando. Por entre ella trataba de abrirse paso un regimiento de caballería que apareció por la calle de Génova. Entrad la mano en un vaso lleno de agua y ésta se desbordará; introducid un regimiento de caballería en una calle llena de curiosos y vereis lo que pasa. Por la puerta del Perdon penetró un chorro que salpicaba dicharachos y apóstrofes andaluces contra la tropa, y tal era su ímpetu que los que allí estábamos tuvimos que retroceder hasta el centro del patio. Entonces un sacristan y un hombre forzudo y corpulento de esos que desempeñan en toda iglesia las bajas funcio-

nes del trasporte de altares, facistoles ó bancos, ó las altísimas de tocar las campanas y recorrer el tejado cuando hay goteras, se acercaron á la puerta y despues de arrojar fuera toda la gente que pudieron, cerraron con estruendo las pesadas maderas. Corrí á protestar contra un encierro que me parecia muy importuno; mas el sacristan alzando el dedo, arqueando las cejas y ahuecando la voz como si estuviera en el púlpito, dijo lacónicamente:

—De órden del señor Dean.

XXVIII

Mucho me irritó la órden del señor Dean, que sin duda no esperaba á una persona amada, y entré en la iglesia consolándome de aquel percance por la idea de que en edificio tan vasto no faltarian puertas por donde salir. Pasamos al otro lado; pero en la puerta que dá á la plaza de la Lonja, otro raton de iglesia me salió al encuentro despues de echar los pesados cerrojos, y tambien dijo:

—De órden del señor Dean.

—¡Malditos sean todos los deanes!—excla-

mé para mí, dirigiéndome á la puerta que dá á la fachada.—Allí, un viejo con gafas, sotana y sobrepelliz, se restregaba las manos gruñendo estas palabras:

—Ahora, ahora vá á ser ella. Señores liberales, nos veremos las caras.

Yo fuí derecha á levantar el picaporte; pero tambien aquella puerta estaba cerrada y el sacristan viejo al ver mi cólera que no podia contener, alzó los hombros disculpándose con la órden de la primera autoridad capitular. El de las gafas añadió:

—Hasta que no pase la gresca no se abrirán las puertas.

—¿Qué gresca?

—La que han armado con la salida del Rey loco. Mi opinion, señora, es que ahora vá á ser ella, porque hay un complot que no lo saben más de cuatro.

Volvió á restregarse las manos fuertemente, guiñando un ojo.

—¿Y á qué hora sale Su Majestad?

—A las seis, segun dicen; pero antes ha de correr la sangre por las calles de Sevilla como cuando la inundacion de hace veinte años, la cual fué tan atroz, señora, que por poco fondean los barcos dentro de la catedral.

—¡De modo que estaré encerrada aquí hasta

las seis!—exclamé llena de furor.—Esto no se puede sufrir, es un abuso, un escándalo. Me quejaré á las autoridades, al Rey.

—El Rey está loco—dijo el viejo con horrible ironía.

—Al Gobierno; me quejaré al Arzobispo. Ó me dejan salir ó gritaré dentro de la iglesia, reclamando mi derecho.

Discurrí con agitación indecible por la iglesia, nave arriba, nave abajo, saliendo de una capilla y entrando en otra, pasando del patio al templo y del templo al patio. Miraba á los negros muros buscando un resquicio por donde evadirme, y enfurecida contra el autor de órden tan inícua, me preguntaba para qué existian deanes en el mundo.

Los canónigos dejaban el coro y se reunian en su camarin, marchando de dos en dos ó de tres en tres, charlando sobre los graves sucesos. Los sochantres y el fagotista se dirigian piporro en mano á la capilla de música, y los inocentes y graciosos niños de coro, al ser puestos en libertad iban saltando, con gorjeos y risas, á jugar á la sombra de los naranjos.

Varias veces en las repetidas vueltas que dí por toda la iglesia, pasé por la capilla de San Antonio. Sin que pueda decir que me dominaban sentimientos de irreverencia, ello es que

mi compungida devocion al santo habia desaparecido. No le miré con aversion; pero sí con cierto enojo respetuoso, y en mi interior le decia:

—¿Es esto lo que yo tenia derecho á esperar? ¿Qué modo de tratar á los fieles es este?

Mi egoismo habia llegado al horrible extremo de pedir cuenta á la Divinidad de los desaires que me hacia. Irritábame contra el Cielo, porque no satisfacia mis caprichos.

Pero, ¡maldita hora! quien á mí me irritaba verdaderamente era el Dean tirano que mandaba encerrar á la gente porque se le antojaba. Desde que le ví salir del coro en compañía del Arcediano, moviéndose muy lentamente á causa del peso de su descomunal panza, le tuve por un realiston furibundo, sin que por esto me fuese ménos antipático. ¿Por qué habian cerrado las puertas? Por poner el sagrado recinto á salvo de una invasion plebeya, é impedir que el bullicio de los vivas y mueras turbase la santa paz de la casa de Dios. A pesar de su celo no pudo el señor Dean conseguirlo, y desde el patio oíamos claramente los gritos de la muchedumbre y el paso de la caballería. La Giralda cantó las cinco, cantó las seis, y aquella deplorable situacion no cambiaba ni las puertas se abrian, ni se desvanecia el ru-

mor del pueblo. Yo creo que si aquello se prolonga demasiado, me atrevo á decir dos palabras al buen canónigo encerrador. Por fin no era yo sola la impaciente: otras muchas personas, encerradas como yo, se quejaban igualmente, y todos nos dirigíamos en alarmante grupo al sacritan; pero sin conseguir nada.

—Cuando Su Majestad haya salido de Sevilla, nos respondia,—ó se arma la de San Quintin ó todo quedará tranquilo.

Por fin, despues de las siete, la puerta del Perdon se abrió y vimos las Gradas y la gente que iba y venia sin tumulto. Yo me arrojé á la calle como se arrojaria en el agua aquel cuyos vestidos ardieran. Miraba á un lado y otro; me comia con los ojos á cuantos pasaban; caminé apresuradamente hácia la Lonja y hasta el Alcázar; mi cabeza se movia sin cesar, dirigiendo la vista á todo semblante humano. ¡Afan inútil!.... Yo buscaba y rebuscaba, y mi hombre no aparecia en ninguna parte..... Ya se ve..... ¡Las siete de la tarde! Se cansaria de aguardarme..... tendria que hacer.....

Volví de nuevo á la catedral, recorríla toda, salí, dí la vuelta por la Lonja; pero ¡ay! si diera la vuelta á toda la tierra, creo que tampoco le encontrara; ¡tal era la horrible insistencia de mi desgracia! Y sin embargo,

hasta en las baldosas del piso, en el aire y en el sonido, hallaba yo no sé qué indicio misterioso de que él me habia aguardado allí largas horas. Esto era para morir.

Despues de mucho correr, sentéme en un banco de piedra junto á la Lonja. Tanto me enfadaba la gente que veia regresar del Alcázar y de la puerta de San Fernando, que si las llamas de furor que abrasaban mi pecho fueran materiales, de buena gana hubiera vomitado fuego sobre los que pasaban ante mí. Venian de ver partir al Rey loco. Muchos se lamentaban de que se tratase de tal suerte al Soberano de Castilla. ¡Menguados! ¿por qué no tomaban las armas? Sí, ¿por qué no las tomaban? Me habria gustado ver á todos los habitantes de Sevilla destrozándose unos á otros.

La Giralda cantó otra hora, no sé cuál, y entonces me decidí á tomar nueva resolucion.

—Vamos á su casa—dije á Mariana.

—Es de noche, señora,—repuso.

La infeliz no queria alejarse mucho de la casa. Pero no le contesté y nos pusimos en camino para la calle del Oeste.

—¿Y si no está?—indicó mi criada.—Porque es muy posible que con estas cosas.....

—¿Qué cosas?

—Estas revoluciones, señora.

—Si no hay nada.

—Pues..... como se han llevado al Rey despues de volverle loco..... En el patio de la catedral decia uno que tendremos revolucion mañana cuando se marche el Gobierno, porque el Gobierno se marchará.

—Déjalo ir: no nos hace falta. Date prisa.

—Pues yo creo que nos llevaremos otro chasco.

—Si no está en su casa le esperaré.

—¿Y si no vuelve hasta muy tarde?

—¡Hasta muy tarde le esperaré!

—¿Y si no vuelve hasta mañana?

—Hasta mañana le esperaré. No me muevo de su casa hasta que le vea. Ahora, ahora sí que no se me escapa, ¿concibes tú que se me pueda escapar?

XXIX

Al decir esto, mi corazon, oprimido por tantos desengaños, se ensanchaba llenándose otra vez de esperanza, de ese don del cielo que jamás se agota y que á nadie puede faltar.

—Pues no veo yo muy tranquila esta noche

la ciudad de Sevilla—indicó Mariana.—Si, como dicen, se ha marchado toda la tropa, puede que nos despertemos mañana en un charco de sangre.

Echéme á reir, burlándome de sus ridículos temores, y seguimos avanzando con bastante presteza hácia la calle del Oeste. Detúveme antes de llamar en su casa, para que un breve descanso disimulara mi sofocacion y se amortiguasen las llamaradas de mis mejillas.

—Sentémonos—dije á Mariana,—al amparo de este árbol. Ahora no hay gran prisa. Ya le tengo cogido. Estoy tranquila. Él ha de venir á su casa. Ahora, ahora sí que le tengo en mi mano.

Cuando llamamos en la reja que daba entrada al patio, una mujer nos dijo que el señor Monsalud no estaba en casa.

—Pues tengo que hablarle precisamente esta noche y le esperaré—dije resueltamente.

Yo no reparaba en conveniencia alguna social. En el estado de mi espíritu, nada tenia fuerza para contenerme. Importábame ya muy poco que me vieran, que me conocieran, que me señalasen con el dedo, ni que el vulgo suspicaz y murmurador me hiciera objeto de burlas y comentarios deshonrosos.

Al principio vacilaba en dejarme entrar la

mujer que abrió la puerta; pero tanto insté y con tan arrogante autoridad me expresaba, que al fin me llevó á una sala baja. Allí estaba un viejecillo, que á la débil claridad de un velon de cobre, arreglaba baules y cajas, poniendo en ellas libros, ropa y papeles. Era un tal Bartolomé Canencia. Él no debia conocerme; pero se apresuró á saludarme con extremadas urbanidades. Cual si comprendiera las ánsias que yo padecia aquella noche, me dijo:

—No está en casa, ni puedo asegurar que venga pronto; pero sí que vendrá. Necesitamos arreglar todo para nuestra partida.

—¿Cuándo?

—Mañana. Nos vamos con el Gobierno. ¿Quién se atreverá á quedarse aquí despues que marchen los ministros? Esto es un volcan realista. En cuanto desaparezca el Gobierno que obstruye el cráter, se agitará con fuego y vapores vomitando barbaridades. ¡Pobre Sevilla! no ha querido oir mis consejos, los consejos de la experiencia, señora, y héla aquí en poder del realismo más brutal. Este pueblo, tan célebre por su riqueza y por su gracia como por sus procesiones, está infestado de curas; y aquí los curas son ricos. No hay más que decir.

Yo me fastidiaba con esta conversacion, y así con la mayor habilidad la desvié de la po-

lítica haciéndola recaer sobre mi objeto. Canencia contestó á mis preguntas de una manera categórica.

—Esta tarde salimos juntos—me dijo.—Él se quedó en las Gradas de la Catedral, donde tenia una cita, y yo seguí hácia el Alcázar, para asistir á la salida de Su Majestad..... Luego nos encontramos de nuevo á eso de las siete; parecia disgustado, sin duda porque la cita no pudo verificarse. Entramos en casa y despues él salió para ver á Calatrava. Díjome que volveria á arreglar su equipaje, y aquí me tiene usted arreglando el mio, señora, para lo que se le ofrezca mandar. De modo que si usted desea algo en Cádiz, puede dar sus órdenes con toda franqueza.

—Yo tambien pienso ir á Cádiz—repuse.

—¡Usted tambien! Bueno es que vayan todos—dijo con ironía maliciosa,—para que se haga con toda solemnidad el entierro de la Constitucion. Allí nació, señora, y allí le pondremos la mortaja; que todo lo que nace ha de perecer..... Si se hubieran seguido mis consejos, señora.....; pero los hombres se han dejado enloquecer por la ambicion y la vanidad. Ya no existen aquellos repúblicos austeros, aquellos filósofos incorruptibles, aquellos sectarios de la honradez más estricta y

de la sabiduría ateniense, hombres que con un pedazo de pan, un vaso de agua y un buen libro se pasaban la mayor parte de la vida. Ahora todo es comer á dos carrillos, pedir destinos, figurar;..... en una palabra, señora, ya no hay virtudes cívicas.

—¿Y es seguro que el Gobierno marcha mañana?—le pregunté para desviarle de su fastidiosa disertacion.

—Segurísimo. No puede ser de otra manera.

—¿Por tierra?

—Por agua, señora. Los ministros y diputados marchan en el vapor.

—¿Y usted y Salvador van tambien en el vapor?

—Iremos donde podamos, señora, aunque sea en globo por los aires.

Él siguió arreglando sus maletas y yo me abrumé en mis pensamientos. En la sala habia un reloj de *cucú* con su impertinente pájaro, de esos que asoman al dar la hora y nos hacen tantas cortesías como campanadas tiene aquella. Nunca he visto un animalejo que más me enfadase, y cada vez que aparecia y me saludaba mirándome con sus ojillos negros y cantando el cucú, sentia ganas de retorcerle el pescuezo para que no me hiciera más cortesías. El pájaro cantó las nueve y las diez y las once, y

con su insolente movimiento y su desagradable sonido parecia decirme:—¿Qué tal, señora, se aburre Vd. mucho?

Todo el que ha esperado comprenderá mi agonía. Aquel resbalar del tiempo, aquella veloz corrida de los minutos, que pasan de nuestra frente á nuestra espalda, amontonando atrás el tiempo que estaba delante, es para enloquecer á cualquiera. Cuando no hay un reloj que lleve la cuenta exacta de la cantidad de esperanza que se desvanece y de la paciencia que se gasta grano á grano, ménos mal; pero cuando hay reloj y este reloj tiene un pájaro que hace reverencias cada sesenta minutos y dice *cucú*, no hay espíritu bastante fuerte para sobreponerse á la pena. Ya cerca de las doce me decia yo:—"¿Si no vendrá?"

Habiendo manifestado mis dudas al viejo Canencia que parecia algo molesto por la duracion de mi visita, me dijo:

—Puede que venga y puede que no venga. Seguramente estará ahora en el café del Turco ó en casa del duque del Parque. Ya es media noche. Dentro de unas cuantas horas será de dia y..... ¡en marcha todo el mundo para Cádiz!

Mariana bostezaba, siendo imitada por Canencia. Yo me sostenia intrépida, sin sueño ni

cansancio, resuelta á estar un año en aquel sitio, si un año tardaba en venir mi hombre.

—De todas maneras—dije á Canencia,—si se marcha mañana ha de venir á arreglar su equipaje.

—Es muy posible, señora—me contestó secamente.—En caso de que quiera Vd. retirarse, puede con toda confianza dejar el recado verbal que guste. Yo se lo trasmitiré puntualmente y con la fidelidad de un verdadero amigo.

—Gracias.

—Le diré que ha estado aquí..... Aunque usted no me ha dicho su nombre, yo creo conocer á la persona con quien tengo el honor de hablar, por haberla visto en Madrid algunas veces..... ¿No es usted la señora marquesa de Falfan?

Esta pregunta me hizo extremecer en mi interior, como si un rayo pasara por mí. Pero dominándome con soberano esfuerzo, repuse gravemente y con afectada vergüenza:

—Sí señor, soy la marquesa de Falfan. Fiada en la discrecion de usted, me he aventurado á esperar aquí en hora tan impropia.

—Señora, yo soy un sepulcro, y además un amigo fiel de ese excelente jóven, y como le debo muchos beneficios, á la amistad se une la gratitud. Puede usted con toda libertad con-

fiarme lo que quiera. Es muy posible que él no pueda verla á usted esta noche. Estará muy ocupado y sin duda el viaje de mañana trastorna sus planes, porque, si no recuerdo mal, hoy me dijo que pensaba despedirse de usted, por la noche, en casa de D.ª María Antonia.

Al oir esto me quedé como mármol y enseguida me llené de áscuas. Desplegué los lábios para preguntar: «¿dónde vive esa D.ª María Antonia?» pero me contuve á tiempo comprendiendo la gran torpeza que iba á cometer. Evocando toda mi destreza de cómica, dije:

—Así pensábamos; pero no ha podido ser.

El infame pájaro se asomó á su nicho y burlándose de mí cantó la una. Yo me ahogaba, porque á mis primeras fatigas se unia desde que habló aquel hombre, la inmensa sofocacion de un despecho volcánico, de los celos que me mataban. En mi cerebro se encajaba una corona de brasas resplandecientes y mi corazon chorreaba sangre, herido por mil puas venenosas. Mi afan, mi deseo más vivo era morder á alguien.

Esperé más. Cañencia seguia bostezando y Mariana dormitaba. Yo sentia en mis oidos un zumbido extraño, el zumbido del silencio nocturno que es como un eco de mares lejanos, y deshaciéndome esperaba. Habria dado mi vida

entera por verle entrar, por poder hablarle á solas un momento, arrojando sobre él las palabras, la furia, la hiel que se desbordaban en mí. A ratos balbucia terribles injurias que siendo tan infames, á mí me parecian rosas.

El vil pajarraco volvió á chancearse conmigo y haciendo la reverencia más pronunciada y el canto más fuerte, anunció las dos.

—¡Las dos!.... ¡pronto será de dia!—exclamé.

—Fijamente no viene ya, señora. Es que se embarca con los diputados—dijo Canencia dando á entender con sus bostezos que de buena gana dormiria un rato.

—¿Y á qué hora se embarcan los diputados?

—Al rayar el dia: así se decia anoche en el salon del Congreso, cuando se levantó la sesion que ha durado treinta y tres horas.

Estuve largo rato dudando lo que debia hacer. Delante de mi pensamiento daba vueltas un círculo de fuego que alternativamente, en su lenta rotacion, mostrábame dos preguntas; primera: *¿Y si viene despues que yo me vaya?* segunda: *¿Y si se embarca en el muelle mientras yo estoy aquí?*

Yo veia pasar una pregunta, despues otra. La segunda sustituia á la primera y la primera á la segunda en órbita infinita. Ambas tenian

igual claridad, ambas me deslumbraban y me enloquecian de la misma manera. Yo, que por lo general me decido pronto, entonces dudaba. Cuando la voluntad se iba inclinando de un lado el pensamiento llamábame del otro, y así contrabalanceados los dos, ponian á mi alma en estado de terrible ansiedad. Largo rato permanecí en esta dolorosa incertidumbre. Los minutos volaban, y acercándose aquel en que era preciso resolver definitivamente, el silencio mismo llegó á impresionar mi cerebro como un bramido intolerable, formado por mil voces. Oia el latir de mi corazon como se oye un secreto que nos dicen al oido; mi sangre ardia, y por fin aquella misma palpitacion de mi alborotado seno fué como una voz que hablaba diciéndome: «anda, anda.»

El pájaro, riendo como un demonio burlon, me saludó tres veces con su cortesía y su infernal *cucú*. Eran las tres.

—Vá á ser de dia—dijo Canencia, dejando caer sobre el pecho su venerable cabeza.

Levantéme. Estaba decidida. Parecióme que D. Bartolomé, al verme dispuesta á partir, vió el cielo abierto. Despedíme de él bruscamente y salimos.

—¿A dónde vamos, señora?—me dijo Mariana.—¿No es hora ya de retirarnos á descansar?

—Todavia no.

—¡Señora, señora, por Dios!.... Está amaneciendo. No hemos cenado, no hemos dormido.....

—Calla, imbécil,—le dije clavando mis dedos en su brazo.—¡Calla, ó te ahogo!

XXX

Amanecia, y multitud de hombres de mal aspecto vagaban por la calle. Veíanse gitanos desarrapados, y muchos guapos de la Macarena y de Triana. Mi criada tuvo miedo; pero yo no. Repetidas veces nos vimos obligadas á variar de rumbo para evitar el encuentro de algunos grupos en que se oia el ronco estruendo de *¡vivan las caenas! ¡muera la Nacion!*

Llegamos por fin al rio. Ya el dia habia aclarado bastante, y desde la puerta de Triana vimos la chimenea del vapor que despedia humo.

—Si esos barcos de nueva invencion humean al andar—dije,—el vapor se marcha ya.

Desde la puerta de Triana á la Torre del Oro se extendia un cordon de soldados de ar-

tillería. En la puerta de Jerez habia cañones. Nada de esto me arredraba, porque mi exaltacion me infundia grandes alientos, y hablando al oficial de artillería, logré pasar hasta la orilla donde algunas tablas sostenidas sobre pilotes servian de muelle. El vapor bufaba como animal impaciente que quiere romper sus ligaduras y huir. Multitud de personas se dirigian al embarcadero. Reconocí á Canga-Argüelles, á Calatrava, á Beltran de Lis, á Salvato, á Galiano y á otros muchos que no eran diputados.

—Él se irá tambien—pensé.—Vendrá aquí de seguro..... Pero no, no creo que se me pueda escapar.

Una idea grandiosa cruzó por mi mente, una de esas ideas napoleónicas que yo tengo en momentos de gravedad suma. Ocurrióme embarcarme tambien en el vapor, si le veia partir. No tenia equipaje; ¿pero qué me importaba? Mariana se quedaria para llevarlo despues.

Acerquéme á Calatrava, que se asombró mucho de verme.

—Quiero un puesto en el vapor—le dije.

—¿Tambien usted se marcha....? ¿De modo que....?

—Temo ser perseguida. Estoy llena de mie-

do desde ayer. Me han amenazado con anónimos atroces.

—¿Ha preparado usted su equipaje?

—He preparado lo más preciso: el viaje es corto. Mi criada se queda para arreglar lo que dejo aquí.

—Tambien nosotros dejamos nuestros equipajes porque no caben en el vapor. Irán en aquella goleta.

—¿Me hace usted un sitio, sí ó no?

—¿Un sitio? Sí señora. Dejando el equipaje..... El Gobierno ha fletado el buque. Puede usted venir.

Esto se llama proceder pronto y con energía..... Pero observé á todos los que llegaban, y no le ví. A cada instante creia verle aparecer.

—No puede tardar—dije, despues que dí mis órdenes á Mariana.—Ahora sí que es mio.

Mariana hacia objeciones muy juiciosas; pero yo á nada atendia. Estaba ciega, loca.

—¿Y si no se embarca?—me dijo mi criada.

—Todavia no ha venido.....

—Pero ha de venir..... A ver si está por ahí el duque del Parque.

Miramos las dos en todos los grupos y no vimos al duque.

—¿El señor duque del Parque no vá á Cádiz?—pregunté á Salvato.

—El señor Duque no se ha atrevido á votar el destronamiento.

—¿Y qué?

—Que los que no votaron no se creen en peligro y seguirán en Sevilla.

—De modo que Su Excelencia.....

—No tengo noticia de que se embarque con nosotros.

—Venga usted—me dijo Calatrava alargándome la mano para llevarme á la cubierta del buque.

—Entre usted, amigo, entre usted; que aún tengo que decir algo á mi criada.

—Parece que vacila usted.....

—En efecto..... sí..... no estoy decidida aún.

No, no podia entrar en aquel horrible bajel que iba á partir silbando y espumarajeando, sin llevar al que turbaba mi vida. Yo les ví entrar uno tras otro, les conté; ni uno solo escapó á mi observacion, y ¡él no estaba! ¡Siempre ausente, siempre lejos de mí, siempre en direccion diametralmente opuesta á la direccion de mis ideas y de mi apasionada voluntad! Esto era para enloquecer completamente, y digo completamente, porque yo estaba ya bastante loca. Mi desvarío insensato aumentaba como la fiebre galopante del enfermo solicitado por la muerte.

Se embarcaron ¡ay!, ví al horrendo vapor

separarse del muelle, ví moverse las paletas de sus ruedas, machacando y rizando el agua, le oí silbar y mugir, echando humo, hasta que emprendió su marcha majestuosa rio abajo.

No yendo él, no podia causarme afliccion quedarme en tierra. Él estaba tambien en Sevilla.

—Ahora—dije,—ahora no es posible que le pierda otra vez. Si tengo actividad é ingénio, pronto saldré de esta angustiosa situacion.

No quise detenerme como el vulgo que se extasiaba contemplando el humo del vapor que conducia hácia el postrer rincon de España el último resto del liberalismo. Como aquel humo en los aires, así se desvanecia en el tiempo la Constitucion..... Pero en mi mente no podian fijarse ni por un instante estas ideas.

Me era forzoso pensar en otras cosas, y en la realidad de mi ya insoportable desdicha. ¿A dónde debia ir? En los primeros momentos despues del embarque no pude determinarlo, y vagué breve rato por la ribera, hasta que me obligaron á huir los excesos de la salvaje muchedumbre, que se precipitó sobre los equipajes de los diputados, apoderándose de ellos y saqueándolos en presencia de la poca tropa que habia quedado en el muelle.

Al mismo tiempo sentí el clamor de las

campanas echadas á vuelo en señal de que Sevilla habia dejado de pertenecer al Gobierno constitucional, y en cuerpo y alma pertenecia ya al absolutismo. ¡Cambio tan rápido como espantoso! El pronunciamiento se hizo entre berridos salvajes, en medio del saqueo y del escándalo, al grito de *¡muera la Nacion!* La verdad es que los alborotadores hacian poco daño á las personas; pero sí robaban cuanto podian. Al entrar por la puerta de Jerez, procuré apartarme lo más posible de la turbulenta oleada que marchaba hácia el corazon de Sevilla, con objeto, segun oí, de destrozar el salon de sesiones y el café del Turco, donde se reunian los patriotas.

Lejos de desmayar yo con las muchas contrariedades, el insomnio y el contínuo movimiento, parecia que la misma fatiga me daba prodigiosos alientos. No sentia el más ligero cansancio, y mi cerebro, como una llama cada vez más viva, hallábase en ese maravilloso estado de actividad que es para los poetas, para los criminales y para los que se ven en peligro, la rápida inspiracion del momento. Yo sentia en mí un estro grandioso, avivado por mis contrariadas pasiones, mi rencor y mi despecho. Tenia la penetrante vista del génio y habia llegado á ese momento sublime en que los más

profundos secretos de nuestro destino se nos muestran con claridad espantosa. Mi pensamiento, como la aguja magnética de una brújula, señalaba con insistencia la casa del marqués de Falfan.

—¡Oh, allí, allí..... he de encontrar la solucion de este horrible problema!

XXXI

Y corriendo hácia la casa, soñaba no ya con las delicias de un encuentro feliz y de una amable reconciliacion, sino con proporcionar á mi alma el inefable, el celestial, el infinito regocijo de un escándalo, de una escena, de una de esas venganzas de mujer, que son la Iliada del corazon femenino. No sé si me equivocaré juzgando por mí de todas las mujeres; pero pienso firmemente que ninguna, por muy tímida y apacible que sea, deja de sentir en momentos dados y cuando se discuten asuntos del corazon, el poderoso instinto de la majeza. La maja, digan lo que quieran, no es más que lo femenino puro. De mí puedo asegurar que en aquel instante me sentia verdulera.

—Tengo la seguridad—decia,—de que le encontraré allí. El corazon me lo dice..... Es precisamente lo que necesito; es la satisfaccion más preciosa y agradable de mi inmenso afan, el desahogo de mi pecho, semejante á un volcan sin cráter, el consuelo de todas mis penas. Hablaré, gritaré, vomitaré injurias, ¿qué digo injurias? verdades. Diré todo lo que sé; abriré los ojos de un marido crédulo y bonachon; arrancaré la máscara á una hipócrita; confundiré á un ingrato..... en suma, estaré en mi elemento..... ¡¡Ahora, Santo Dios de las venganzas, ahora sí que no se me puede escapar!!

Al dirigirme á la plaza de la Magdalena, donde vivia el Marqués, ví á dos ó tres patriotas que eran llevados presos por el pueblo, con una cuerda al cuello. ¡Pobre gente! Entre ellos ví á Canencia, que me dirigió al pasar una mirada suplicante; pero no hice caso y seguí. Casi arrastrando á Mariana que apenas podia seguirme de puro cansada y soñolienta, llegué á casa de Falfan.

En el patio encontré al Marqués, que al punto que me vió, asombróse mucho de la alteracion de mi semblante, creyendo que me ocurria algun grave accidente.

—Señora—me dijo ofreciéndome una silla, —no extraño que esa gente mal educada.....

Se están cometiendo toda clase de excesos en la desgraciada Sevilla.

—No es eso, no—repuse.—Si no me ha pasado nada.

—Señora, su rostro de usted me indica gran desasosiego y agitacion.

—Es verdad—dije,—pero.....

—Está usted muy intranquila.

—Intranquila no, estoy furiosa.

Despues de decir esto y de romper en seis pedazos mi abanico, que ya lo estaba en cuatro, procuré tomar una actitud aparentemente serena, pues el caso requeria en mí la grave majestad del que condena, no la atolondrada cólera y pueril turbacion del condenado.

—¿Y por qué está usted furiosa?—me preguntó el Marqués confundido.—¿En qué puedo servir á usted?

—¡Yo sé que está aquí, aquí!!...—dije mirando al Marqués de un modo que le aterró.

—¿Quién?

—¡Oh! ¿quién?.... será preciso que yo hable; que lo diga todo.....

—Señora, no comprendo una palabra.

—Llame usted á la señora Marquesa y quizás ella me comprenda—repuse con amargo sarcasmo.

—Andrea no está en casa.

Al oir esto sentí un sacudimiento. Nuevo y más doloroso cambio en mis ideas, en mi voluntad, en mi cólera, en mis planes; nuevo movimiento de la aguja magnética que brujuleaba en mi corazon, marcándome el derrotero en medio de la tempestad..... El Marqués no podia tener interés en negarme á su esposa. Así lo comprendí al momento, y sin vacilar un instante, dije:

—¿Ha ido á la casa de D.ª María Antonia?

—Precisamente, allí está—manifestó Falfan con un tono de confianza honrada y tranquila que hubiera cautivado á otra persona más irritada que yo.—La Sra. D.ª María Antonia se puso mala anoche y mi esposa fué á acompañarla un ratito. A las diez estaba de vuelta.

—¿A las diez?

—Pero sin duda la Sra. D.ª María Antonia se ha agravado hoy, porque al rayar el dia vinieron á buscar á Andrea y allá está. ¿Encuentra usted en esto algo de extraño?

—No señor, nada—dije levantándome. ¿Y dónde vive esa D.ª Antonia?

—En la calle que sale á la puerta de Carmona, número 26. ¿Pero se vá usted sin explicarme el motivo de su visita, su agitacion.....

—Sí señor, me voy.

—Pero.....

—Adios, señor Marqués.

Quiso detenerme; pero rápida como un pájaro fugitivo le dejé y salí de la casa.

—A la calle que sale á la puerta de Carmona, número 26—dije á Mariana que me seguia durmiendo.

—Ahora—decia para mí, en el horroroso vértigo que formaban mis pensamientos y mi marcha,—ahora sí que de ningun modo se me puede escapar.

Yo saboreaba de antemano las horribles delicias del escándalo que iba á dar, de la venganza que tomaria, de las palabras que saldrian de mi boca, como el humo y la lava de un volcan en erupcion. Me deleitaba con aquella copa de amarguras que se convertia en copa llena del delicioso licor de la venganza. Habia llegado al extremo de recrearme en el veneno de mi alma y de hallar delicioso el fuego que respiraba. Seguia teniendo las mismas ganas de morder á alguien, y creo que mi linda boca tan codiciada, habria sido un áspid, si en carne humana hubiera posado sus secos lábios.

Mariana, que conocia á Sevilla, me llevó hácia la puerta de Carmona, yo no sé por dónde ni en cuánto tiempo. Habia yo perdido la no-

cion de la distancia y del tiempo. Ví una calle larga y solitaria, con muchas rejas verdes llenas de tiestos de albahaca. Ví una fila de casas de fachada blanca iluminadas por el sol y otra línea de casas en la sombra. Yo buscaba el número 26, cuando sentí pisadas de caballos. Delante de mí, como á cuarenta pasos, abrióse una gran puerta y salieron tres hombres á caballo. ¡Era él!

Corrí, corrí..... Iba vestido con el trage popular andaluz, y su figura era la más hermosa que puede imaginarse. Los otros dos vestian lo mismo. Caracolearon un instante los corceles delante de la casa, y en seguida emprendieron precipitadamente la carrera en direccion á la puerta de Carmona.

Yo corria, corria, y al mismo tiempo gritaba. Mariana, que no habia perdido el juicio, me detuvo enlazando con sus dos brazos mi talle..... Mi furor estalló con un grito salvaje, con una convulsion horrible y este inexplicable apóstrofe:—¡Ladrones! ¡Ladrones!

En el mismo momento en que yo rugia de este modo, dos mujeres se asomaban á la ventana de la casa y saludaban á los ginetes con sus abanicos. Él miró repetidas veces hácia atrás y saludaba tambien sonriendo. Ví brillar el lente de D.ª María Antonia, ví los negros

ojos de Andrea..... ¡Oh Satanás, Satanás!

Yo seguí hasta ponerme debajo de la ventana; pero ésta se cerró. Seguí corriendo un poco más. Un grupo de hombres feroces apareció por una boca-calle. Su aspecto infundia pavor; pero yo me adelanté hácia ellos y señalando á los tres ginetes que huian á escape fuera de la puerta entre nubes de polvo, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Que se escapan!.... corred..... corred tras ellos..... ¡Que se escapan!.... los patriotas, los más malos de todos, los ateos, los blasfemos, los republicanos, los masones, los regicidas, los enemigos del Rey..... los que querian matarle....! Corred y cojedles..... Yo tengo dinero..... Mil duros al que les coja..... ¡En nombre de la Religion!.... ¡En nombre de las caenas!.... Vamos, vamos tras ellos..... ¡Que se escapan!

A medida que hablaba, iba desapareciendo en mi espíritu la nocion de lo externo, y me sentia envuelta en tinieblas ó en llamas, no sé en qué; me sentia caer en un hondo infierno lleno de demonios, sumergirme en abismo de negro delirio, de fiebre, de sueño ó muerte; pues no puedo expresar bien lo que era aquello.

Perdí el conocimiento.

XXXII

Mi dolorosa enfermedad que me puso al borde del sepulcro duró cuarenta dias, de los cuales no sé cuántos pasé en terrible crísis de delirio, sin conciencia de las cosas, atormentada por la fiebre. Mi sangre enardecida habia descompuesto en tales términos las funciones de mi cerebro, que en aquellos angustiosos dias no vivia con mi vida propia, sino con el mismo fuego mortífero de la enfermedad. Asistióme uno de los primeros médicos de Sevilla.

Cuando salí del peligro y hubo esperanzas de que aún podria seguir mi persona fatigando al mundo con su peso, halléme en tristísimo estado, sin memoria, sin fuerzas, sin belleza. Mas empecé á recobrar muy lentamente estos tesoros perdidos, y con ellos volvian mis pasiones y mis rencores á aposentarse en mi seno, como despues de una inundacion y cuando las aguas se retiran, aparece lentamente la tierra, dibujándose primero los altos collados, luego las suaves pendientes y por último el llano. Así, pasada aquella avenida de sangre que envolvió mi pensamiento en turbias olas veneno-

sas, fué apareciendo poco á poco todo lo existente antes del 13 de Junio.

Una imágen descollaba sobre todas las que me perseguian, cuando mi fantasía, como un borracho que recobra la claridad de sus sentidos, empezó á presentarme lo pasado. Esta imágen era la de la huérfana, á quien yo suponia corriendo sin cesar por campos y ciudades, buscando lo que no habia de encontrar. ¿Acaso el tormento de ella no era tan grande ó quizás mayor que el mio? Pero yo no me hacia cargo de esto, y lejos de sentir lástima de mi víctima, echaba leña á la hoguera de mis rencores, discurriendo mil defectos y fealdades en el carácter de la hermana de Salvador, para deducir que sus angustias le estaban muy bien merecidas. ¡Qué desatinos tan horribles pensé con este motivo! Parece mentira que la exaltacion de mi ánimo me llevara hasta los últimos desvaríos, hasta el sacrilegio y la blasfemia.

—Es muy posible—decia yo,—que mis horribles angustias hayan sido causadas por las maldiciones de esa mujer. Al verse engañada habrá pedido á Dios mi castigo, y Dios, no hay duda, hace caso de los hipócritas..... ¡Ah, los hipócritas! ¡perversa raza! Son capaces con sus fingidas lágrimas de engañar al mismo Dios y compelerle á castigar á los buenos.

A estos horrorosos pensamientos hijos de una turbada razon, añadía otros quizás más sacrílegos. Mi enfermedad, que parecia un aviso del cielo, no me habia corregido, antes bien, cuando resucité, estaba más intolerante, más soberbia, y proyectaba nuevos planes para vencer la tenaz contrariedad de mi destino. Lejos de desconfiar de mis fuerzas y de acobardarme, entonces tenia fé mayor en ellas y me vanagloriaba, suponiendo una victoria inmediata.

—Me han ocurrido tantos desastres—decia, —porque he sido una tonta. Pero ahora..... ¡Oh! ahora, yo me juro á mí misma que moriré ó le he de atrapar..... Iré á Cádiz.

Cuando esto decia, finalizaba Julio y la temperatura de Sevilla era irresistible. El médico me ordenó que buscase en la costa aires más templados.

Los franceses se habian establecido ya en Sevilla, donde reinaba el órden más perfecto. En toda España, y principalmente en algunos puntos privilegiados de la tragedia, como Manresa y la Coruña, corria la sangre á raudales. Los dos furibundos partidos se herian mútuamente con impía crueldad. Pero los ejércitos de ambas Naciones no habian empeñado ninguna lucha verdaderamente marcial y gran-

diosa. El nuestro se desbandaba como un rebaño sin pastores y el francés iba ocupando las ciudades desguarnecidas y dominando todo el país sin trabajo y sin heroismo, sin sangre y sin gloria. Sus victorias eran ramplonas y honradas, su proceder dentro de los pueblos noble y templado. Era aquel ejército como su jefe, leal y sin génio, un ejército apreciable, compuesto de cien mil buenos sugetos que no conocian el saqueo, pero tampoco la gloria. ¡Detestable suerte la de España!.... ¡Haber hecho temblar al coloso y sucumbir ante un hijo del conde de Artois, ante un pobre emigrado de Gante!

¡A Cádiz, á Cádiz! Estas palabras compendiaban todo mi pensamiento en aquellos dias. Empecé á disponer mi viaje con gran prisa, y á principios de Agosto nada tenia que hacer ya en Sevilla.

Mi belleza recobraba al fin lentamente su antiguo esplendor. Y no era esto poco triunfo, porque la verdad es que me habia quedado como un espectro. ¡Con cuánto alborozo veia yo despuntar de dia en dia la animacion, la gracia, la frescura, la viveza, todos los encantos de mi fisonomía, que iban mostrándose, como flores que se abren al cariñoso amor del sol! Yo no cesaba de mirarme al espejo para

observar los progresos de mi restauracion, y casi casi estoy por decir que me encontraba más guapa que antes de mi enfermedad. Perdóneseme este orgullo vano; pero si Dios me hizo así, si me dió hermosura y gracias, ¿por qué no lo he de decir para que lo sepan los que no tuvieron la dicha de conocerme?

El conde de Montguyon se me presentó en el momento de partir para Cádiz ¡Oh, feliz encuentro! Mi D. Quijote, que habia sido ascendido á jefe de brigada, me acompañó en casi todo el camino de Sevilla á la costa, mostrándose en extremo orgulloso por creer próximo el momento de mi definitiva conquista, y yo cuidaba no poco de confirmarle en esta creencia, porque queria tenerle muy dispuesto á servirme en negocios difíciles. Hablamos tambien de política y de la ordenanza de Andújar en que Su Alteza recomendaba la mayor templanza á los absolutistas, habiéndoles disgustado por esto. Pero el tema más agradable á mi caballero era el amor.

Segun se expresaba, su bello ideal estaba á punto de realizarse. El país ardiente, el territorio pintoresco, la dama hermosa, nada faltaba para que la leyenda fuese completa. Pero yo, esmerándome en fomentar sus esperanzas, era sumamente avara de concesiones. Mi orde-

nanza de Andújar prescribia tambien la moderacion.

Ya me habia yo instalado en el Puerto cuando, apremiada por el Conde, le revelé la causa de mis ardientes deseos de penetrar en Cádiz.

—Un hombre—le dije,—que antes poseia mi confianza, administrando los bienes de mi casa, un mayordomo que supo servirme algun tiempo con lealtad para engañarme despues con más seguridad, huyó de Madrid, robándome gran cantidad de dinero, muchas alhajas de valor y documentos preciosos. Ese hombre está en Cádiz.....

—Pero en Cádiz hay tribunales de justicia, hay autoridades.....

—En Cádiz no hay más que un Gobierno espirante que para prolongar su vida entre agonías, se rodea de todos los pillos.

—Sin embargo, señora, un ladron de semejante estofa, no puede ser patrocinado por nadie. Horribles cosas se ven en las guerras civiles; pero nosotros, nosotros los franceses entraremos en Cádiz.

—Esa es mi esperanza.

—¿No tiene usted valimiento con los Ministros liberales?

—Ninguno. Mi nombre sólo les sonará á proclama realista.

—Entonces.....

—Cuento con la proteccion de los jefes del ejército francés.

—Y con los servicios de un leal amigo..... El objeto principal es detener al ladron.

—¡Detenerle y amarrarle y arrastrarle!—exclamé con furor.—Mas deseo hacer mi justicia á espaldas de los tribunales, porque aborrezco la curia y los pleitos, aun cuando los gane.

—¡Oh! eso es muy español. Se trata, pues, de cazar á un hombre; ¿por ventura eso es fácil todavia?

—Fácil, no.

—Y para una dama.....

—Pero yo no estoy sola. Tengo servidores leales que sólo esperan una órden mia para.....

—Para matar.....

—No tanto—dije riendo.—Esto le parecerá á usted leyenda, novela, romance ó lo que quiera; pero no, mis propósitos no son tan trágicos como usted se figura.

—Lo supongo..... pero siempre serán interesantes..... ¿Ha dejado usted criados en Sevilla?

—Uno tengo á mis órdenes. Le he enviado por delante y ya está en Cádiz.

—Vigilando.....

—Acechando.

—Bien: le seguirá de noche, embozado hasta las cejas; espiará sus acciones, se informará de su método de vida. ¿Y ese criado es fiel?

—Como un perro..... Examinemos bien mi situacion, señor Conde. ¿Se puede entrar en Cádiz?

—Es muy difícil, señora, sobre todo para los que son sospechosos al Gobierno liberal.

—¿Y por mar?

—Ya sabe usted que en la bahía tenemos nuestra escuadra.

—¿Cuándo tomarán ustedes la plaza?

—Pronto. Esperamos á que venga Su Alteza para forzar el sitio.

—¿Y podrán escaparse los milicianos y el Gobierno?

—Es difícil saberlo. Ignoramos si habrá capitulacion; no sabemos el grado de resistencia que presentarán los insurgentes.

—¡Oh!—exclamé sin saber lo que decia, obcecada por mis pasiones.—Ustedes los realistas no sirven para esto. Si Napoleon estuviera aquí, amigo mio, mañana, mañana mismo, sí señor, mañana, seria tomada por asalto esa ciudad rebelde y pasados á cuchillo los insensatos que la defienden.

—Me parece demasiado pronto—dijo Montguyon sonriendo.—En fin, comprendo la impaciencia de usted.

—Sí, quien ha sido robada, vilmente estafada, no puede aprobar estas dilaciones que dan fuerza al enemigo. Señor Conde, es preciso entrar en Cádiz.

—Si de mí dependiera, señora, esta tarde mandaba dar el asalto—repuso con entusiasmo. —Sorprendería á la guarnicion, encarcelaria á los diputados y á las Córtes y pondria en libertad al Rey.

—Ya eso no me importa tanto—dije en tono de conquistador.—Yo entraria al asalto sorprendiendo la guarnicion. Dejaria á los diputados que hicieran lo que les acomodase, mandaria al Rey á paseo.....

—Señora.....

—Buscaria á mi hombre, revolveria todos los rincones, todos los escondrijos de Cádiz hasta encontrarle..... y despues que le hallara.....

—Despues.....

—Despues, señor Conde..... ¡Oh! mi sangre se abrasa.....

—En los divinos ojos de usted, Genara,—me dijo,—brilla el fuego de la venganza. Parece usted una Medea.

—No me impulsan los celos—dije serenándome.

—Una Judith.

—Ni la idea política.

—Una.....

—Parezca lo que parezca, señor Conde, ello es preciso entrar en Cádiz.

—Entraremos.

—¿No sirve usted ahora en el Estado Mayor del general Bourmont?

—En él estoy á las órdenes de la que es iman de mi vida—repuso poniendo los ojos en blanco.

—¿Bourmont será nombrado comandante general de Cádiz, luego que la plaza se rinda?

—Así se dice.

—¿Hará usted prender á mi mayordomo?....

—Le haré fusilar.....

—¿Me le entregará usted atado de piés y manos?

—Siempre que no huya antes, sí señora.

—¡Huir! Pues qué, ¿tendrá ese hombre la vileza de huir, de no esperar?....

—El criminal, amiga mia de mi corazon, pone su seguridad ante todo.

—¿No dice usted que hay una especie de escuadra?

—Una escuadra en toda regla.

—¿Pues de qué sirven esos barcos, señor mio—dije de muy mal talante,—si permiten que se escape..... ese?

—Quizás no se escape.

—¿De qué sirve la escuadra?—añadí con la más viva inquietud.—¿Quién es el almirante que la manda? Yo quiero ver á ese almirante, quiero hablar con él.....

—Nada más fácil; pero dudo.....

—Me ocurre que si hay capitulacion, será más fácil atraparle.....

—¿Al almirante?

—No; á..... á ese.

—Sin duda. En tal caso se quedaria tranquilo en Cádiz, al ménos por unos dias.

—Bien, muy bien. Si hay capitulacion, arreglo, perdon de vidas y libertad para todos..... Señor Conde, aconsejaremos al Príncipe que capitule..... ¡pero qué tonterías digo!

—Está patente en su espíritu de usted la obsesion de ese asunto.

—¡Oh! sí; no puedo pensar en otra cosa. El caso es grave. Si no consigo apoderarme de ese hombre..... no sé..... creo que me costará la vida.

—Yo tambien le aborrezco..... ¡Hombre maldito!.... Pero le cojeremos, señora. Me pongo al servicio de este gran propósito con la su-

mision de un esclavo. ¿Acepta usted mi cooperacion?

Al decir esto me besaba la mano.

—La acepto, sí, hombre generoso y leal, la acepto con gratitud y profundo cariño.

Al decir esto, yo ponia en mi semblante una sensibilidad capaz de conmover á las piedras, y en mis pestañas temblaba una lágrima.

—Y entonces—añadió Montguyon con voz turbada,—cuando nuestro triunfo sea seguro, ¿podré esperar que el hueco que se me destina en ese corazon no sea tan pequeño?

—¿Pequeño?

—Si es evidente, por confesion de él mismo, que ya tengo una parte en sus sublimes afectos, ¿no puedo esperar....?

—¿Una parte? ¡Oh! no; todo, todo.

El inflamado galan abrió sus brazos para estrecharme en ellos; pero evadí prontamente aquella prueba de su insensato ardor, y poniéndome primero séria y despues amable, con una especie de enojo gracioso y virtud tolerante, le dije que ni Zamora ni yo podíamos ser ganadas en una hora. Al decir esto violentos cañonazos me hicieron extremecer y corrí al balcon.

—Son los primeros tiros de las baterías que se han armado para atacar el Trocadero—me dijo el Conde.

—¿Y esas bombas van á Cádiz?—pregunté poniendo inmenso interés en aquel asunto.

—Van al Trocadero.

—¿Y qué es eso?

—Un fuerte que está en medio de las marismas.

—¿Y allí están....?

—Los liberales.

—¿Muchos?

—Mil y quinientos hombres.

—¿Paisanos?

—Hay muchos paisanos y milicianos.

—¡Oh! morirá mucha gente.

—Eso es lo que deseamos. Parece que siente usted gran pena por ello.

—La verdad—repuse, ocultando los sentimientos que bruscamente me asaltaban,—no me gusta que muera gente.

—A excepcion de su enemigo.

—Ese..... ¿pero estará en el Trocadero?

—¡Quién sabe!.... Está usted aterrada, Genara.

—¡Oh! yo quiero ir al Trocadero.

—Señora.

—Quiero ir al Trocadero.

—Eso mismo deseamos nosotros—me dijo riendo,—y para conseguirlo, enviaremos por delante algunos centenares de bombas.

—¿Dónde está el Trocadero?—pregunté corriendo otra vez á la ventana.

—Allí—dijo Montguyon asomándose y alargando el brazo.

Hízome explicaciones y descripciones muy prolijas de la bahía y de los fuertes; pero bien comprendí que antes que mostrar sus conocimientos, deseaba estar tan cerca de mí como estaba, aproximando bastante su cabeza á la mia, y embriagándose con el calor de mi rostro y con el roce de mis cabellos.

XXXIII

¡Qué aparato desplegaron contra aquellas fortalezas que se alzan entre charcos salobres y que llevan por nombre el Trocadero! Desde que llegó Su Alteza á mediados de Agosto, no hacian más que disparar bombas y balas contra los fuertes, esperando abrir brecha en sus gloriosos muros. ¡Figúrese el buen lector mi aburrimiento! Figúrese con cuánta tristeza y tédio veria yo pasar dia tras dia sin más distraccion que oir los disparos y ver por las noches las majestuosas curvas de los proyectiles. Me con-

sumia en mi casa del Puerto sin tener noticias del interior de Cádiz, ni esperanzas de poder penetrar en la plaza. Ni parecia aquello guerra formal y heróica como yo creia que debian de ser las guerras y como las que ví en mi niñez y en tiempo del Imperio. Casi todo el ejército sitiador estaba con los brazos cruzados: los oficiales paseaban fumando; los soldados hacian ménos pesado el tiempo con bailoteo y cantos.

No debo pasar en silencio que el duque del Infantado que llegó de Madrid en aquellos dias, me llevó á visitar á Su Alteza, nuestro salvador y el ángel tutelar de la moribunda España por aquellos dias. Luis Antonio era un rubio desabrido, cuyo semblante respiraba honradez y buena fé; pero la aureola del génio no circundaba su frente. Fuera de aquel sitio, lejos de aquella deslumbradora posicion y con otro nombre, el hijo del conde de Artois habria sido un jóven de buen ver; mas no en tal manera que por su aspecto descollase entre la muchedumbre. Para hallar en él lo que realmente le distinguia, era preciso que un trato frecuente hiciese resaltar las perfecciones morales de su alma privilegiada, su lealtad sin tacha y aquel levantado espíritu caballeresco sin quijotismo que le hacia tan estimable en la Córte de Francia. Era valiente, humanita-

rio, cortés, afable, puntual y riguroso en el cumplimiento del deber. Si estas cualidades no eran suficientes á formar un gran guerrero, ¿qué importaba? La pericia militar diéronsela sus prácticos generales y nuestros desaciertos, que fueron el principal estro marcial de la segunda invasion.

Angulema me recibió con la más fina delicadeza y urbanidad; pero de todas sus cortesanías la que más me agradó fué la de disponer el asalto del Trocadero.—¡Al fin, al fin,—exclamaba yo,—será nuestro el horrible fuerte que nos abrirá las puertas de Cádiz!

El 19 abrieron brecha; pero hasta la noche del 30 no se dió el asalto, habiéndose guardado secreto sobre esto en los dias anteriores, aunque yo lo supe por el conde de Montguyon que no me ocultaba nada referente á las operaciones. ¡Noche terrible la del 30 al 31 de Agosto! noche que me pareció dia por lo clara y hermosa así como por el estrépito guerrero que en ella resonara y las acciones heróicas dignas de ser alumbradas por el sol!.... Apretado fué el lance del asalto, segun oí contar, y Su Alteza y el príncipe de Carignan, se portaron bravamente, combatiendo como soldados en los sitios más peligrosos. No fué ciertamente el hecho del Trocadero una de aquellas páginas de epopeya

que ilustraron el Imperio; fué más bien lo que los dramaturgos franceses llaman *Succés d'estime*, un éxito que no tiene envidiosos. Pero á la Restauracion le convenia cacarearlo mucho, ciñendo á la inofensiva frente del Duque los laureles napoleónicos; y se tocó la trompa sobre este tema hasta reventar, resultando del entusiasmo oficial que no hubo en Francia calle ni plaza que no llevase el nombre del *Trocadero*, y hasta el famoso arco de la Estrella, en cuyas piedras se habian grabado los nombres de Austerlitz y Wagram, fué durante algun tiempo *Arco del Trocadero*.

Yo me habia trasladado á Puerto Real para estar más cerca. En la mañana del 31, cuando ví pasar á los prisioneros hechos en los fuertes, me sentí morir de zozobra. Entre aquellas caras atezadas, á cada instante creia ver la suya. Estuvieron pasando mucho tiempo, porque eran más de mil entre militares y paisanos. Creo que les miré uno por uno; y al fin, cuando ya quedaban pocos, redoblé mi atencion. ¡Oh misericordioso Dios, qué estupendas cosas permites! En la última fila, casi solo, más abatido, más quemado del sol, más demacrado, con los vestidos más rotos que los demás, pasó él, él mismo....! no podia dudarlo, porque le estaba viendo, viendo, sí, con mis propios

ojos arrasados de lágrimas. Llevaba la mano izquierda en cabestrillo hecho con un andrajo, y su paso era inseguro y como dolorido, sin duda por tener lleno de contusiones el cuerpo.

Al verle extendí los brazos fuera de mi ventana y grité con toda la fuerza de mi voz. Mi enamorada exclamacion hizo volver la cabeza á todos los que iban delante y á los curiosos que les rodeaban. Él, alzando los amortiguados ojos, me miró con expresion tan triste que sentí partido mi corazon y estuve á punto de desmayarme. Creo que pronunció algunas palabras; pero no oí sino un adios tan lúgubre como campanada de funeral, y movió la mano en ademan de cariñoso saludo, y pasó, desapareciendo con los demás en una vuelta del camino.

Mi primera intencion fué correr tras él; pero en la casa me detuvieron. Cuando serenamente me hice cargo de la situacion, formé mil proyectos; pero todos los desechaba al punto por descabellados. Pensándolo bien, comprendí que no era tan difícil conseguir su libertad. Me congratulaba de que al cabo de tantas fatigas, el destino me le presentara prisionero para poder decir con más valor que nunca:—Ahora sí que no se me puede escapar.

XXXIV

Envié recados al conde de Montguyon; pero no se le podia encontrar por ninguna parte. Unos decian que estaba en el Trocadero, otros que en el Puerto, otros que habia ido á las fragatas con una comision. Por último, averigüé con certeza su paradero y le escribí una carta muy cariñosa. Mas pasó un dia, pasaron dos y yo me moria de impaciencia, sin poder ver al prisionero, ni aun saber dónde le habian llevado. El Conde, robando al fin un rato á sus muchas ocupaciones, vino á verme el dia 4. Yo estaba otra vez medio loca y no tenia humor para hacer papeles, sino que espontáneamente dejaba que se desbordasen los sentimientos de mi corazon.

—¡Oh! Cuánto me alegro de ver á usted—le dije.—Si usted no viene pronto, señor Conde, me hubiera muerto de pena.

Con estas palabras, que creia dictadas por un vivo interés hácia él, se puso el noble francés un poco chispo, que así denomino yo al embobamiento de los hombres enamorados. Se deshizo en galanterías, á las cuales daba cier-

to tono de intimidad cargante, y despues me dijo:

—Pronto, muy pronto, libertaremos á Su Majestad el Rey de España, y entraremos en Cádiz. El sol de ese dia, señora, ¡cuán alegremente brillará sobre toda España y especialmente sobre nuestros corazones!

—Mi estimado amigo—indiqué riendo,—no diga usted tonterías.

Él se quedó cortado.

—Basta de tonterías—añadí,—y oígame usted lo que voy á decirle. Ya he encontrado al hombre que buscaba.....

—Dónde?.... cómo?.... ese malvado?

—No es malvado.

—¿Cómo no? Me dijo usted que le habia robado sus alhajas.

—¡No es ese..... por Dios! ¿Cuándo entenderá usted las cosas al derecho?

—Siempre que no se me expliquen al revés.

—He encontrado á ese hombre..... Pero entendámonos. ¿No dije á usted que habia venido delante de mí un fiel criado de mi casa, el cual entró en Cádiz?....

—¡Ah! sí.... entró para observar los pasos del ladron.

—Pues ese fiel criado tiene el defecto de ser algo patriota..... ¡debilidades humanas! y

como es algo patriota se puso á pelear en el Trocadero por una causa que no le importaba.

—Ya comprendo, y ha caido prisionero. ¿Le ha visto usted?

—Le ví cuando los prisioneros pasaron por aquí, pero no le he visto más; y ahora, señor Conde, quiero que usted me le ponga en libertad.

—Señora, si Cádiz se rinde pronto, como creo, y todo se arregla, espero conseguir lo que usted me pide.

—¡Qué gracia! Para eso no necesito yo de la amistad de un jefe de brigada—dije con enfado.—Ha de ser antes, mañana mismo.

—¡Oh! Señora, usted somete mi amor á pruebas demasiado fuertes.

—¿Quiere usted que dejemos á un lado el amor—le dije poniéndome muy séria,—y que hablemos como amigos?

Montguyon palideció.

—¿Esa persona—me dijo,—interesa á usted tanto que no puede esperar á que concluya la guerra, dando yo mi palabra de que el prisionero será bien atendido?

—No basta que sea atendido—afirmé con resolucion.—No basta nada; quiero su libertad; quiero atenderle yo misma, cuidarle, cu-

rar sus heridas, tenerle á mi lado, llevarle á sitio seguro.....

Me expresé, al decir esto, con vehemencia suma, porque me era ya muy difícil contener mi corazon que iba al galope en busca de las anheladas soluciones. El Conde me oia con cierto terror.

—¿Tanto interesa á usted—repitió,—tanto interesa á usted.....\ un criado?

—No es criado.

—¿Tal vez un anciano servidor de la casa?

—No es anciano.

—¿Un jóven?.... Supongo que no será el ladron.

—¿Qué ladron?

—El ladron de quien usted me habló.....

—¡Ah! No me acordaba..... Ya no me ocupo de eso.

—¿Abandona usted la empresa de detener y castigar á ese miserable?

—La abandono.

—¡Qué inconstancia!

—Yo soy así.

—Pero ese, ese otro..... ¿interesa á usted tanto?....

—Muchísimo.

—¿Es pariente de usted?

—No. Es compañero de la infancia.

—¿Es militar?

—Paisano..... señor Conde—dije con el tono de severa autoridad que sé emplear cuando me conviene.—Si se empeña usted en ser catecismo, buscaré otra persona más galante y más generosa que sepa prestar un servicio, economizando las preguntas.

—Creo tener algun derecho á ello—repuso con gravedad.

—No tiene usted ninguno—afirmé con desenfado,—porque este derecho yo sola podria darlo, y yo lo niego.

—Entonces, señora,—objetó, encubriendo su ira bajo formas urbanas,—he padecido una equivocacion.

—Si cree usted que le amo, sí. La equivocacion no puede ser más tremenda.

Montguyon se levantó. Sus ojos, en los cuales se leia el furor mezclado con la dignidad, me dirigieron una mirada, que debia ser la última. Yo corrí á él y tomándole la mano, le rogué que se sentase á mi lado.

—Usted es un caballero—le dije.—Ningun otro ha merecido más que usted mi estimacion, lo juro. Dios sabe que al decir esto hablo con el corazon.

—Dios lo sabrá—repuso Montguyon muy afligido;—mas para mí, y de aquí en adelante,

las palabras de usted están escritas en el agua.

—Considere usted las que le diga hoy como si estuvieran grabadas en bronce. La que confiesa hechos que no le favorecen, ¿no tiene derecho á ser creida?

—A veces sí. Confiéseme usted que su conducta conmigo no ha sido leal.

—Lo confieso—repliqué bajando los ojos, y realmente avergonzada.

—Confiese usted que yo no merecia servir de juguete á una mujer voluntariosa.

—Tambien es cierto y lo confieso.

—Declare usted que ama á otro.

—¡Oh! sí, lo declaro con todo mi corazon, y si cien bocas tuviera con todas ellas lo diria.

El leal caballero se quedó atónito y espantado. Estaba, como ellos dicen, *foudroyé*. Durante breve rato no me dijo nada, pero yo comprendí su martirio y le tenia lástima. ¡Oh, qué mala he sido siempre!

—Ese hombre.....—murmuró Montguyon, —ese hombre.....

—Ahora, reconociéndome culpable, reconociéndome inferior á usted—dije,—le autorizo á usted para que me abrume á preguntas, si gusta, y aun para que me eche en cara mi ligereza.

—Ese hombre.....—prosiguió el francés.—

Perdone usted; pero nada es más curioso que la desgracia. El amor desairado quiere tener miles de ojos para sondear las causas de su desdicha. Ese hombre..... ¿quién es?

—Un hombre.

—¿De familia ilustre?

—No señor, de orígen muy humilde.

—¿Le ama usted hace tiempo?

—Hace mucho tiempo.

—Él..... ¿la ama á usted?

—No estoy muy segura de ello.

—¡Oh! ¡Qué iniquidad!—exclamó con furor el Conde.—Es un miserable.

—Un ingrato, y es bastante.

—¿Y á pesar de su ingratitud le ama usted?

—Tengo esa debilidad, que no puedo dominar.

—Aborrézcale usted.

—Si fuera fácil. Difícil cosa es esa.

—¡Es verdad, difícil cosa!—exclamó Montguyon con tristeza.—¿Y ese hombre?....

—¿Pero hay más preguntas todavia?

—No, ya no más. Me basta lo que sé, y me retiro.

Yo le detuve de nuevo.

—Se conduce usted como un cualquiera—le dije con verdadero afecto.—Me abandona usted, precisamente cuando mi sinceridad merece

alguna recompensa. ¿Será posible que cuando yo empiezo á tener franqueza, deje usted de tener generosidad?

—¡Oh! Señora, toca usted una fibra de mi corazon que siempre responde, aun cuando la hieran con puñal.

—Sí, sí, amigo mio. Usted es generoso y noble en gran manera. Para que la diferencia entre los dos sea siempre grande, para que usted sea siempre un caballero y yo una miserable, págueme usted como pagan en todas ocasiones las almas elevadas. Pues yo me he portado mal, pórtese usted bien conmigo. Haga cada cual su papel. Cumpla usted el precepto que manda volver bien por mal. Así crecerá usted más á mis ojos; así me abatiré yo más á los suyos; así su generosidad será mayor y mi culpa más grande tambien, y usted tendrá en su vida una página más gloriosa que la victoria que acaba de alcanzar frente al enemigo.

—Comprendo lo que usted me dice—murmuró Montguyon descansando por breve rato su frente en la palma de la mano.—Yo seré siempre digno de mi nombre.

—¡Caballero leal antes, ahora y siempre!—exclamé yo.

—Bien, señora—dijo levantándose y alargándome la mano que estreché cordialmente.—

Lo que usted desea de mí es bastante claro.

—Sí.

—Y yo—añadió con manifiesta emocion,—empeño mi palabra de honor.....

—¡Oh! lo esperaba, lo esperaba.

—Doy mi palabra de honor de hacer cuanto esté en mi mano para devolver á usted la felicidad, entregándole á su amante.

—Gracias, gracias—exclamé derramando lágrimas de admiracion y agradecimiento.

El Conde, saludándome ceremoniosamente, se retiró. De buena gana le habria dado un abrazo.

XXXV

¡Qué dias pasaron! Yo contaba las horas, los minutos, como si de la duracion de ellas dependiese mi vida. Entre españoles y franceses era opinion corriente que la guerra acabaria pronto, que Cádiz espiraba, que las Córtes se morian por momentos. Sin embargo, aún resistia el Gobierno liberal y sus secuaces, como la béstia herida que no quiere soltar su presa, mientras tenga un hálito de existencia. Esta

constancia no carecia de mérito, y lo tendria mayor si se empleara en causa ménos perdida. ¡Qué sacrificio tan inútil! No tenian hombres, porque los alistamientos no producian efecto. No tenian dinero, porque el empréstito que levantaron en Lóndres produjo..... una libra esterlina. Yo creo que si mi espíritu hubiera estado en disposicion de admirar algo, habria admirado la perseverancia de aquel Gobierno que no pudo encontrar en toda Europa quien le prestase más de cinco duros.

Mi deseo era que se rindiese todo el mundo, que el Rey y la Nacion arreglasen pronto sus diferencias, aunque las arreglaran devorándose mútuamente. Yo queria tener el campo libre para el desenlace de mi campaña amorosa, que veia ya seguro y feliz.

Casi todo Setiembre lo pasaron Angulema y las Córtes en dimes y diretes. Mil recados atravesaban la bahía en un bote y callaban los cañones para que hablaran los parlamentarios. Tales comedias me ponian furiosa, porque no se decidia la suerte de los infelices prisioneros del Trocadero, que habian sido repartidos entre los Dominicos del Puerto y la Cartuja de Jerez.

Montguyon me visitó el 12, para informarme de que habia visto al prisionero, cuyo nom-

bre y señas le habia dado yo oportunamente.

—Está sumamente abatido y melancólico —me dijo.—Se ha negado á recibir los auxilios pecuniarios que le ofrecí de parte de usted; pero se ha mostrado muy agradecido. Al oir que Genara tenia gran empeño en conseguir su libertad, pareció muy turbado y conmovido, pronunciando palabras sueltas cuyo sentido no pude comprender.

—¿Y no desea verme?

—Parece que lo desea ardientemente.

—¡Oh! ¡Estas dilaciones son horribles! ¿Y qué más dijo?

—Cosas tristes y peregrinas. Afirma que desea la libertad para conseguir por ella el destierro.

—¡El destierro!

—Dice que aborrece á su país y que la idea de emigracion le consuela.

—Le conozco, sí..... Esa idea es suya.

Otras cosas me dijo el Conde; pero se referian al trato que se daba á los prisioneros y á las excepciones ventajosas que él estableciera en beneficio de mi amado. ¡Cuánto le agradecí sus delicadezas! Mientras viva tendré buenos recuerdos de hombre tan caballeroso y humanitario.

Interrumpidos los tratos por la terquedad

de las Córtes, tomó de nuevo la palabra el cañon, y el dia 20 fué ganado por los franceses con otro brioso asalto, el castillo de Santi-Petri. Despues de este hecho de armas, Angulema habló fuerte á los tenaces liberales, pegados como lapas á la roca constitucional, y les amenazó con pasar á cuchillo á toda la guarnicion de Cádiz, si Fernando VII no era puesto inmediatamente en libertad. El 26 se sublevó contra la Constitucion el batallon de San Marcial que guarnecia la batería de Urrutia en la costa; y la armada francesa, secundando el fuego de las baterías del Trocadero, arrojaba bombas sobre Cádiz. No era posible mayor resistencia. Era aquella una tenacidad que empezaba á confundirse con el heroismo, y la Constitucion moria como habia nacido, entre espantosa lluvia de balas, saludada en su triste ocaso como en su dramático oriente por las salvas del ejército francés.

Por fin llegaba el anhelado dia.

—Habrá perdon general—decia yo para mí.

—Todos los prisioneros serán puestos en libertad. Huiremos. ¡Cuán grato es el destierro! Comeremos los dos el dulce pan de la emigracion, lejos de indiscretas miradas; libres y felices fuera de esta loca pátria perturbada donde ni aun los corazones pueden latir en paz.

Montguyon me trajo el 29 muy malas noticias.

El Duque ha resuelto poner en libertad á todos los prisioneros de guerra. Pero.....

—¿Pero qué?

—Ha dispuesto que sean entregados á las autoridades españolas los indivíduos que en Cádiz desempeñaban comisiones políticas.

—¿Él está comprendido?

—Sí señora. Desgraciadamente se tienen de él las peores noticias. Habia recorrido los pueblos alistando gente por órden de Calatrava; habia venido desde Cataluña con órdenes de Mina para realizar asesinatos de franceses. Habia organizado las partidas de gente soez que en el tránsito de Sevilla á Cádiz insultaron á Su Majestad.

—¡Oh, eso es falso, falso, mil veces falso! —exclamé sin poder contener mi indignacion.

Y en efecto, tales suposiciones eran infames calumnias.

—Ha llegado al Puerto de Santa María— añadió Montguyon,—el Sr. D. Víctor Saez, secretario de Estado, ¿por qué no le ve usted?

—No quiero nada con hombres de ese jaez —repuse con enojo.—Usted me ha dado su palabra de honor, usted ha empeñado su nombre de caballero, y con usted solo debo contar. ¡Oh!

señor Conde, si mi prisionero es entregado á la brutalidad de las autoridades españolas, sedientas hoy de sangre y de venganza, sospecharé que usted me hace traicion.

El caballero francés se puso pálido. Dirigiéndome una mirada desdeñosa, me dijo al despedirse:

—Todavia, señora, no sabe usted quién soy yo.

A pesar de mis propósitos determiné visitar á Saez, porque bueno es tener amigos aunque sea en el infierno. Vencí mis recientes antipatías, y tomando un coche, me encaminé al Puerto de Santa María. Era el 1.° de Octubre, dia solemne en los fastos españoles.

Hallé al buen canónigo más soplado y presuntuoso que nunca, como todo aquel que se ve en alturas á donde nunca debió llegar; pero contra lo que yo esperaba, recibióme afablemente y no me dijo una sola palabra acerca de mi conversion al absolutismo templado. Parecia olvidado de estas pequeñeces, y ocupado tan solo, como Jimenez de Cisneros, de los negocios políticos de ambos mundos.

—Hoy es dia placentero, señora, dia feliz, entre todos los dias felices de la tierra—me dijo.—Su Majestad D. Fernando, ese ilustre

mártir de los excesos revolucionarios es ya libre.

—¿Ya?

—Hoy nos le entregan. Al fin han comprendido esos locos que su resistencia les podria costar muy cara, pero muy cara. El Duque tiene malas moscas.

—Felicitémonos, Sr. D. Víctor,—dije con afectado entusiasmo,—de esta solucion lisonjera. España y el mundo están de enhorabuena. Mas para que se completara la dicha, convendria que tantas y tan graves heridas no se ensañasen con la venganza y la crueldad del partido vencedor, y que un generoso olvido de los errores pasados inaugurase la venturosa era que empieza hoy.

—Así será, señora,—repuso sonriendo de un modo que me pareció algo hipócrita.—Su Majestad ha dado ayer en Cádiz un manifiesto en que ofrece perdonar á todo el mundo y no acordarse para nada de los que le han ofendido. ¡Cuánta magnanimidad! ¡Cuánta nobleza!

—¡Oh! sí, conducta digna de un descendiente de cien Reyes, digna de quien dá el perdon y del pueblo que la recibe. Si Fernando cumple lo que promete será grande entre todos los Reyes de España.

—Lo cumplirá, señora, lo cumplirá

Aunque no tenia gran confianza en las afirmaciones de Saez, dí crédito á estos propósitos por creerlos inspiracion del duque de Angulema.

Invitóme luego á presenciar el desembarco de Su Majestad, á lo que accedí muy gustosa. Nos trasladamos al muelle, y habiendo sido colocada por un oficial francés en sitio muy conveniente para ver todo, presencié aquel acto que debia ser uno de los más notables recodos, uno de los más bruscos ángulos de la historia de España en el tortuoso siglo presente.

¡Espectáculo conmovedor! La régia falúa, cuyo timon gobernaba el almirante Valdés, uno de los más gloriosos marinos de Trafalgar, se acercaba al muelle. En ella venia toda la familia real, la Monarquía histórica secuestrada por el liberalismo. La conciliacion ideada por cabezas insensatas era imposible, y aquellos régios rehenes personales que la Nacion habia tomado, eran devueltos al absolutismo, contra el cual no podian prevalecer aún los infiernos de la demagogia. En una lancha volvian del purgatorio constitucional las ánimas angustiadas del Rey y los Príncipes.

Mientras el victorioso despotismo recobraba sus personas sagradas, allá lejos sobre la gloriosa peña inundada de luz y ceñida por co-

ronas de blancas olas, los pobres pensadores desesperados, los utopistas sin ilusiones, los desengañados patricios lloraban sus errores, y buscando hospitalidad en naves extranjeras, se disponian á huir para siempre de la pátria á quien no habian podido convencer.

Así acaban los esfuerzos superiores á la energía humana, las luchas imposibles con mónstruos poderosos de terribles brazos, y que hunden en el suelo sus patas para estar más seguros, como hunde sus raíces el árbol. Tal era la contienda con el absolutismo. Querian vencerle cortándole las ramas, y él retoñaba con más fuerza. Querian ahogarle, y regándole daban jugo á sus raíces. ¡A vosotros, oh venideros dias del siglo, tocaba atacarlo en lo hondo, arrancándolo de cuajo!.... Pero advierto que estoy hablando la jerga liberal. ¡Qué horror! Verdad es que escribo veinte años despues de aquellos sucesos; que ya soy vieja, y que á los viejos como á los sábios se les permite mudar de parecer.

Fernando puso el pié en tierra. Dicen que al verse en suelo firme dirigió á Valdés una mirada terrible, una mirada que era un programa político, el programa de la venganza. Yo no lo ví; pero debió de ser cierto, porque me lo dijo quien estaba muy cerca. Lo que sí

puedo asegurar es que Angulema hincando en tierra la rodilla besó la mano al Rey, que luego se abrazaron todos, que D. Víctor Saez lloraba como un simple, y que los vivas y las exclamaciones de entusiasmo me volvieron loca. Los franceses gritaban, los españoles gritaban tambien, celebrando la feliz resurreccion de la Monarquía tradicional y la miserable muerte del impío constitucionalismo. El glorioso imperio de las *caenas* habia empezado. Ya se podia decir con toda el alma: —¡Viva el Rey absoluto! ¡Muera la Nacion!

XXXVI

Faltaba la solucion mia. Mi corazon estaba como el reo cuya sentencia no se ha escrito todavia. El 1.° de Octubre por la tarde y el dia 2 hice muchas diligencias sin fruto, no siéndome posible ver á Saez ni á Montguyon, á quien envié frecuentes y apremiantes recados. Ninguna noticia pude adquirir tampoco de los prisioneros. Creo que me hubiera repetido el ataque cerebral que padecí en Sevilla, si en el momento de mi mayor desesperacion no apa-

reciese mi generoso galan francés á devolverme la vida. Estaba pálido y parecia muy agitado.

—Vengo de Cádiz—me dijo.—Dispénseme usted si no he podido servirla más pronto.

—¿Y qué hay?—pregunté con la vida toda en suspenso.

—Deme usted su mano—dijo Montguyon ceremoniosamente.

Se la dí y la besó con amor.

—Ahora, señora, todo ha acabado entre nosotros. Mi deber está cumplido, mi deber que es perdonar, pagando las ofensas con beneficios.

Yo me sentia muy conmovida y no pude decirle nada.

—Ni un momento he dudado de su nobleza é hidalguía—indiqué con acento de pura verdad.—A veces tropezamos en la vida con el bien y pasamos sin verlo. Señor Conde, mi gratitud será eterna.

—No quiero gratitud—díjome con mucha tristeza.—Es un sentimiento que no me gusta recibido, sino dado. Deseo tan solo un recuerdo bueno y constante.

—¡Y una amistad entrañable, una estimacion profunda!—exclamé derramando lágrimas.

—Todo está hecho.

—¿Conforme á mi deseo....? ¡Bendito sea el momento en que nos conocimos!

—Señora, su prisionero de usted está sano y salvo á bordo de la corbeta *Tisbe* que parte esta tarde para Gibraltar.

—¿Y cómo?....

—Por sus antecedentes debia ser condenado á muerte. Otros ménos criminales subirán al cadalso, si no escapan á tiempo. Yo le saqué anoche furtivamente de los Dominicos y le embarqué esta mañana. Ya no corre peligro alguno. Está bajo la salvaguardia del noble pabellon inglés.

—¡Oh, gracias, gracias!

—Además del servicio que á usted presto, creo cumplir un deber de conciencia arrancando una víctima á los feroces Ministros del Rey de España.

—¿Pues qué—pregunté con asombro,—Su Majestad no ha ofrecido en su Manifiesto de Cádiz perdonar á todo el mundo?

—¡Palabras de Rey prisionero! Las palabras del déspota libre son las que rigen ahora. Su Majestad ha promulgado otro decreto que es la negra bandera de las proscripciones, un programa de sangre y exterminio. Innumerables personas han sido condenadas á muerte.

—Esto es una infamia..... pero en fin, ¿él está en salvo....?

—En salvo.

—Y sabe que me lo debe á mí..... sabe que yo..... ¡Oh! señor Conde, no extrañe usted mi egoismo. Estoy loca de alegría, y puedo repetir con toda mi alma: «ahora sí que no se me puede escapar.»

—Sabe que á usted lo debe todo, y espera abrazarla pronto.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente. Comprendiendo que usted desea ir en su compañía, he pedido otro pasaporte para D.ª Genara de Baraona.

—De modo que yo.....

—Puede embarcarse usted esta tarde antes de las cuatro á bordo de la *Tisbe*.

—¿Es verdad lo que oigo?

—Aquí está la órden firmada por el almirante inglés. Me la ha dado juntamente con las que ponen en salvo á los ex-regentes Císcar y Valdés, impíamente condenados á muerte por el Rey.

—¡Oh..... soy feliz, y todo lo debo á usted!..... ¡Qué admirable conducta!

Sin poderme contener, caí de rodillas, y con mis lágrimas bañé las generosas manos de aquel hombre.

—Así castigo yo—me dijo levantándome.—Prepárese usted. A las tres y media vengo á buscarla para conducirla á bordo del bote francés que me han facilitado dos guardias marinos, parientes mios.

El Conde se retiró recomendándome otra vez que estuviera pronta á las tres y media. Era la una.

Ocupéme con febril presteza de preparar mi viaje. Estaba resuelta á abandonar todo lo que no nos fuera fácil llevar. Mariana y yo trabajamos como locas, sin darnos un segundo de reposo.

La felicidad se desbordaba en mi alma. Me reia sola..... Pero ¡ay! una idea triste conturbó de súbito mi mente. Acordéme de la pobre huérfana viajera, y esto produjo en mi espíritu una detencion dolorosa en su raudo y atrevido vuelo..... Pero al mismo tiempo sentí que los rencores huian de mi corazon siendo reemplazados por sentimientos dulces y espansivos, los únicos dignos de la privilegiada alma de la mujer.

—Perdono á todo el mundo—dije para mí.—Reconozco que hice mal en engañar á aquella pobre muchacha..... Todavia le estará buscando..... Pero yo tambien le he buscado, yo tambien he padecido horriblemente..... ¡Oh! ¡Dios

mio! Al fin me das respiro, al fin me das la felicidad que tanto he buscado y que no pude obtener á causa sin duda de mis atroces faltas..... La felicidad hace buenos á los malos, y yo seré buena, seré siempre buena..... Esta tarde, cuando le vea, le pediré perdon por lo que hice con su hermana..... ¡Oh! ahora me acuerdo de la marquesa de Falfan y torno á ponerme furiosa..... No, eso sí que no puede perdonarse, no!.... Tendrá que darme cuenta de su vil conducta..... Pero al fin le perdonaré. ¡Es tan dulce perdonar!.... Bendito sea Dios que nos hace felices para que seamos buenos.

Esto y otras cosas seguia pensando, sin cesar de trabajar en el arreglo de mi equipaje. Miraba á todas horas el reloj que era tambien de *cucú,* como el de aquella horrible noche de Sevilla; pero el pájaro de Puerto Real me era simpático y sus saluditos y su canto regocijaban mi espíritu.

Dieron las tres. Una mano brutal golpeó mi puerta. No habia dado yo la órden de pasar adelante cuando se presentaron cuatro hombres, dos paisanos y dos militares. Uno de los paisanos llevaba baston de policía. Avanzó hácia mí. ¡Vision horrible!.... Yo habia visto á aquel hombre en alguna parte. ¿Dónde? En Benabarre.

Aquel hombre me dijo groseramente:

—Sra. D.ª Genara de Baraona: dése usted presa.

En el primer instante no contesté, porque la estupefaccion me lo impedia. Despues, rugiendo, más bien que hablando, exclamé:

—¡Yo presa, yo!.... ¿Quién lo manda?

—Dése usted presa—repitió él.

—¿De órden de quién?

—De órden del Excelentísimo Sr. D. Víctor Saez, Ministro universal de Su Majestad.

—¡Vil! ¡Tan vil tú como Saez!—grité.

Yo no era mujer, era una pantera.

Al ver que se me acercaron dos soldados y asieron mis brazos con sus manos de hierro, corrí por la estancia. No buscaba mi salvacion en cobarde fuga; buscaba un cuchillo, un hacha, un arma cualquiera..... Comprendia el asesinato. Mi furor no tenia comparacion con ningun furor de hombre. Era furor de mujer.

No encontré ningun arma. ¡Dios vengador! Si la encontrara, aunque fuera un tenedor, creo que habria matado á los cuatro. Un candelabro vino á mis manos, tomélo y al instante la cabeza de uno de ellos se rajó..... ¡Sangre! ¡Yo queria sangre!

Pero me atenazaron con sus salvajes brazos..... ¡Presa, presa!.... Todos mis afanes, to-

dos mis sentimientos, todos mis deseos se condensaban en uno solo: tener delante á D. Víctor Saez para lanzarme sobre él, y con mis dedos ya teñidos de humana sangre, sacarle los ojos.

No pudiendo hundir mis dedos en ajenos ojos, los volví contra los mios..... clavélos en mi cabeza, intentando agujerarme el cráneo y sacarme los sesos. Mi aliento era fuego puro.

Lleváronme..... ¿qué sé yo á dónde? Por el camino..... ¡oh Satan mio! ¡oh demonio injustamente arrojado del Paraiso!.... sentí el disparo de la corbeta inglesa al darse á la vela.

Fin de

LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS.

MADRID
Febrero de 1877.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

POR B. PEREZ GALDÓS.

Administracion, Barco, 2.—Cada tomo: 2 pesetas.

DOÑA PERFECTA.

Esta preciosa novela, primera de la série que este reputado escritor se propone publicar de un modo análogo á los EPISODIOS NACIONALES, y que ha sido, si cabe, más celebrada que éstos, contiene los capítulos siguientes:

Villahorrenda...! cinco minutos...!—Un viaje por el corazon de España.—Pepe Rey.—La llegada del primo.—¿Habrá desavenencia?—Donde se ve que puede surgir la desavenencia cuando ménos se espera.—La desavenencia crece.—A toda prisa.—La desavenencia sigue creciendo y amenaza convertirse en discordia.—La existencia de la discordia es evidente.—La discordia crece.—Aquí fué Troya.—Un casus belli.—La discordia sigue creciendo.—Sigue creciendo, creciendo hasta que se declara la guerra.—Noche.—Luz á oscuras.—Tropa.—Combate terrible. Estrategia.—Rumores, temores.—Desperta ferro.—Desperta.—Misterio.—La confesion.—Sucesos imprevistos. Pasajero desconcierto.—María Remedios.—El tormento de un canónigo.—De Pepe Rey á don Juan Rey.—De Pepe Rey á Rosarito Polentinos.—El ojeo.—Doña Perfecta.—Final.

GLORIA.

La trascendencia del pensamiento de esta novela, que acaba de publicarse, y la extraordinaria belleza de su forma hacen de ella, segun la opinion de los más autorizados críticos, la mejor obra entre las escritas por el Sr. Perez Galdós.

Los títulos de los capítulos son los siguientes:

Arriba el telon.—Gloria y su papá.—Gloria no espera un novio sino un obispo.—El Sr. de Lantigua. Sus ideas.—Cómo educó á su hija.—Cómo se explicaba la niña.—Los amores de Gloria.—Un pretendiente. Recepcion, discurso, presentacion.—D. Angel de Lantigua, obispo de ***—Un asunto grave.—El otro.—Llueve.—El otro está cerca.—Vá á llegar.—Ya llegó.—El vapor *Plantagenet*.—El cura de Ficóbriga.—El náufrago.—El santo proyecto de Su Ilustrísima.—Sepulcro blanqueado.—La respuesta de Gloria.—Dos opiniones sobre el país más religioso del mundo.—Una obra de caridad.—Otra.—El ángel rebelde.—Se vá.—Vuelve.—Se fué.—Pecadora y hereje.—Pausa. El conflicto parece resolverse y tan solo se aplaza.—Los cazadores de votos.—Agape.—En el puente de Judas.—Los juicios de Dios abismo grande.—¡Qué horrible tiempo!—Al fin se supo.—Job.—El rayo.

CRONICON CIENTÍFICO POPULAR.

REVISTA Y REPERTORIO PARA TODOS

de trabajos y progresos científicos é industriales notables, que ofrecen universal interés é importancia permanente.

POR

D. EMILIO HUELIN,

INGENIERO DE MINAS DE LA REAL ACADEMIA FREIBERGENSE, INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA SOCIEDAD GEOLÓGICA ALEMANA, DE LA DE FRANCIA, ETC., ETC.

Cada bienio se compone de unos dos tomos. Los tomos de un bienio forman obra aislada, completa é independiente de los demás de la série.—Se han puesto á la venta los dos tomos del bienio 1872-73 y la 2.ª edicion del tomo correspondiente al primer bienio 1870-71 de la série que se agotó á los 30 dias de publicado. El precio de cada tomo es de 8 pesetas en Madrid y 9 en provincias.

Echábanse mucho de ménos libros de esta clase, por completo nuevos en España, donde solo se habian publicado anuarios que únicamente tratan algunas aplicaciones científicas é industriales, y aun de tal género de anuarios ninguno ve la luz desde hace quince años.

El *Cronicon* explica á los alcances de cualquier inteligencia el movimiento completo de todas las ciencias positivas; los más importantes inventos nuevos, las más recientes teorías científicas, las nuevas doctrinas de este linaje, las aplicaciones, descubrimientos y cuanto interesa á todas las clases de la sociedad para su instruccion, utilidad y cultura. Así este libro es indispensable no sólo para profesores de medicina, farmacia, agricultores, industriales, fabricantes, ingenieros, catedráticos y alumnos, sino tambien para todas las personas, sean de la clase, edad, sexo ó estado que fueren, pues á todos conviene saber los maravillosos resultados científicos que tal publicacion divulga de una manera asequible á profanos.

Los pedidos se dirigirán á la

ADMINISTRACION DE LA GUIRNALDA Y EPISODIOS NACIONALES

Barco, 2, Madrid.

OBRAS QUE SE HALLAN Á LA VENTA

EN LA

ADMINISTRACION DE «LA GUIRNALDA» Y «EPISODIOS NACIONALES»

Barco, 2 duplicado, Madrid.

Herida en el corazon, por D. J. Plácido Sanson.—Se ha puesto á la venta esta preciosa y original novela, que consta de 200 páginas, cuyo precio es de 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Los vascongados, su país, su lenga, y el príncipe L. L. Bonaparte, con notas, ilustraciones y comprobantes, por D. Miguel Rodriguez Ferrer, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo. Un volúmen en 4.° de 352 páginas. Su precio es 6 pesetas en Madrid y 7 en provincias. Pagado en esta administracion, 22 y 24 rs. respectivamente.

Naturaleza y civilizacion de la grandiosa Isla de Cuba.—Parte primera.—Naturaleza.

Precede á ésta una introduccion sobre las colonias en general, y nuestras provincias ultramarinas en particular, por el Ilmo. Sr. D. Miguel Rodriguez Ferrer, comisionado que fué á dicha Isla para recorrerla y estudiarla, y asesor y hacendado despues en la misma.

Se vende este libro á 50 rs. en Madrid y 54 en provincias.

Bocetos al temple, por D. José M. de Pereda.—*La mujer del César.—Los hombres de pró.—Otros son triunfos.*—Las tres novelas, de amenísima lectura, forman un tomo en 8.° mayor, de 454 páginas, de buen papel y esmerada impresion. Precio, 3 pesetas en Madrid y 3,50, franco de porte, en provincias.

Tipos y paisajes; del mismo autor; un volúmen en 8.°, de iguales condiciones y precio que el anterior.

Biblioteca de buenas novelas.—Cada tomo contiene dos novelas, á 4 rs. tomo.

El Quinto, por H. Conscience, y *Los Prisioneros del Cáucaso,* por Xavier de Maistre.

La Batalla de la Vida, por Dickens, y *El Escarabajo de Oro,* por E. Poe.

Julia de Trécœur, por Feuillet, y *El Mayorazgo,* por Hoffmann.

LA GUIRNALDA

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO.

TRES EDICIONES.—Este periódico, que existe desde 1.° de Enero de 1867, es una verdadera especialidad en todo lo relativo á la educacion y labores del bello sexo.

Cada número consta de *ocho páginas en fólio*, de amena é instructiva lectura, ilustradas con excelentes grabados, y *de la cubierta*, que contiene advertencias útiles, recetas de economía doméstica, y todas las noticias y anuncios de verdadero interés para las familias, colegios de señoritas y escuelas de niñas.

En la EDICION DE LABORES, *reparte* además *grandes pliegos* de alfabetos, cifras, medallones y modelos de todas las clases de labores, *dibujos* para crochet, malla, encaje inglés, y algunos *en colores* para bordar en cañamazo, con sedas, etc.; piezas de música y un figurin de modas al principio de cada estacion.

En la EDICION DE MODAS á más de la parte literaria *reparte* figurines iluminados, con sus patrones cortados ó dibujados, figurines especiales de peinados, de sombreros ó de niños, un pliego extraordinario de labores en cada trimestre y piezas de música.

En la EDICION DE ALBUMS. Abecedarios, enlaces y modelos de labores várias, hechos especialmente para que puedan servir de muestrarios en las tiendas y escuelas de niñas.

ÚLTIMA NOVEDAD.—Se facilita por un módico precio á las suscritoras los dibujos picados que deseen pasar á las telas, ó se dibujan en estas cuantos se quieran.

PRIMAS.—Las suscritoras de LA GUIRNALDA obtienen una rebaja del 12 por 100 en el precio de las obras literarias del reputado escritor D. B. Perez Galdós, cuyas novelas han alcanzado un éxito extraordinario, y con especialidad sus EPISODIOS NACIONALES, que se venden á dos pesetas tomo. Igual rebaja obtendrán en todas las demás obras que edite ó administre esta empresa.

RIFAS.—Las suscritoras por año á LA GUIRNALDA, tendrán derecho á ser agraciadas en cada mes con una máquina de coser, cuadros de valor, décimos de la lotería de Navidad, etc.

REGALOS.—Toda persona que abone *en esta administracion* un año á las ediciones de labores ó de modas con los álbums, recibirá en el acto un tomo de EPISODIOS NACIONALES por Perez Galdós, ó un álbum de crochet ó en colores para cañamazo.

PRECIO.—En Madrid, 4 rs. al mes, y año 44. Provincias, trimestre, 14; semestre, 26, y año, 48, las ediciones de labores ó modas; y juntas las dos: Madrid, 6 rs. al mes; semestre, 34, y año 64. —Provincias, 20, 40 y 72; y 20, 40 y 68 respectivamente la edicion de labores ó la de modas con los álbums, etc.—Para más detalles, pídase el prospecto á la

ADMINISTRACION: BARCO, 2 DUPLICADO, 3.°—MADRID.

Contiene este tomo

1º 7 de julio

2º Los cien mil hijos de San Luis

P. GALDOS

EPISODIOS

NACIONALES

15-16

SALA IX

341

C. M. E I.